



**¡VÁMONOS
con PANCHO VILLA!**

Rafael F. Muñoz

Biblioteca Omegalfa
2020

¡Vámonos con Pancho Villa!

Rafael F. Muñoz

1931

Maquetación y portada:

Demófilo

2020

*Libros Libres
para una Cultura Libre*



Biblioteca Omegalfa

2020

Ω

Rafael F. Muñoz

¡VÁMONOS CON PANCHO VILLA!



Biblioteca Virtual
OMEGALFA

2020



El puente

—Por más «águila» que se puso el capitán Medina toda la noche, desde que oscureció y tocaron retreta —dijo el telegrafista, engullendo al tiempo mismo un boludo trozo de carne cocida—, no pudo vislumbrar ningún movimiento sospechoso. Se pasó en claro la velada, recorrió muchas veces el puente de lado a lado, bajó al pedregal, ocultándose por mucho rato en algún sitio donde pudiera observar al centinela, y al amanecer, cuando oyó el disparo, sacó el *cuete* y corrió hacia donde creía que pudiera haber partido la bala, pero no encontró a nadie.

—Y el centinela, ¿muerto?

—Como los anteriores, con un agujero de treinta-treinta en la cabezota. Y con éste van catorce en dos semanas bien contaditas.

—Ni uno más ni uno menos —asintió el encargado del tanque del agua, entre mordisco y mordisco al elote tierno.

—Pobrecitos de ellos, que ni culpa tuvieron de lo que pasa. —Acercándose con otros platillos del desayuno, terció en la plática la Tía Lola, una viejecilla que en su «jacal» de tablas y lámina oxidada servía a diario las comidas al telegrafista, al mecánico guardián de la bomba que subía el agua al tanque del ferrocarril y al capitán Medina, jefe de la escolta federal. Resguardaba ésta el cercano puente de doscientos metros de largo que parecía acercar, al abrazo de sus arcos de acero, las márgenes áridas del río; abajo bullían las aguas,

morenas y turbulentas, como el pueblo.

Telegrafista y mecánico desayunaban, sorprendidos de que no hubiera sido descubierto el audaz rebelde que día tras día, cuando las estrellas comenzaban a desleírse en la mañana, disparaba su carabina infalible desde algún punto oculto del pedregal, a la orilla del río, y con un solo tiro dejaba muerto al centinela apostado a la entrada del puente; después, ni un ruido, ni una sombra que se deslizara entre las sombras: sólo el rumor de las aguas y la silueta de los árboles, desprendiéndose del amanecer.

Aquel puente era considerado por la jefatura militar como de gran importancia estratégica, porque al mismo tiempo separaba y unía la zona dominada por los rebeldes de la que ocupaba el Gobierno; era el punto más delicado de la comunicación ferroviaria entre la revolución arrolladora y las tropas que se organizaban para combatirla. Un fuerte destacamento lo protegía para evitar que los enemigos lograran dinamitarlo, como ya una vez lo habían intentado sin éxito.

Al norte del río, la pradera calva y polvorienta; al sur, el tanque de agua para las locomotoras, una pequeña estación en la que no había otro empleado que el telegrafista, doce o quince tiendas de campaña para la tropa, el «jacal» de tablas y el llano inmenso.

Era la Tía Lola una mujer que parecía tan vieja como el frío, de cabeza cana, que cubría con un pañuelo anudado a la nuca. Su piel, oscura y arrugada como corteza del pino, se abría para que relucieran dos ojillos entre grises y azules, que se animaban cada vez que veía a Miguel Ángel, un muchacho que había recogido años antes sin saber de dónde llegaba, y a quien todos llamaban *Miguel Diablo*, por lo revoltoso que había sido siempre; era fuerte y ágil, gran nadador, buen jinete y

certero en el tiro con pistola y carabina; para ayudar a la vieja retorció el cuello y desplumaba las gallinas destinadas a la olla, destazaba cabritos, robaba elotes y recogía los huevos tan frescos que al presentarlos decía que en sus propias manos los habían puesto las gallinas.

—Catorce *pelones*, que están alineados ahí no más enfrente, a dos metros del riel.

—Ni son *pelones*, sino soldados, ni caerá otro más: el de anoche fue el último.

Todos volvieron la cara hacia la entrada, conociendo la voz artificialmente ronca del capitán Medina, quien de pie en el umbral se retorció los bigotes a la alemana, que mal cuadraban a su cara de indígena. Vestía un grueso capote azul plomo, sobre el que llevaba su fardatura y sus armas: la pistola reglamentaria y el largo sable recto.

—Será el último —añadió—, porque ya sé quién es el bandido.

—¿Qué quiere almorzar, capitán?

—Todavía nada, vieja. ¿Dónde está ese *Miguel Diablo*?

—Ahí detrás, en el corral; me está partiendo «tantita» leña.

Por el boquete de una puerta sin hojas entraba ruido de golpes acompasados del hacha sobre los troncos. Arqueando su fusta, el capitán atravesó el cuartito hacia el corral, encontrando al muchacho, desnudo de medio cuerpo arriba, ante una trinchera de leña; con el pie acomodaba los troncos sobre un madero rebajado a la mitad, levantaba el hacha suavemente y descargaba golpe tras golpe hasta dividir el tronco en ocho o diez trozos triangulares. A pesar de estar de espaldas a la

puerta, Miguel Ángel pareció darse cuenta de la presencia de un extraño; suspendió su trabajo sin volver la cara, sacó el pañuelo, y mientras fingía limpiarse de la frente un sudor que no había, dirigió una mirada rápida al montón de leña, bajo el que asomaba, como un reptil atisbando, la culata de su carabina, que había tratado de ocultar.

—¡Muchacho!

—Buenos días le dé Dios...

—Óyeme: tú sabes que cada noche me asesinan al centinela del puente de un solo disparo.

—Unos muertos he visto, otros no.

Volvió a partir leña con movimientos rítmicos; el corral era tan pequeño que el vuelo del hacha lo dividía en dos; los trozos cortados iban amontonándose con precisión sobre la culata de la carabina, y pronto no se vio sino el reflejo amarillo de la contera de latón, como una mirada furtiva acechando entre los leños.

—¿Dónde te metiste tú anoche?

—Hubo un baile en San Pablo...

—¿Y a qué hora volviste?

—Hace un ratito, serían las siete, porque salí del pueblo cuando ya estaba clareando.

Tornó a cortar ramas de mezquite, sin precipitarse, partiendo de cada golpe un palo en dos mitades y arrojándolas al montón.

—¿Dónde está tu carabina?

—Ya le dije el otro día que la había vendido... a Rodrigo Perea, y hasta le enseñé las platas que me dio por ella.

Dos golpes más de hacha, cuatro leños a la pila, y el

brillo del latón se apagó como una llama.

—¡Te estoy hablando, majadero! ¡Déjate de partir leña y mírame a la cara!

Azotó su fusta sobre la espalda turbia y musculosa del muchacho, dejando marcada en la piel una cinta pálida que por segundos se fue tornando escarlata. Miguel arrojó el hacha, indiferente al latigazo, y se irguió sonriendo y apretando la barba contra el cuello, en gesto insolente.

—Búsquela si quiere, capitán, y quítesela a Rodrigo Perea, si puede.

—Sí, perro desgraciado; Perea se fue a juntar con los rebeldes armado con tu carabina, que le vendiste sabiendo para qué la quería...

Empalideció de cólera, los músculos de los brazos se le pusieron tensos, y fustigó al muchacho en la cara y el torso, mientras la viejilla, abrazada a sus piernas, gimoteaba:

—Capitán, capitán... Yo respondo de Miguel... No ha hecho nada..., le juro que no ha hecho nada malo...

—Ya lo veremos mañana: llegarán del Sur trenes militares, y le formaremos Consejo de guerra. Esta noche lo vamos a tener vigilado con centinelas de vista, a ver si hay quien tumbe al centinela del puente. ¡Métete tu blusa, muchacho, y sígueme!

Miguel Ángel, sin responder, fuese lentamente hacia el cerco de piedras del corral, donde estaba tendida su blusa de mezcilla azul, metió un brazo en su manga, muy despacio, luego el otro, y, repentinamente, de un ágil brinco traspasó el cercado, corrió por el pedregal, se tiró de cabeza al río y nadó aguas abajo, a brazada larga. Sin hacer blanco, el capitán descargó varias ve-

ces su pistola desde el cerco; todos vieron cómo Miguel Ángel llegó a la orilla opuesta, se sacudió, alegre como un perro, y echó a correr entre los mezquites.

Todo el día lo estuvieron buscando los soldados, con las carabinas tendidas, como si husmearan, y con órdenes de dispararle en cuanto lo vieran; pero ni una detonación resonó en tantas horas. La blanca llanura siguió silenciosa y desierta bajo el cielo gris del otoño.

* * *

En la estación, el capitán Medina, de codos sobre la mesa del telegrafista, contemplaba a éste traducir el traqueteo de un aparato receptor; con los audífonos sujetos por una cinta de resorte, el empleado trazaba en papel letra tras letra, formando las palabras, que Medina leía al revés.

—Trenes militares, capitán.

—Sígale, sígale...

—Aquí hay algo para usted: «Capitán Medina, jefe del destacamento en Puente. Avíseme si podemos pasar inmediatamente hacia el Norte, porque los rebeldes están atacando la capital del Estado, que no podrá sostenerse sino el día de mañana. El jefe de la división...».

—Conteste lo siguiente: «Ciudadano jefe de la división: Hónrome en participar a usted que hemos podido sostenernos en Puente, después de varios reñidos combates con los rebeldes, que nos han costado catorce bajas. Los trenes militares podrán pasar inmediatamente. Respetuosamente, el jefe del destacamento, capitán Medina».

—El... jefe... del... destacamento... capitán... Medina...

—repetía el operador, transmitiendo.

Luego, los aparatos dejaron de traquetear, el telegrafista dejó los audífonos sobre su mesa y con el capitán salió de la estación. En la tarde fría, el viento se arrastraba por la llanura, murmurando confusos presagios.

—Ahora lo van a ver esos desarrapados —gritaba el capitán agitando en el aire su diestra enguantada—. Se acercan diez mil hombres, y seguramente que se traen *El Niño*, que es el cañón más grande del Ejército. Verá usted cómo viene en una plataforma en la punta del primer tren. Y en dos semanas, la insurrección estará dominada ...

Se acercaban al puente caminando a pasos irregulares sobre los durmientes de madera. Los soldados, envueltos en sus amplios capotes, ocultaban cara y carabina al viento, y para calentarse, golpeaban el suelo con los pies, como si estuvieran bailando una monótona danza interminable. Había un centinela a la entrada del puente, envuelto en el azul plumizo del abrigo militar, y dejando asomar el largo cañón de su fusil con la bayoneta.

Al otro lado del río, el desierto, cruzado por las rectas larguísimas de los rieles que parecían converger en la lejana montaña, mantenía su calma, en la que a veces se escondía una actividad febril de los revolucionarios, ansiosos de cortar la línea férrea y dejar a la capital del Estado aislada y atendida a su escasa guarnición. Las guerrillas nunca se habían atrevido a llegar hasta el río, y sólo de vez en cuando una flecha de polvo que se elevaba en el horizonte acusaba el galope de sus caballos; entonces sonaba el clarín, los soldados cruzaban el río, se metían en sus atrincheramientos, y esperaban inútilmente, porque los revolucionarios, sintiéndose débiles, se volvían al misterio de la llanura, a pesar de sus deseos de apoderarse del puente o destruirlo.

—Ahora lo lograrán menos que nunca —gritaba Medi-

na, fanfarrón y afecto a alzar la voz—; dentro de dos horas estará la columna aquí y nos iremos a pegarles a esos tales hasta debajo de la lengua. Ya tengo ganas de matar unos cuantos...

Una explosión tremenda le cortó la palabra a ras de labio, arrojando a todos los hombres al suelo: en el centro del férreo costillar del puente, donde estaba una gruesa pilastra en que descansaban dos de los más grandes arcos, se levantaba una columna de humo que parecía una bandera ondeando vertical sobre el fondo nublado del cielo; toda la tierra había vibrado al detonar la dinamita, y por el aire volaron rajuelas de cantera, astillas de durmientes y hierros retorcidos, para caer como una granizada sobre las turbias aguas rápidas del río. Pasado el momento de sorpresa, Medina, el telegrafista y dos docenas de soldados corrieron por el puente, todavía tembloroso y lleno de ruidos; el humo, disipándose con lentitud, fue dejando ver la magnitud del desastre: los dos arcos centrales, faltos de apoyo al reventar la pilastra, se habían recostado en el lecho del río, como cortados por una hacha gigante, y dejando vacío un tramo de veinte a veinticinco metros. Las aguas seguían corriendo precipitadamente, como más libres, como más alegres, llevándose en la cresta de sus olas trozos de durmientes destrozados.

—¡Mire, capitán Medina, mire!

Los soldados apuntaron con sus rifles río abajo, e hicieron unos cuantos disparos; las balas tocaban el agua y se levantaban para caer más adelante, pero todas se perdieron en el fondo. En una curva que hacía el río a más de medio kilómetro del puente, salió del agua Miguel Ángel, agitando su diestra en el aire en burlón ademán de despedida, y desapareció en las primeras sombras de la noche.

A lo lejos resonaron los silbidos de una locomotora que se aproximaba.

Frente a la estación se detuvo un tren militar, formado por una plataforma en la que un cañón de larga nariz parecía ir rasgando el viento; detrás, dos carros de madera pintados de rojo, con el parque de la pieza, la locomotora y varios vagones extraños cuadrículados unos de blanco y negro y decorados otros con manchas fantásticas en colores de contraste. Luego fueron llegando otros trenes, y más y más, tocándose el «caboose» de uno con la locomotora de otro.

En su «jacal», la vieja había quedado tirada en el suelo contraída como un pájaro que duerme, desmayada y sangrienta; Medina la había cintareado hasta cansarse, haciéndola pagar la audacia de *Miguel Diablo*.

Y a la mañana siguiente, ante una división de diez mil hombres formados en batalla, el capitán Medina, jefe del destacamento en Puente, fue fusilado a la orilla del río, por sentencia de un Consejo de guerra que lo condenó a muerte.

* * *

Cuando la columna pudo pasar hacia el Norte, dos semanas después, la nieve cubría la extensa llanura, y en la capital del Estado, los rebeldes, que se habían apoderado de ella, se fortificaban, reunían elementos de guerra, dinero, uniformes, armas y crecían en número diariamente. «Semos millones», decían los de última hora.

Y los soldados federales no pudieron vencer; ya no era tiempo de dominar una revolución creciente por segundos, arrolladora, y que había sido secundada en mu-

chas otras partes, al saberse los primeros triunfos del movimiento.

Tres meses más tarde, al acercarse la primavera, los trenes militares regresaron de Norte a Sur, pasando lentamente sobre los «huacales» de durmientes con que fueron sustituidos provisionalmente los dos arcos de acero truncados por la dinamita. La artillería no regresó, pues había quedado abandonada al enemigo, y los trenes parecían ir desparramando lamentos de herido. El tren del jefe de la división pasó el primero y a toda máquina. De la brillante columna volvían de tres a cuatro mil hombres, vencidos por la revolución y por el invierno.

Los trenes de las tropas en derrota se perdieron en las curvas que trazaba hacia el Sur la paralela interminable, y una noche los primeros convoyes revolucionarios pasaron el río.

La vieja había ido por agua al tinaco, y se detuvo en el andén de la estación cuando uno de aquellos trenes pasó frente a ella a vuelta de rueda, suspendiendo su marcha un momento después para llenar el tanque de la locomotora. La Tía Lola vio pasar un carro de pasajeros, iluminado espléndidamente, derrochando luz por sus anchas ventanas abiertas; dentro, frente a largas mesas cubiertas de botellas, hombres vestidos de amarillo y tocados con finos sombreros de anchas alas bebían y charlaban alegres entre la humareda de sus cigarrillos; en el extremo de una de las mesas, Miguel Ángel, de pie, hablaba trazando con sus brazos rápidos ademanes. Era el mismo, pero vestido ahora con traje caro, sombrero texano echado hacia atrás, y una mascada roja envolviéndole el cuello como una llamarada. Algo muy interesante debía de estar refiriendo, porque la atención de todos se había concentrado en él, y con

frecuencia le interrumpían los gritos de *bravo* y los aplausos.

La anciana permaneció atónita, con su balde de agua oscilando al extremo del brazo flacucho, hasta que el tren reanudó su marcha, iluminando la tierra con grandes cuadros de luz, y perdiéndose pronto en la sombra.

Se encaminó hacia su «jacal», arrastrando en el polvo los pies cansados; el telegrafista y el mecánico terminaban su cena, comentando por tercera vez en el día los sucesos que estaban desarrollándose.

—Y a propósito, Tía Lola, ¿qué habrá sido de *Miguel-Diablo*?

—Pues... sólo Dios sabe si se habrá muerto... —contestó la vieja recogiendo los trastos, sin la menor alteración de su voz cansada.

Muy remoto, al Sur, el silbato de la locomotora que se alejaba lanzó su despedida.

Becerrillo

«¡Vámonos con Pancho Villa!», había dicho a Miguel Ángel un ranchero de San Pablo, llamado Tiburcio Maya, en quien muchos hombres del rumbo habían encontrado ciertas dotes de cabecilla, y lo declararon su guía en un intento de unirse a la Revolución. «¿Pancho Villa?» «Sí, él es el jefe: muy atrevido y muy valiente, entró de los Estados Unidos en marzo con ocho hombres, y ahora tiene más de mil, bien armados y bien montados...» Tiburcio le explicó cómo habían sido derrotados los soldados del Gobierno en varios encuentros, le dijo

por qué era que peleaban los revolucionarios, y le aconsejó que dinamitara el puente.

Cuando Miguel Ángel surgió de las aguas del río, aún trémulas por el estallido, cinco hombres montados lo esperaban, teniéndole preparado un caballo con silla. Y dejando atrás el humo de la explosión, que manchaba la tarde, se fueron en busca de Francisco Villa, hasta encontrarlo: treinta y cuatro años de edad, cien kilos de peso, cuerpo musculoso, como una estatua. Su mirada parece desnudar las almas: sin interrogar, averigua y comprende. Es cruel hasta la brutalidad, dominante hasta la posesión absoluta. Su personalidad es como la proa de un barco, divide el oleaje de las pasiones: o se le odia, o se le entrega la voluntad, para no recobrarla nunca.

Ante él se presentaron expresándole su deseo de unirse a la Revolución. ¿Por qué? Por la intuición vaga de que iban a luchar por una causa que les favorecía. Ellos mismos no sabían a punto cierto qué quería la Revolución, pero cada cual tenía sus motivos de queja y sus deseos de una situación mejor. Sus odios, sus deseos de venganza, sus anhelos de mejoramiento económico, todo creían poderlo satisfacer.

«¡La Revolución!». La sonoridad del grito arrastra a los espíritus rebeldes. Y los hombres acostumbrados a la vida armada del campo, donde a tiros se defiende una milpa contra los ladrones de elotes, a tiros se disputa un caballo salvaje si más de un jinete lo persigue, a tiros se vive y a tiros se muere, esos rancheros fueron de una vez a disputarse en la Revolución, no una mazorca o un potro, sino un derecho a la vida más alto. Ellos no habían sido peones nunca, y no iban como éstos a la Revolución con el solo deseo de un pedazo de tierra que llamar propio. «Entonces, los ayudaremos...» ¡A tiros!

—Bueno, pues, dense por juntados. ¿Saben leer?

—Seguro que sí.

—Entonces, comienzan de tenientes...

—Conformes.

—¿De dónde vienen?

—De San Pablo.

—¿Qué tan hombres son?

—Este Máximo, cuando toma, anda por ahí gritando: «¡Y de que bebo vino, parece que bebo leones!». Nos dicen *Los Leones*.

—Arreglados, pues, que son los leones. A ver si como rugen, muerden.

¿Cómo se llaman?—Tiburcio Maya, a la orden.

—Máximo Perea.

—Rodrigo Perea.

—Melitón Botello.

—Martín Espinosa.

—¿Y usted, muchachito?

—Miguel Ángel del Toro...

—¿Del Toro? Estás muy muchacho para ese apellido... Te diremos Becerrillo... Desde entonces se disputaban el honor de ir por delante de la irregular caballería villista en los encuentros con los federales o los auxiliares de éstos, *los colorados* de Pascual Orozco. Muchas veces fueron de espías hasta las ciudades dominadas por el enemigo, silenciaron centinelas, atravesaron trincheras, regresando con detalladas noticias y con los quepis de sus víctimas ensartados en la punta de los sombreros de palma.

Estuvieron en el combate de San Andrés, donde Pancho Villa capturó once trenes de ferrocarril a los federales, y fueron ellos quienes, hacha en mano, le ayudaron a rajar leña para incendiar una alcantarilla de ferrocarril, cuando vieron avanzar los trenes en que se acercaba el refuerzo del enemigo. Se batieron frente a Chihuahua, en Tierra Blanca, en Ojinaga... y quién sabe cuántas veces más.

* * *

Miguel Ángel tenía un cinturón con cartuchera y una funda para pistola, bordados, que eran la admiración de algunos y envidia de otros revolucionarios de la División del Norte, porque el bordado no era tan sólo una greca de hebras de pita blanca o de oro, como las de los demás villistas, sino que con gruesos hilos de seda en colores tenía la cartuchera realzados un tren de ferrocarril con su locomotora que arrojaba el humo de azules anillos rosas de pesados pétalos, herraduras entrelazadas, tréboles de cuatro hojas para asegurar la buena suerte... También venados de intrincada cornamenta, un río plateado y un barquito de vela con bandera tricolor en el mástil, peces dorados, conejos de largas orejas verticales, casitas de tejado rojo... En la funda de la enorme Colt, un rancharo montado en su caballo de redondas ancas prietas, galopaba tras un novillo, echándole un lazo de plata que le revoloteaba sobre los cuernos, como una mariposa. Y todo eso, en medio de una ancha orla de hojas de laurel.

Miguel Ángel lo exhibía, orgulloso, dando la vuelta lentamente sobre los talones y levantando los codos a la altura del hombro, para que los admiradores pudieran apreciar todos los detalles del bordado sorprendente.

—¿Cuánto quieres por tu juego? —decían a Becerrillo algunos oficiales, sacando de los bolsillos panzudos rollos de billetes.

—Ni aunque me lo pesaran en oro...

—Entonces, algún día te lo quitaremos a la mala...

—Pruébenlo... ¿Cuándo lo intentan?

Pasó el tiempo, y la División del Norte, crecida a quince mil hombres, poderosa, hasta entonces incontenida, avanzó hacia Torreón. Una noche, cuando los «leones» descansaban en la casa grande de un rancho algodoneero, después de veinte horas de galopar tras los rurales enemigos, unos rebeldes de la tropa se pusieron de acuerdo para quitar a Miguel Ángel su cartuchera y su funda, pero el muchacho tenía el sueño ligero, se levantó rápido, comenzó a distribuir trompadas, y con el auxilio de Tiburcio y los otros descalabró a los fracasados rateros, los echó al campo, y volvió a tenderse sobre su cobija, a dormir con la cartuchera apretada a la barriga.

* * *

Fueron llegando más trenes villistas, y los hombres que en ellos venían apretujados, se echaron a tierra. Largas columnas amarillas se arrastraron entre el polvo y bajo el sol de los últimos días de marzo, y fueron tomando sus posiciones alrededor de las colinas en que se habían afortunado los soldados federales. Breves tiroteos bulleron antes de tiempo por el rumbo de Sacramento; se retiraron hacia Torreón los rurales que formaban las avanzadas, y para preparar el asalto a Gómez Palacio, el general Ángeles mandó colocar una batería de setenta y cinco en un zanjón seco, para que en el momento oportuno abriera el fuego, flanqueando las posiciones

de los defensores. El rumor de lejanos combates se había aplacado, como si el bochorno del día lo hubiera adormecido, cuando un grupo de cinco rurales, al parecer ignorante de la proximidad de los villistas, avanzó explorando por los campos de algodón que las caballerías habían pisoteado, y trotaba en dirección al canal, donde estaban los cañones levantando las narices al viento cálido del mediodía.

La situación era crítica, porque si los rurales llegaban hasta la zanja, se daban cuenta de la presencia de la artillería, y si se les balaceaba, los oficiales federales, que desde los lejanos fortines seguían con sus telémetros los movimientos de la exploración, comprenderían que algo se tramaba tras los bordes pelones de la acequia. Entonces, Becerrillo subió al galope de su caballo la empinada pared del zanjón, y desde arriba, a diez o quince metros, se puso a insultar a los enemigos:

—¿Qué quieren aquí? Éste no es lugar para mulas..., dense la media vuelta o voy a colearlos...

Y los cinco montados, después de un momento de incertidumbre, volvieron grupas y se retiraron a la carrera, sin haber descubierto la existencia de la artillería.

* * *

Al día siguiente comenzó la batalla. Desde el alba, cuando las dianas entusiastas de los revolucionarios comenzaron a agitar el aire con su fanfarria, la artillería emplazada en el llano, frente a Estación Vergel, inició sus disparos sobre los cerros de piedra blanca, destruyendo las débiles trincheras de los defensores. Era un día de fines de marzo, cuando comenzaban a crecer las matas de algodón en los geométricos sembrados que rodeaban las ciudades polvorientas de La Laguna; ha-

cía calor, y los hombres de las columnas atacantes fueron dotados de cantimploras dobles, llenas de agua con sotol, que daba fresco. El sudor y el polvo ponían en los combatientes una máscara lívida. Desde los cerros que defendían las ciudades, las ametralladoras del Gobierno comenzaron a segar matas y hombres.

A mediodía, por los lados de la vía del ferrocarril, donde había camino mejor que en los sembrados y por sobre los bordes, avanzó la caballería villista en grupos de hombres vestidos de amarillo, que llevaban prestas sus cortas carabinas; y fue en ese momento cuando los cañones colocados la víspera en el canal seco, abrieron el fuego contra los nidos de las ametralladoras, y, al acallarlas, la caballería avanzó al galope hacia Gómez Palacio, levantando una columna de polvo, espesa y altísima, que flotó sobre el campo de batalla como espuma sucia. Los asaltantes avanzaban gritando y disparando sus armas al aire, sin encontrar enemigo al frente y poco después penetraron al galope por las calles desiertas, deteniéndose en las esquinas, atisbando, recelosos del fácil éxito que habían obtenido y con temor de una sorpresa.

Al desembocar los primeros hombres de la columna atacante en una plazoleta que parecía abandonada, los seis *Leones de San Pablo*, que iban a la vanguardia, hicieron caracolear sus caballos con rápidos movimientos de rienda, y cuando lanzaban largos alaridos de triunfo sonó una descarga uniforme: tras unas trincheras de tierra abiertas en las calles, varios cañones-revólveres de tiro rápido, de esos pequeñitos que mandan la muerte encerrada en granadas de cuatro centímetros, funcionaron rápidamente con disparos ladinos, temblores de plata, que parecían gritos desafinados de mujer.

Simultáneamente, con los sables desenvainados, aparecieron a todo galope los dragones del general Reyna. Los villistas tuvieron un momento de desconcierto; ya no tronaba su artillería, por temor a arrojar granadas dentro de las filas propias, y sintiéndose sin apoyo ante un enemigo que venía sobre ellos lleno de coraje, con una nube de reflejos desprendiéndose de la ola de sables que los jinetes federales hacían girar sobre sus cabezas, los revolucionarios dispararon sus carabinas, vaciaron sus pistolas y se volvieron a toda carrera por donde habían llegado.

En la tarde caliente, brillante de sol que reverberaba en los claros de la tierra sembrada, hora en que el viento se había detenido sobre las montañas para que pasara la tempestad que los hombres producían con sus armas, sus caballos, sus gritos, sus carreras; cuando los altos y verde ramajes de los tilos y de los fresnos, inmovilizados al faltarles el soplo que los mecía, caían destrozados por la metralla, sobre el camino sediento o el fondo seco de los canales, y las aves salían espantadas de entre las frondas chillando, elevándose en el azul clarísimo y volviendo a revolotear sobre las ramas derribadas, en busca de sus nidos; en la tarde que comenzaba a declinar, despedida por el rumor del mar bravío de los disparos, un pequeño grupo permanecía inmóvil en el fondo de una acequia: hombres a pie, silenciosos, sombríos, y caballos sudorosos cubiertos de polvo, que resoplaban escarbando con sus cascos en el suelo flojo.

En medio de todos, sentado en el suelo y recargando la espalda en el talud, con la cabeza echada hacia atrás y apretándose la cara con su diestra, manchada de sangre, tan roja como el paliacate con que intentaba detenerla. Becerrillo, herido por un disparo de cañón, recorría con la vista las caras coléricas, violentas, espanto-

sas, de los otros cinco villistas. Le había alcanzado una de las granadas que les lanzó la artillería ligera desde las trincheras de la plazoleta, hiriéndolo en la punta de la mandíbula inferior que le arrancó como si fuera cortada con la cuchilla de una guillotina; de la lengua no quedaba sino una papilla esponjosa relleno de la bóveda del paladar.

El muchacho se desangraba continuamente, y una herida horrible, que no tenía remedio, iba a llevárselo en cuanto se le acabara la sangre. Los *leones* no entendían nada de cirugía, no sabían qué hacer para contenerle la hemorragia, y atónitos veían cómo los ojos de Becerrillo los recorría lentamente pidiéndoles la muerte, una muerte rápida que se anticipara a la que de todos modos había de venir en medio de la terrible agonía del que comprende su fin sin desearlo.

Los cinco espectadores mudos cambiaron unas miradas; habría que matarlo para que no sufriera más. Pero ¿quién de ellos? Las miradas de cuatro convergieron sobre Tiburcio, el mayor de todos. Nadie le dijo una palabra, pero el viejo comprendió, y también Miguel Ángel. Aquél se acercó lentamente al herido, y poniéndole una mano en el hombro, sollozó:

—Becerrillo...

Miguel Ángel le dirigió una mirada, una intensa mirada de tristeza, de gratitud, de despedida, y luego bajando la diestra, que intentaba sin resultados contener la hemorragia, se desciñó su cinturón bordado, cargado de cartuchos impacientes por estallar, pesado con la pistola que apenas pudo él colocar de nuevo en su funda después de hacerla escupir todo el plomo que tenía dentro. Y con su mano empapada en sangre que manchaba los bordados primorosos, se la tendió a Tiburcio, haciéndole ademán de que la conservara; un rugido

espantoso salió de su boca mutilada, esparciendo cuajarones de sangre.

El viejo comenzó a derramar pesadas lágrimas que le caían sobre su desordenado bigote gris.

A los lejos, el ruido de las ametralladoras decrecía, se hacía intermitente, y sobre el canal pasaban de cuando en cuando algunas granadas de cañón, agitando el aire con la cauda de sus ronquidos. Comenzó a soplar el viento desbordándose de la lejana serranía oscura tras la que el sol se escondía lanzando en rojo sus últimas miradas; se agitaron las copas de los álamos, los tilos y los fresnos que se mecían al borde del zanjón, y en el azul celeste, immaculado y sereno, las garzas pasaron muy alto volando en línea de tiradores. Llegaron fatigados y lentos, casi arrastrándose, lejanos silbidos de locomotora, y a poco rato comenzó a desprenderse en Oriente, horizonte arriba, el luto estrellado de la noche.

Dinamita en la noche

Cuando amaneció un corto tren había dejado ya a muchos kilómetros atrás la extensa línea de combate de La Laguna, y avanzaba con rapidez hacia el Norte, por los campos yermos del Bolsón de Mapimí. La locomotora arrastraba tan sólo un carro de caja, y ligera, corría resoplando acompasadamente contra el viento que le dispersaba en segundos su negra cabellera de humo y chispas alegres. Por la velocidad que llevaba, el tren iba balanceándose bruscamente sobre los rieles desnivelados, y las ruedas producían un chirrido continuo y desesperante, al que respondía el rin... ran... rin... ran...

de las paredes del carro, flojas y secas, y la trepidación de las láminas de cinc del techo, que ya comenzaba a calentarse con los rayos del sol. Al paso del convoy, los durmientes chillaban como niños que fueran quejándose.

En el vagón, los cinco villistas estaban sentados en cuclillas, con las piernas cruzadas, alrededor de un cajón largo y angosto, pintado de negro, que parecía estuche para un violín del tamaño de un hombre. El viejo de bigote gris fumaba su grueso cigarro de hoja, prensándolo cuidadosamente entre el índice y el pulgar, y los otros cuatro desgranaban sus miradas errabundas por el llano inmenso. Un rayo de sol lamía en silencio el extremo de la caja negra, y, a veces, el soplo del viento metía un golpe de humo por la puerta abierta. Tosía el viejo, y los demás interrumpían la visión del páramo para restregarse, con el dorso de la mano, los párpados hinchados y rojos.

—¿A qué hora llegaremos, Tiburcio? —preguntó uno de aquellos hombres, el que tenía cercenado, a la altura del hombro, el brazo izquierdo.

—Lueguito te digo, Espinosa —contestó el viejo entre dos chupadas de macuche—; no más diviso los picachos, y ya sé que falta una hora.

Volvieron a quedar en silencio. *Los Leones de San Pablo*, que habían obtenido un permiso de dos días para sepultar el cadáver de Becerrillo, dejaban a la División del Norte batiéndose encarnizadamente en todo el frente de La Laguna: Aguirre Benavides y Raúl Madero, con su Brigada Zaragoza, y después también el viejo Rosalío Hernández, con sus seiscientos hombres, peleaban huerta por huerta, casa por casa, la posesión de Sacramento, mientras Maclovio Herrera tomaba Ciudad Lerdo con asaltos de caballería, casi siempre flanquea-

dos por el fuego enemigo del Cerro de la Pila; los duranguenses llegaban a pedir más municiones por haber agotado las suyas en la batalla, y el propio Pancho Villa había necesitado entrar a la carga con sus *dorados*, a todo galope, para evitar la derrota de los atacantes de Gómez Palacio.

Se quedaron atrás los quince trenes tendidos en las vías múltiples de Bermejillo; y la locomotora arrastrando su carro de caja, echaba a retaguardia los kilómetros, como quien arroja un puño de tierra sobre el lomo. «¡A toda máquina, porque hay que volver mañana mismo!» Yermo... Ceballos... Sáenz... Rellano..., desierto, desierto, desierto. Las estaciones estaban todas incendiadas, los ranchos lejanos abandonados; la guerra ha pasado por allí y no ha quedado nadie para recordarla. La vía férrea, sin balaste, se movía como un cuero de víbora, y al paso del tren el polvo se levantaba como arrastrado por un torbellino.

Toma de agua en Jiménez, donde unos cuantos revolucionarios heridos reposan, con las piernas extendidas, en el pórtico de la estación, preguntando cómo va la batalla. No se mueve ni una locomotora, que todas han rodado hacia el Sur, ni un hombre, pues todos los útiles se han ido a la guerra. Traquetea el telégrafo y desde el fondo de su rincón ahumado, el telegrafista, de lápiz sobre la oreja, dice, masticando un trozo de chicle en su boca abierta:

—Vía libre...

El tren avanza entre la larga pared de la casa de talleres y una fila de álamos cubiertos de polvo. Luego la llanura, y un espejismo de montañas que, alargándose, emigran hacia el Sur. Tierras que se han quedado barbechadas y en las que nadie ha puesto semilla; corrales vacíos, con tierra pisoteada y majada fresca entre sus

cuatro estacadas de mezquite espinoso. Chozas de un durmiente de alto y láminas oxidadas por techo; y afuera botes vacíos, rescoldos de algún vivac, osamentas de animales perdidos por la sequía, perros fantasmas... Ni un alma. La guerra, la guerra...

A veces, junto a alguna alcantarilla, rieles contorsionados por las llamas, pilas de durmientes, algún carro volcado con las ruedas al aire, y cerca, un montón de piedras con una crucecita de brazos torcidos, desiguales, que parece el esqueleto de un abandonado espantapájaros.

Por fin, el puente. Ahora hay un campamento muy extenso, de los trabajadores que están reparando la obra de la dinamita; a mitad del río, copioso de deshielos, se levanta nuevamente sobre el rápido oleaje la pilastra que había sido destruida, y que, al desaparecer, había desgajado el enorme puente de hierro. Grandes bloques de cantera se balancean en la punta de las grúas, listos para terminar la columna con una última capa de piedra.

Allí querían *Los Leones* dejar el cadáver de Becerrillo, en el vientre del pilar que él mismo había derribado deteniendo así a diez mil soldados enemigos. Una de las grúas dejó al lado el cubo de piedra, tomó suavemente la caja larga pintada de negro, y la llevó por los aires en un preciso vuelo hasta colocarla en el centro del círculo de roca.

Tiburcio y el manco Espinosa, los dos Perea y el gordo Botello, avanzaron por el puente improvisado sobre maderos, y se colocaron frente a la pilastra, a ver bajar el ataúd. Y cada uno desbordó sus odios, diciendo los motivos porque había ido a la guerra: el antiguo vaquero, los campesinos, el ferrocarrilero y el agricultor que vio su pobre vinata arder por órdenes de un odiado ca-

cique.

—Becerrillo, acabaremos con los jefes políticos...

—Lucharemos hasta tener nuestras tierras.

—No trabajaremos más para los amos.

—Vengaremos a don Abraham.

—Y tiraremos al pelón Victoriano, que me mandó cortar el brazo...

Luego, la grúa colocó un témpano de cantera, cerrando la urna en que había quedado el ataúd, y los cinco hombres volvieron a su carro. Los últimos ventarrones de marzo se agitaron esparciendo soplos helados de los altos picos de la sierra, y *Los Leones* cerraron las puertas. La locomotora salió de un triángulo con la trompa hacia el Sur, soplando chispas por su nariz vertical y caliente, y las ruedas fueron volteando para recoger los kilómetros que habían echado hacia atrás.

* * *

Un gran duelo de artillería sostuvieron durante mañana y tarde las baterías federales del Cerro de la Pila y las villistas colocadas al sur de la estación *El Vergel*, Los federales habían construido cinco pequeños fortines artillados y largas líneas de trincheras protegidas con alambre espinoso, en La Pila, que es un cerro de grandes trozos de cantera blanca, con escasa vegetación, que apenas se levanta hasta las rodillas de los hombres. Todo el día los villistas estuvieron cañoneándolo, y de lejos, con los telémetros, veían grandes boquetes abiertos por las granadas en los muros de cemento de los fortines. Llegó una escolta al Cuartel General, anunciando que los duranguenses se proponían entrar esa noche, costara lo que costara, a Ciudad Lerdo; y partie-

ron las órdenes para un asalto sobre La Pila, que debería comenzar a las ocho y cuarenta y cinco de la noche. Se aprestaron las columnas, encadenando la caballada y avanzando los infantes protegidos por las primeras sombras de la noche. Llegaron de Chihuahua dos trenes de parque que se repartió, así como bombas de dinamita recién fabricadas.

Avanzaron los cinco *Leones* al frente de uno de los grupos de la Brigada *Villa*; Espinosa, que era manco, llevaba únicamente su largo morral de lona suspendido al cuello, y pesado de bombas de dinamita; los demás llevaban también sus 30-30 y sus grandes pistolas.

En la noche, las columnas villistas fueron reptando; se oían a lo lejos rumores de batalla, porque a la orilla del río, los rebeldes estaban asaltando Ciudad Lerdo, y los defensores, desde el cerro de Calabazas, despleaban el abanico luminoso de sus faros, y rociaban de muerte las zonas de ataque con los botes de metralla de su artillería. También las luces y disparos de los cinco fortines de La Pila convergían hacia Lerdo, y aprovechando esta circunstancia, la Brigada *Villa* adelantó rápidamente, sin disparar, sin ruido de cornetas, para iniciar el fuego lo más cerca posible de las trincheras federales.

Repentinamente, el cerro se coronó de lucecillas y desbordó un oleaje de ruidos que inundaron sus laderas. Se distinguieron los toques de clarín sobre el zumbido incesante de las balas. Por un certero golpe de luz del faro del centro, desviado momentáneamente del campo de batalla en la orilla del río, los federales se dieron cuenta del avance de la otra columna, y comenzó el fuego de los cañones de tiro rápido, las ametralladoras, y la fusilería desigual e ineficaz. Todo el cerro se había iluminado como si en él se celebrara una feria abundante de cohetes y de músicas; sobre la llanura estallaban

las granadas, como estrellas que caen, y hacia esa fiesta de luz y de muerte avanzaron los villistas disparando sus armas y con su gran estrépito de alaridos y voces violentas. Un verdadero torrente llegó hasta los flancos del cerro: dos mil cuatrocientos hombres a pecho descubierto, contra quinientos afortunados, dispuestos unos y otros a batirse hasta la muerte.

Los villistas, llegando a una distancia de metros, comenzaron a disparar sus armas y a arrojar sus bombas de dinamita, que produciendo un estallido corto y grave se enterraban levantando columnas de polvo y trozos de cantera. Los cañones habían dejado de roncar, y todo el combate iba resolviéndose a fuego de ametralladora, a disparos de fusiles, a violencias de dinamita. La resaca asaltante continuaba: se deshacía una ola abatida por el fuego enemigo en los primeros pasos de la pendiente, y venía otra, pasando sobre los cuerpos a toda carrera, para destrozarse y quedar inmóvil unos cuantos metros más adelante. Así, una onda y otra onda llegaron hasta las trincheras y las ocuparon. Los soldados fueron a refugiarse en los cinco fortines, y a través de las aspilleras, iluminadas de blanca claridad, sacaban las puntas de sus fusiles para disparar; algunos de ellos, dispuestos ya al combate cuerpo a cuerpo, habían ajustado al máuser la larga bayoneta relampagueante. Daban vueltas las luces de los faros, iluminando las caras trágicas de los asaltantes, los cuerpos destrozados, las armas esparcidas, las trincheras violadas. Y en la penumbra quedaba el oleaje interminable, que seguía subiendo...

De lejos el cerro parecía arder; semejaba un volcán ebrio que arrojara escupitajos de fuego. Las grandes masas de hombres avanzaban en la obscuridad hacia los cinco fortines, de los que partían, sin parpadear nunca, las amarillas miradas de los faros.

Dos fortines cayeron, y en ellos fue a instalarse y reposar un momento un centenar de asaltantes fatigados, sudorosos y manchados de lodo sangriento. El golpe de las olas se detuvo un momento después de la medianoche.

Hasta entonces, cuando los primeros asaltantes estaban ya fatigados, comenzó el ataque del ala izquierda: Aguirre, Benavides y don Rosalío Hernández habían llegado con tres horas de retraso.

En la cuesta del cerro, entre las alambradas de las trincheras y rodeando los fortines, doscientos muertos y quinientos heridos afirmaban que la pelea había sido dura. Frente a un fortín, el dedo de luz de un faro señaló por un instante el cuerpo de un hombre que, caído de espaldas, tenía el pecho atravesado por una bayoneta, y el fusil en alto se balanceaba lentamente como un abanico: era Rodrigo Perea, que, habiendo llegado iracundo y violento hasta el mismo muro del fortín, metió las manos por una aspillera y cogió el fusil de uno de los defensores, pretendiendo arrancárselo; él y su enemigo forcejearon largo rato, y al quitarlo Perea de un violento tirón, se ensartó la bayoneta en mitad del pecho; cayó de espaldas, arrojando un chorro de sangre y una mirada perpendicular a las estrellas. Ésa fue su venganza por don Abraham, el hombre bueno a quien asesinó la soldadesca.

Cerca de un tercer fortín no conquistado aún, entre dos rocas que hacían un ángulo obtuso, el manco Espinosa, a quien Victoriano Huerta había mandado cortar un brazo, estaba sentado en el suelo. El fuego de una ametralladora que le disparó casi a tres metros de distancia, le había clareado ambas piernas. Fumaba un largo puro, en cuyo fuego encendía las mechas de las bombas, y con su brazo único las tiraba a rebotar en los muros del

fortín rebosante de disparos, precediendo a cada una de ellas con un fuerte grito que atravesaba la sombra:

—¡Saludos al chacal!

Explotó una bomba destrozando los bordos de una aspillera.

—¡Mueran los changos!

Otra detonación de dinamita ensanchó el boquete.

—¡Vendidos! ¡Muertos de hambre!

La violencia de una tercer granada de mano levantó una lluvia de piedras.

—¡Tengan, por los *Leones de San Pablo*!

La bomba subió botando por el techo de lámina del fortín y destrozó el remate, adornado con un banderín rojo y blanco. En esos momentos el asalto había cesado, y los villistas se guarecían tras los reductos conquistados, esperando la llegada de los retardados refuerzos. Sólo Espinosa, con su puro apretado entre los dientes, seguía arrojando dinamita; del fortín no se habían dado cuenta de dónde partían aquellas bombas certeras, hasta que un oficial, provisto de una lámpara eléctrica, sacando el brazo por una aspillera, comenzó a buscar.

—¡Ahí les va por Rodrigo Perea!

La bomba detonó al pie del muro, cuarteándolo y conmoviendo todo el fortín. De pronto, el rayo de luz de la linterna iluminó entre dos piedras a un medio hombre, contorsionado y sangriento, con los sudorosos cabellos pegados a la frente, manco, con las piernas torcidas hacia afuera, que con el puro en la boca y el costal de bombas colgado del cuello, encendía en la punta de su tabaco la mecha gris de una granada enorme, más grande que el puño.

—¡A él..., fuego!...

—¡Por Becerrillo!...

Simultáneamente resonaron una explosión tremenda en el interior del fortín y una última descarga de fusilería. Espinosa no se movió, recargado en el ángulo de las rocas. Poco a poco, el puro se fue apagando en las quijadas apretadas para siempre.

Parlamento

Inesperadamente, en todas las posiciones revolucionarias se suspendió el fuego. La larga línea de trincheras paralelas al río Nazas, los bordos de los canales donde se protegían las infanterías, y los crestones del cerro de La Pila, ocupados ya por la artillería villista, quedaron en silencio.

Era el quinto día de combates, y los defensores habían retrocedido hasta su última línea, ante la presión incesante y el fuego certero: «Me quito el sombrero ante la defensa del general Velasco», había dicho Pancho Villa, jefe de la División del Norte, a los corresponsales de guerra cuando volvió, todavía polvoroso, limpiándose el sudor de la cara con su enorme paliacate rojo, del asalto nocturno al cerro de La Pila. Con sangre de trescientos valientes, los constitucionalistas, enloquecidos, poseídos de esa fiebre de cañón que pone ante los ojos una pantalla roja, caliente la sangre e hincha las venas, habían trazado en la cuesta del cerro el poema de su gran victoria, anunciando haber adquirido la supremacía en la lucha por el dominio de La Laguna.

¿Por qué suspendían el fuego los atacantes, simultá-

neamente en toda la línea? Las trompetas federales fueron desenvolviendo desde los cerros a las trincheras una larga cadena de toques: «¡Alto el fuego!». Y los soldados, abrumados por el sol de mediodía, detenido sobre sus cabezas, tuvieron tiempo para encender un cigarro y calmar su sed con humo. En unos cuantos instantes, las riberas del Nazas, que por cinco días fueron la tronera por donde escapaban todos los ruidos del infierno, quedaron en un silencio de campos sembrados y de montañas vírgenes, calma de desierto y de cementerio.

Por el camino de Gómez Palacio, a la orilla del río, apareció un grupo de seis jinetes con bandera blanca, que fue avanzando primero al paso, mientras se veía su señal de parlamento, y después al trote, hasta llegar al cauce del río, seco y pedregoso. El silencio de las carabinas federales pareció darles permiso de que avanzaran, ratificado por la curiosidad expectante de los cañones pintados de azul plomo; los parlamentarios caminaron por un sendero trazado con rodadas de carro, por donde quizá pasó horas antes la artillería federal en retirada, y se acercaron a la falda del cerro de Calabazas, del que salió un toque de clarín como una flecha vibrante.

—«¡Alto!»

El grupo de constitucionalistas se detuvo y un hombre viejo, de desordenado bigote blanco, echó pie a tierra y se adelantó unos pasos a recibir a un oficial, quien, con pistola en mano, surgió de las trincheras, atravesó en complicado zigzag el laberinto de los cercos de alambre espinoso, y al llegar a quince o veinte metros de los envidiosos enemigos, dio un grito:

—¿Qué quieren?

—Venimos con una comisión.

—¿Para quién?

—P'al general Velasco.

—¿Traen armas?

—Ninguna.

—Avancen de uno en uno...

Se adelantó el viejo tirando de su caballo; sus largas espuelas levantaban el polvo en volutas, como humo de cigarro, y tintineaban las hebillas de las mitazas. No traía la cruz de cartucheras colgando de sus hombros cuadrados, y la camisola manchada de sudor se doblaba en un gran pliegue sobre las caderas, libres del peso de la pistola.

—Tíenteme, si quiere.

El oficial, sin dejar la pistola, palpó la cintura del viejo, inspeccionó la montura del caballo, vio vacía la funda del rifle y flácidas las cantinas.

—¡Otro!

Pasaron los seis ante el oficial, y luego, en hilera, llegaron hasta las trincheras, atravesaron la línea de tiradores entre un murmullo de protesta, y ante el jefe del sector, un coronel pálido con la cabeza envuelta en una venda sucia, ratificaron su propósito de informar al jefe de la defensa de los deseos de quienes los enviaban.

Dejaron sus caballos, se quitaron las espuelas, que colgaron de la cintura, y en medio de una escolta se internaron en la ciudad sitiada, atravesando el patio de la estación entre los trenes militares ocupados por las soldaderas, avenidas desiertas, plazoletas abandonadas, y llegaron frente al hotel San Carlos, donde la División del Nazas tenía su Cuartel General.

En el vestíbulo, improvisado en oficina, se detuvieron frente a un hombre de edad madura, vestido de caqui color plomo, sin una insignia en las mangas, los hombros, ni las vueltas del cuello de su guerrera. Solamente la gorra de paño azul, en cuyo frente el águila aleteaba entre dos estrellas de plata, y con una doble fila de laurel bordada en oro en toda la franja, señalaba al divisionario José Refugio Velasco. Era pequeño, de bigote entrecano, con anteojos de filo de oro que, sobre su nariz curva, daban extraños reflejos a la mirada vivaz, de felino. Cruzado de brazos, con los talones unidos en posición de firmes, preguntó:

—¿Qué quieren?

—Somos parlamentarios. Nos manda mi general Oreste Pereyra a decirle que anoche ha tenido una buena peleada con el general Villa, que ya está cansado de que a sus tropas las metan por donde está más feo, mientras que los villistas de Chihuahua están «quesque» de refresco, en los trenes.

El más viejo de los rebeldes era quien hablaba, dando vueltas en sus manos costrudas a su sombrero de fieltro. Los otros cinco, dirigiendo miradas de desconfianza a la aglomeración de jefes y soldados, se habían quedado en línea un paso atrás. Velasco juntó las cejas, sonriendo incrédulo; inclinó la cabeza hacia adelante, tanto, que la mirada pasaba rozando la visera charolada del quepis.

Poco a poco, el emisario, que había comenzado titubeando cobró aplomo.

—Los heridos villistas se los llevan pa'Chihuahua; a los nuestros los dejan tirados en los campamentos. El parque es para ellos, y nos mandan a un asalto con cuarenta cartuchos. Si llega un tren de comida, primero se

llena la panza la División del Norte y nosotros estamos desde hace días a pinole y agua sucia...

—Eso han comido toda la vida... —interrumpió un joven oficial con insignias de Estado Mayor.

Velasco le impuso silencio con un ademán, y el rebelde viejo, aparentando no haber oído, siguió hablando:

—Se juntaron todos los jefes de Durango y acordaron decirle a usted que están dispuestos a separarse del general Villa si se les admite en Torreón y se les dan alimentos para todas las tropas. Están listos para defender la posición que se les señale.

—¿Quiénes son esos jefes de Durango, y cuánta gente traen? El enviado recitó una lista aprendida de memoria:

—Brigada Contreras, mil ochocientos hombres; Brigada Arrieta, mil quinientos hombres; Brigada Pereyra, mil doscientos hombres...

Sin variar su sonrisa, Velasco fue haciendo una suma mental.

—Gente de Zacatecas que viene con nosotros, mil se-tecientos hombres...

—Total, seis mil doscientos...

—Unos cuantos menos, que no podrían venir, pues están tirados panza arriba allí por Lerdo y frente a La Pila.

—Está bien; espérenme un momento.

—Queremos la respuesta luego luego.

—La tendrán...

El divisionario federal se retiró a un rincón del vestíbulo, seguido de un grupo de oficiales, y todos estuvieron cuchicheando largo rato. El rumor de las voces se con-

fundió con el silbido de las aletas de los ventiladores, girando velozmente. Llegaban frente al hotel patrullas de caballería conduciendo prisioneros capturados en las afueras, entraban y salían ayudantes, sonaban timbres de los teléfonos que decían las novedades del frente de batalla, y, por la avenida, desierta de peatones, corrían a toda velocidad los automóviles improvisados en ambulancias, con las banderolas de la Cruz Roja ondeando al viento.

Los seis emisarios se habían acercado al muro, y en posición de descanso, recargados, fumaban largos cigarrillos de hoja de maíz. Al primer golpe de vista, se podía dividir a los rebeldes en dos grupos: uno, de tres laguneros, chicos de cuerpo, enjutos, de rostros sumamente oscuros, tostados por el sol, y angulosos, de largas orejas como asas de jarro doblegadas por el peso de los sombreros enormes, vestidos de mezclilla, y una faja blanca del calzón asomando bajo los pantalones azules; miradas oblicuas, recelosas, narices anchas, aplastadas y sensuales. Y el otro grupo, de tres norteños altos, anchos de hombros, color moreno rojizo, ojos claros, pies calzados con teguas sin tacón, y las mitazas, de grandes hebillas niqueladas, hasta medio muslo; blusones de caqui y unos paliacates rojos amarrados al cuello; su par de espuelas colgadas de la cintura, y la cuarta de tiras de cuero crudo, tejidas en trenza, sujeta a la muñeca derecha.

De estos tres, uno era el viejo Tiburcio Maya, otro Máximo Perea, y el tercero, de un vientre enorme, que abultaba la camisola en pronunciada curva hacia el frente, Botello. Los últimos tres *Leones de San Pablo*.

El grupo de los militares federales se agitó, y del centro salió el general Velasco con su misma actitud de brazos cruzados y su mirada penetrante de roedor, traspasan-

do los delgados cristales de filo de oro. Su sonrisa incrédula se había contraído, héchose burlona, y con los dientes apretados fue dejando caer las palabras de su respuesta.

—La división del Nazas admite la rendición de los rebeldes disgustados con el jefe Francisco Villa, pero les previene que habrán de ser tratados como prisioneros de guerra; deberán ir llegando a nuestras posiciones en grupos de cien, que serán inmediatamente desarmados; no se les encomendará la defensa de ninguna posición; los jefes quedarán presos en este Cuartel, General, y, terminando el sitio de la ciudad, quedarán libres bajo observación. Posteriormente, los rendidos pasarán a cubrir las bajas de los cuerpos de línea.

—Parece que es usted muy desconfiado.

—Parece, pero no soy tanto. Me obligan a poner estas condiciones las circunstancias en que se encuentra la defensa de Torreón: ante un enemigo superior en número, una defección o traición en cualquier punto de la línea de fuego sería de desastrosas consecuencias. Estamos obligados hasta adoptar una actitud enérgica con los habitantes de la ciudad... ¿Conocen ustedes este aviso de la Jefatura de Armas?

Velasco alargó a Tiburcio un papel impreso, y el rebelde fue leyendo trabajosamente en voz alta:

«En el remoto caso de un ataque de las fuerzas rebeldes a esta plaza, no se permitirán grupos de más de tres personas en las calles, ni que por ningún pretexto ocupe nadie las azoteas. Los infractores de estas disposiciones serán duramente castigados.

»Si alguna de las casas de esta ciudad se dispara un solo tiro, esa casa será derribada con los habitantes que en ella se encuentren.

»Dado en Torreón, a 21 de marzo de 1914.—El jefe de las Armas, *General Agustín Valeles*.»

—Esto lo denomino tener mucho miedo... —terminó Tiburcio entre dientes y doblando el impreso.

—Ahora bien —continuó Velasco—; para el caso de que se trate de un ardid de mala ley, tres de ustedes irán a llevar la respuesta al cabecilla Pereyra, a quien me resisto a dar el título de general. Se le ponen veinticuatro horas para responder; mientras tanto, se reanudará el fuego contra cualquier grupo de alzados que sea visible después del regreso de tres de los parlamentarios al sitio de donde partieron. Los otros tres quedarán presos, y en caso de no recibirse la rendición ofrecida, se les castigará con toda energía.

—Esto es una traición. Somos embajadores y no podemos ser agarrados presos...

—No admito que alguien califique mis actos. Tengo derecho a castigar una maniobra artera.

—Puede ser que los tres que vayan no vuelvan porque no convengan las condiciones de usted, y no porque se trate de un plan traicionero.

—Basta. Escoja usted mismo quiénes van y quiénes se quedan aquí.

El viejo arrojó al suelo su cigarro y lo aplastó con la punta del pie. Su voz se hizo sorda, expresión de cólera contenida por la comprometida situación en que se encontraba.

—Nuestra prisión hará que nadie se rinda. Sabrán que no podemos dejar de ser tratados como perros por ustedes... Después de todo, los *pelones* son siempre iguales.

—Le prohíbo a usted que continúe alegando. Señale los

tres que se van y los tres que se quedan.

—Me quedo yo solo. Yo respondo...

—He dicho que tres.

—Soy el único responsable de esta comisión.

—¡Tres!

Perea avanzó un paso.

—Toribio, yo también me quedo.

El panzón Botello, sudando copiosamente, se puso del otro lado; subió el antebrazo sobre el hombro del viejo, y sin dejar de chupar su cigarro de hoja, lanzó su adhesión, como un escupitajo:

—Ya'staría de Dios... Los tres nos quedamos...

—Son prisioneros de guerra.

—Está bueno; pero fíjese que nos ha garrado a la mala.

Peleando como los hombres, no hubiéramos caído prisioneros nunca en la vida...

Los tres laguneros salieron rápidamente. A poco rato, el silencio se quebró en mil pedazos a los disparos de los fusiles y el tableteo de las ametralladoras. Todos sintieron un estremecimiento: la batalla había comenzado de nuevo. Y en un rincón de la bodega, vigilados por centinelas de vista, los tres prisioneros se habían tendido a descansar sobre unos costales vacíos y parecían dormir. Con la suavidad del aleteo de una avispa, Botello habló:

—Oye, viejo, debíamos haber dejado aquí a los prietos...

—No era justo. Nosotros tres sí sabíamos que esto era una tanteada.

Así eran ellos

Durmieron pesadamente, reparando el insomnio de cinco noches, en la bodega del hotel, desordenadamente ocupada con latas de aceites, barriles, cajas de vinos y sacos con semillas, recargados en las paredes como borrachos panzones que no pueden tenerse en pie. Era un sótano que recibía luz y aire por un ventanillo abierto a dos metros de alto sobre el piso, que daba a ras de la calle. Los centinelas de vista fueron retirados al anochecido, y los parlamentarios villistas se acomodaron en los rincones, formándose camastros con paja y sacos vacíos.

Por la claraboya se volcaron durante la noche todos los ruidos de fuera: el acompasado chirriar de los zapatos de los centinelas, raspando el cemento del embanquetado; los gritos de «¡Quién vive!», sordos, monótonos, cansados; precipitaciones de automóviles, que llegaban resoplando y cantando con sus bocinas, como si estuvieran alegres de haber vuelto con vida de la línea de fuego, trasportando oficiales, vomitando heridos entre estertores, y partiendo luego, pesados de cajas de parque, por las calles oscuras y desiertas. De lejos llegaban silbidos de locomotora, agudos, estridentes, y el ruido de oleaje de los disparos batiendo las trincheras.

El gordo Botello se despertó el primero. Abrió en un bostezo la boca cuadrada como el ventanillo de la celda, estiró los brazos y se sobó la espalda dolorida. Subióse en un cajón vacío, apretando su vientre redondo contra el muro; pegó los carrillos a los barrotes verticales de la claraboya, y viendo las piernas de un centinela, rígidas, junto a la culata del fusil apoyada en el suelo, gritó:

—¡Epa... chango! ¿Qué hay de nuevo por ahí ajuera?

—¡Caaaabo de cuarto! Asoma un prisionero.

—¿Qué quiere?

—Quiero saber cuándo se largan ustedes de aquí, para poder salir de este agujero...

—Saldrán dentro de poco sin necesidad de que nos vayamos.

—¡Coma alfalfa!

Arrojó un escupitajo a través de las rejas y se bajó, porque el cajón comenzaba a crujir, vencido por los ciento veinte kilos, y como sus compañeros seguían durmiendo, los movió con el pie.

—Viejo, ¿ya ves cómo no cuajó el plan rancharo? Siguen los catorrazos allá ajuera, y se me hace que la vamos a pasar muy torcida...

Tiburcio se sentó sobre su camastro, desperezándose.

—Hasta ahorita no la vamos pasando tan peor.

—Pero ya verás cómo al mediodía, que no regresen los prietos, nos van a dar agua... Yo no sé cómo diablos se te ocurrió que nos quedáramos. No me cuadra esto de morir ansina, como perro, sin poderme defender ni echar a naiden pa' delante a que me vaya enseñando el camino... Con cinco o seis changos que me echara al plato pa que se jueran de vanguardia, palabra que me iba tranquilo...

—No es matar soldados el objeto de esta guerra, Botello. Eso es solamente una necesidad de la lucha. Son los jefes, como Huerta, a quienes debemos odiar, y no a los soldados.

—Ésas son burradas. Los soldados son los que mataron a tantos de nosotros, sin fijarse en que debían odiar

no más a Pancho Villa.

—El que se mete a esto debe estar decidido a morir.

—Pero no ansina... ¡Peleando, con la carabina en la mano, echando muchos reatazos! Ésa es muerte de hombres. Tiburcio, tú sabes que yo no me he rajado nunca, pero sí te digo que esto de veniros a meter en el hocico de Velasco pa' que nos acogote, fue una señora tontería.

—Fue una orden, una comisión honrosa.

—No debían habernos mandado a nosotros, sino a esos licenciados que vienen con el general. Y ora que me acuerdo, tú debías haberle dicho al viejo Velasco que se quedaban aquí los tres laguneros, y ya nosotros andaríamos echando bala... Eres un guaje y tienes la culpa de que nos vayan a tronar a los tres en cuanto pase el mediodía.

Botello se había puesto colérico, agitaba los brazos, y amenazando con su diestra la cara de Tiburcio, le gritaba. El tercer prisionero, Máximo Perea, se había colocado a espaldas de Botello para sujetarlo en cuanto se pusiera más pesado, y el cabecilla de bigote canoso, sin levantarse del camastro, seguía hablando con voz monótona, inmovible.

—No seas tonto; si le digo a Velasco que nos mande a nosotros tres y dejamos aquí a los prietos, entonces se emperra en que era una tanteada y nos deja encerrados a todos. El modo de convencerlo de que yo estaba seguro de la sinceridad de la oferta era quedándome a responder yo solo. Si le digo «yo me voy», nos aprieta el pescuezo a la media docena. Yo iba a escoger a dos de ellos para que se quedaran conmigo y ustedes pudieran salvarse, pero primero Máximo y luego tú se me juntaron.

—¿Pos cómo íbamos a dejarte aquí solo?

Tiburcio se puso en pie y sonriendo se adelantó hacia su ventrudo compañero, le palmoteo en el hombro y hablóle cariñosamente:

—Eres violento, gordo, pero eres todo corazón. Ya estaría de Dios si hemos de morirnos hoy los tres juntos. Y si no hubiéramos venido, a lo mejor nos hubieran matado anoche.

Se encogió de hombros en movimiento de infinito desprecio a la vida. ¡Tantos que había visto caer, valientes a toda prueba, hombres y muchachos, y hasta mujeres y niños! Benito Artalejo, los Portillos, Márquez... ¡Y los compañeros del poblacho natal, los otros tres de San Pablo...!

—Se acabaron los *Leones*, Tiburcio.

—Se están acabando, pero no deben morirse así como estás tú ahorita, doliéndose de la mala suerte.

—No te quejarás de mí —dijo Máximo, pasándole el brazo por la espalda.

—Ni de mí, ¡qué diablos! Después de todo, dice bien la canción que traen los de Sonora:

Una pasión me domina,
y es la que me hizo venir...

Los tres comenzaron a cantar, cuando fueron interrumpidos por un portazo; la bodega quedó abierta y penetró un joven oficial, casi un niño, rubio y de ojos azules; la gorra de franja roja le quedaba enorme, metiéndosele hasta el cogote, y el cuello de la guerrera ancho. Debía ser uno de los cadetes de las escuelas militares, llevados precipitadamente a las poblaciones que amagaban

los revolucionarios. Embrazaba la espada, y el barboquejo de la gorra le levantaba la punta de las narices. Con voz de niño, a ratos desafinada, dio la orden:

—¡Prisioneros! Vais a ser ahorcados por orden de un Consejo de Guerra... Yo soy el encargado de cumplir la sentencia.

Botello explotó en una carcajada. Necesitó apretarse el vientre con las dos manos, para que no se le desplomara. Sus risotadas hacían estremecer el bodegón, como si dentro estuvieran disparando una pieza de artillería.

—¿Usted nos va a colgar, señorita? Le va a ser difícil levantarme del suelo, si usted solita jala del mecate... Y luego no vaya a desmayarse, porque nos vamos a ver peor que Judas.

Salieron los tres prisioneros de la bodega en medio de una veintena de soldados alineados en doble fila y con los fusiles terciados. Pasaron por el vestíbulo del hotel, donde estaba el jefe de la División del Nazas recibiendo informes y dando órdenes, y cuando les vio, levantaron la diestra en señal de despedida.

—No te durará mucho el gusto...

Salió el grupo, marchando por calles abandonadas, sobre las que, de cuando en cuando, muy arriba de las azoteas, silbaba alguna bala perdida. Oíanse estallidos como de dinamita, y a lo lejos, el fragor de la artillería y los fusiles en plena batalla.

—A la toma de agua.

Espada al brazo, marchando al estilo alemán con las piernas rectas, el oficialito se colocó al frente de la escolta y dirigió la marcha. Los villistas prisioneros volvieron a pasar el camino por donde habían llegado, porque las órdenes del general en jefe eran que se les ahorcara

frente al sitio en que se presentaron, ocultando bajo la bandera blanca la perfidia de una traicionera oferta de rendición. Conforme se acercaban a la línea de fuego, crecía el ruido del combate; los federales habían quedado reducidos a su última línea de trincheras, recargándose casi en los muros de las primeras casas de la ciudad. Y las bombas de la artillería rebelde pasaban con su cauda de ronquidos sobre las líneas e iban a estallar en las casas, aterrorizando a los no combatientes. En una casucha de gente pobre cayó una granada en los momentos en que la familia tomaba el desayuno, y todos quedaron destrozados. Comenzaron a caer balas en la ancha calle por donde avanzaba el grupo, pero el oficial seguía imperturbable, marchando a paso de ganso. Pasaron sobre las vías del ferrocarril, hicieron una amplia curva en las faldas de un cerro coronado de fusiles tronantes, y dejaron atrás las alambradas.

—Permítame, mi teniente —aventuró el sargento—; vamos a quedar bajo el fuego del enemigo.

—No importa. Tengo órdenes de que la ejecución sea lo más cerca posible del sitio en que los prisioneros se presentaron, para que la vean quienes los enviaron.

—Nos van a caer...

—¿Tiene miedo?

Esta pregunta, en los labios finos del muchacho, desconcertó a todos, que le creían un valor de acuerdo con su aspecto. El mismo Botello, descubriéndose, hizo una caravana ridícula, tratando de inclinarse hasta tocar el suelo con el sombrero, pero su vientre le impidió llegar a ponerse en ángulo recto.

—Iremos hasta donde usted nos lleve, señorita...

—Será usted el primero en sufrir la muerte.

—Tanto honor me confunde...

Llegaron a un macizo de sabinos situado a la orilla del río. Las balas habían podado los árboles, y el suelo estaba cubierto de hojas y ramas arrancadas. Desde allí eran visibles las líneas de los enemigos, de donde partía un fuego incesante. Los soldados, nerviosos, pusieron sus armas en el suelo y prepararon las cuerdas para la ejecución; uno de ellos trepó como chango a la copa de un sabino y puso la soga en la mejor horqueta que encontró en el ramaje, dejando colgada la lazada abierta, pero muy alta para el cuello de un hombre.

—Bájala tantito, pero de prisa. Ya nos vieron y parece que nos están balaceando.

El soldado no contestó; se había quedado a horcajadas sobre la rama, con las piernas y los brazos colgando. Gotas de un líquido oscuro y caliente se estrellaron en la tierra blanca. Cayeron algunas ramas arrancadas por las balas, y la soga seguía balanceándose; con una carabina la jalaron y metieron la cabeza de Botello en la lazada.

Cuatro soldados comenzaron a tirar del otro extremo, y repentinamente el villista se levantó del suelo, crujió la rama y se vino abajo con su carga. El hombre quedó con las rodillas en tierra y los brazos en alto prendidos de la soga, y la cara abotargada, los ojos desorbitados y la boca abierta, morado, los cabellos pegados a la frente con un sudor frío.

—Otro que suba a poner la reata, inmediatamente. No quitaron a Botello la lazada.

Entonces, mientras un segundo soldado trepaba por el tronco del sabino, estalló en lo alto una granada. Los balines llovieron sobre la ladera, a pocos metros del grupo.

—Tiburcio, nos están cañoneando.

El cabecilla se quedó por un momento perplejo. ¡Cómo podía ser que los mismos villistas los estuvieran cañoneando! Un segundo estallido, más cercano y más bajo, confirmó la versión de Máximo Perea.

Con la cara aún amoratada, Botello gritó:

—¡Que nos dejen tranquilos, Tiburcio!

El viejo comenzó a exaltarse. Era espantoso que sus mismos compañeros fueran a cazarlos. Se adelantó unos pasos hacia la lejana línea villista, moviendo los brazos en ancho círculo, y con el sombrero en una mano. Gritaba, como si fueran a oírle en medio del fragor de la batalla.

—¡No tiren! ¡Ustedes no tiren! ¡No queremos que nos maten nuestros propios cañones!

Iba y venía por la orilla del río, haciendo extrañas señales para que suspendieran el fuego. Se le ocurrió sacar un pañuelo, pero era colorado. Gritaba como un loco, poniéndose las manos a los lados de la boca, y su cara enrojecía con el esfuerzo del alarido.

—¡No tiren! ¡No queremos que sean ustedes quienes nos maten!

Se quitó la camisola de caqui, empapada en sudor, y desnudo el torso, agitó la tela al viento desatado, como la pelea.

Otra granada pasó roncando sordamente, yendo a estallar al contacto de las rocas de la ladera. Y por el cauce del río, una columna de caballería, a todo galope, avanzó hacia los sabinos.

—¡No tiren! ¡Nooo tiireen...!

La voz de Tiburcio se perdía en la tormenta de los dis-

paros. El teniente, aparentando no darse cuenta de que se les cañoneaba, y con una sangre fría que sorprendió a todos, tomó a Botello de un brazo, conminándolo a que se pusiera en pie, y dio órdenes para izarlo de nuevo.

Un sordo temblor se fue aproximando y luego, se oyó una detonación espantosa. El sabino fue arrancado de cuajo por la fuerza de la bomba, y todos los hombres, soldados y prisioneros, fueron derribados por la presión del aire. Varios se levantaron mientras se disipaba el polvo; Botello quedó herido por un casco que le había cortado la mejilla como navaja de rasurar; dos o tres soldados destrozados, y el oficial con la guerrera desgarrada, sin gorra, libres al viento sus cabellos, quedó de rodillas, con los brazos abiertos en cruz y su cara lívida volteando hacia el cielo.

Instantes después la caballería villista pasó por allí como una tormenta. Los dragones atravesaron con sus sables a los soldados, aplastaron al oficial con las patas de los caballos y pasaron de frente, a contener sus animales jadeantes en la primera ondulación de la falda del cerro. Tiburcio y Perea fueron a levantar a Botello, que se quitaba del pescuezo la cuerda que estuvo a punto de estrangularlo.

Y un muchachón de estrella de plata brillando en mitad del sombrero texano, acercándose a caballo al grupo de los tres prisioneros libertados, les habló alegre y satisfecho de haber llegado hasta ellos un minuto antes que la muerte:

—Vimos que los iban a colgar, y echamos carrera... Me alegro de haber llegado a tiempo para salvarlos.

Tiburcio le miró con una profunda mirada. Su boca tenía un gesto duro de desprecio, la voz temblaba de cólera y

el puño se elevó amenazante:

—Debías haberte quedado donde estabas, baboso, y seguir comiendo zacate... Nosotros preferimos que nos hubieran ahorcado, y no deberle la vida a nadie...

El círculo de la muerte

Las tropas de Pancho Villa ocuparon Torreón, abandonado por el general Velasco, y mientras unas brigadas de la división del Norte partían hacia el combate de San Pedro de las Colonias, los oficiales de la Brigada Villa, entre los que se encontraban Tiburcio y sus compañeros, se dedicaron a descansar y a divertirse, olvidándose de los trágicos días de la lucha.

En un cuarto de lujo en el mismo hotel donde estuvieron prisioneros, agobiados por el bochorno de abril, Tiburcio dormitaba y Botello roncaba en todos los tonos, como si su barriga enorme fuera una gaita. A media tarde, agitado y sudoroso, llegó Máximo Perea, despertando inmediatamente a sus camaradas y hablándoles con palabras que se le atropellaban al salirle de la boca.

—¡Epa, Tiburcio! ¿Ya supistes d'eso del círculo de la muerte?

—Ni jota.

—¿Y tú, tripón?

—Menos.

—Pos ahí verán lo que es bueno... —Se sentó a la orilla de la cama en que el viejo había dormido la siesta, puso el sombrero en el suelo, y se limpió el sudor de la frente con la manga de la camisola—. A poquito de que

volvimos de Ojinaga, después de pegarle a Mercado y a Pascual Orozco, una noche, en aquel restaurante de Chihuahua que le denominaban Delmónico, se juntaron a cenar un montón de muchachos: estaban Encarnación Martínez, Uribe, Luis Salazar y quién sabe qué otros, ya muy pasados de copas, cuando uno, al que le decían *el Tísico*, porque tenía la cara amarilla como una calandria y estaba siempre tosiendo, se fijó que eran trece los que estaban cenando, y se puso muy triste, diciendo que aquello era de mala suerte, y que uno de los que estaban ahí tenía que morir antes de que pasara mucho tiempo; lo tiraron a loco y siguieron emborrachándose, pero *el Tísico* no quiso ya beber y que se iba a levantar de la mesa, pero Encarnación no lo dejó y agarrándolo de un brazo lo volvió a sentar. «Aquí naiden se raja —dijo—, y si alguno ha de morir, pues luego es tarde.» Todos creyeron que le iba a meter un plomazo, pero dijo: «Tanta culpa tiene él como nosotros de ser trece, ansina que vamos a ver quién es el de la mala suerte...».

Tiburcio y el panzón Botello se habían incorporado a medias en sus camas, y seguían con interés el relato de su compañero, que ese día había estado comiendo con otros oficiales de la división. Perea se quitó la cartuchera de la pistola, la colgó a la cabecera de su catre, y siguió hablando:

—¿Qué creen que hizo? Pos llamó al criado que les daba la cena, y le dijo: «Ponte listo p'apagar la luz cuando yo te diga», y que saca la pistola y la amartilla; naiden se movió, y Encarnación les dijo: «El que tenga más miedo va a ser el que reciba el plomazo». Le hizo una seña al criado para que apagara, y a oscuras aventó la pistola p'arriba, y vóytelas que al caer sobre la mesa se sale el tiro... «Ora sí,

prende la luz», dijo Encarnación, y entonces vieron quién era el que tenía la mala suerte...

—*El Tísico.*

—Seguro que sí. La pistola se había quedado en la mesa muy lejos de la mano de Encarnación, y apuntando pa donde estaba el muchacho con agujero debajo de las narices... No más se recargó en la silla y volteo para todos lados. «Ya ven —dijo Encarnación—, aquí no es cuestión de suerte, sino que el que tiene más miedo es el que pela gallo. Y para ver quiénes son los miedosos, de hoy en adelante, cada semana nos juntamos trece y echamos una pistola p'arriba... Los gallinas se pelarán y nos iremos quedando no más los hombres.»

—Eso es una babosada —dijo Tiburcio—; las balas no escogen a nadie. Yo le apunto a uno y aunque sea muy valiente, le rajo la maceta...

—Pero ahí no apuntan a ninguno... La pistola solita se voltea para donde está el que se amieda...

—¿Y si en lugar de aventar la pistola p'arriba, le apuntan a uno en lo oscuro? — Botello desconfiaba.

—Eso no, porque el que la tira la tiene agarrada del cañón cuando apagan la luz, y se oye bien cuando cái a la mesa o al suelo.

—Yo no me fiaba mucho de esa gente...

—Bueno, Máximo, ¿y a qué viene eso?

—Pos ora verás, Tiburcio: quesque tienen que ser siempre trece los que se junten; cenan muy bien, se emborrachan, y cuando ya están todos bien gises, es cuando avientan la pistola p'arriba. Si uno se pela, pos al otro sábado llevan algún amigo que se las dé de hombre. Ya verás: la última borrachera la hicieron en Jiménez, en la casa de aquella vieja que está frente a la

estación; hubo un muerto, y entonces todos dijeron que no se hacía otra hasta que entráramos en Torreón, quesque porque se estaba desperdiciando gente que podía hacer falta. Ora que estamos aquí se quiere hacer otra junta, pero resulta que en ataque murieron Benito y el oso Estrada, y no son más que diez los que quedan en la bolita.

—Faltan tres...

—Cabales. Y orita que comimos con Encarnación me dijo que era bueno calarnos, a ver si de deveras éramos liones o qué clase de gatos peludos, que, al fin, qué más nos daba, ya que apenas el domingo nos escapamos de que nos colgaran.

—Yo no voy... Soy muy panzón, y es más fácil que un tiro me toque a mí, que a dos flacos...

—Pos mira, Botello, y tú, Tiburcio: ya se hizo el cuento grande, y a toditos les dijeron que éramos nosotros tres los que íbamos a entrar hoy en la noche a su mentado Círculo de la Muerte, y la verdá que si no vamos, nos van a ver caras de rajones. Si ustedes no van, yo sí, porque ya di mi palabra de hombre.

—Sí, vamos, Máximo, y lo mismo iríamos si en lugar de ser uno el que muriera, fueran doce y solamente uno saliera andando en sus patas, pero te diré que ése es el juego más tonto que hay. Estaría bueno rifar a quién va y quita una ametralladora, o se trae un prisionero lazado a cabeza de silla, o alguna otra cosa que sirva a la causa; pero eso de matarse no más así, por borrachera, no es de valientes, sino de locos. Ya te digo, vamos una vez y vamos diez, pero si a mí me tocara, te repito que soy tan hombre como cualquiera de los que se queden en pie...

—A ti no puede tocarte, viejo Tiburcio, porque de deve-

ras que eres muy bragado.

—Yo también voy, últimamente, y ojalá que me toque para que vean cómo se muere uno de San Pablo. Soy capaz de apostar a que a mí me toca, porque me da la corazonada que de Torreón no salgo...

—Cómo serás animal, Botello: ni hay mala suerte ni quieren decir nada las corazonadas. Nadie sabe cuándo le toca, y tampoco tiene remedio cuando le llega su hora.

—Es cierto, viejo. Yo me pienso a veces que tú vas a vernos morir a todos los de San Pablo, y entodavía vas a quedarte para contarlo.

—Entonces, ¿vamos a la noche?

—¡Quién dijo miedo!

—Seguro que sí vamos.

Al anochecido los tres salieron del hotel. Portaban vestidos nuevos, de gabardina color olivo, zapatos amarillos de una pieza, como los de los oficiales federales, y en la peluquería les habían retorcido los bigotes, les atusaron las melenas y los echaron a la calle oliendo a jazmín. Todos traían su estrella de plata en el sombrero, y toquillas de cerda blanca y negra. Para ir al lugar de la cita, que era una casa por el rumbo de la Alameda, donde se había hospedado Encarnación Martínez, ocuparon un cochecillo desvencijado que arrastraban dos caballos desiguales, y llegaron cuando ya todos los otros estaban presentes, bebiendo cerveza al pico de la botella.

El anfitrión se levantó para recibir a los recién llegados, tendiéndoles su mano gorda y sudorosa. Era un hombre de treinta y dos años, de cabeza chica para su cuerpo ancho, frente angosta coronada por una cabelle-

ra rebelde que necesitaba plastas de vaselina para mantener recta la raya abierta del lado izquierdo. Sus narices, pequeñas y aplastadas, y el bigotillo retorcido que se alzaba de su labio superior angosto y remangado, le daban un aspecto de animal desconfiado y maligno; las cejas pobladas, muy altas sobre los ojos, rozaban casi el mechón de pelo cerdoso que se le caía sobre la frente al menor movimiento. Había sido herido en los últimos combates, y estaba aún pálido. Parecía que la guerrera de caqui le quedaba grande, y en las bolsas de amplio pliegue, a los lados del pecho, dos relojes unidos por una gruesa cadena de oro dibujaban sus circunferencias bajo la tela.

—Pasen a su casa, compañeros, y todos tenemos mucho gusto. Nos honramos con tres valientes más. Siéntense, y éntrenle a la cerveza.

Les pasaron unas botellas, abiertas con el martillo de una pistola «S. & W.» de las que tienen una especie de uña al extremo. Había algunos medio borrachos, que comenzaron a alborotar cuando los tres últimos llegaron.

—Ora tú, viejo: ¿qué dices de nuestra bolita...?

—Habla, Tiburcio...

—¡Que hable, que hable!

El viejo apuró dos tragos a boca de botella, y atusándose el bigote entrecano dijo:

—Creo que los hombres que son valientes vienen así desde que los echan al mundo: ni los cobardes se pueden volver valientes por más que quieran, ni los valientes se amiedan aunque la vean perdida. A nadie se le puede enseñar a valiente, pero si dice que lo es, hay que probarlo. Por eso vine yo aquí, a ver si no le tiemblan las corvas a alguno; una cosa es andar en cantinas

y por ahí echando habladas, y otra arriesgarse a que le venga un plomazo de la oscuridad, sin tener a nadie a quien echarle la culpa. Pero también vengo a sostener una cosa, que no es cierta que a quien le toque la bala habrá que señalarlo como cobarde: miedoso es el que tiembla y no el que cae. Nosotros somos tres, y ustedes diez; luego es más fácil que salga mal uno de ustedes que cualquiera de nosotros, y yo quiero decirles que no hemos de pensar que es cobarde el que salga herido o muerto, aun cuando sea de ustedes. Y si a cualquiera de nosotros le toca, los otros dos vienen a sostener que no ha sido porque aquél se amiedara...

—¡Párale ahí, Tiburcio! Todo ha sido un error de interpretación: hay que convencerse de que en la división no hay cobardes, y esto que hacemos aquí es nada más para templar los nervios, y que cada quien piense que su vida se le puede ir en cualquier rato, y así, esté dispuesto a hacerse matar cuando sea necesario. No será escuela de valientes, si tú quieres, pero el que dé buena cala aquí, sirve para cualquier cosa. Ya ves cómo pelearon Benito y el oso Estrada.

—Y tú también, Encarnación: eres muy macizo.

—¡Ba...! Aquí todos somos iguales; tomen más cerveza...

Así pasaron las horas hasta la media noche. Casi todos estaban borrachos y armaban un mitote terrible: cantaban, rompían botellas en el suelo, platicaban a gritos sus hazañas, y luego, a coro, comenzaron a gritar:

—¡Ya es hora..., ya es hora!

Retiraron la mesa a un rincón, cada uno llevó su silla, y formaron un ancho círculo en mitad de la pieza, sentándose tan unidos, que no había entre ellos hueco por donde pudiera pasar una bala.

Encarnación sacó su pistola y la amartilló.

—¿Eres tú siempre el que la avienta p'arriba? Martínez miró fijamente a Botello.

—¿Qué te estás pensando, tripón?

—¿Yo? Nada. Solamente pienso que es más difícil que le toque el tiro al que avienta la pistola.

—Échala tú, pues.

—Entonces para mí sería la ventaja, y no la quiero.

—Que la aviente el viejo...

—¡Sí... sí...!

—Dácala, pues, yo la aventaré.

—Aguarda tantito, que apaguen la luz.

—¿Listos?

—¡Venga el golpe!

Un asistente cortó la corriente eléctrica, y la pieza quedó a oscuras; se oía la respiración inquieta de aquellos trece hombres que estaban esperando para uno de ellos el llamado de la muerte. Se enlazaron los brazos, inclinándose hacia el centro del círculo.

—¡Ora, Tiburcio, arriba el cuete!

Se oyó la caída de un objeto pesado sobre los ladrillos del pavimento, seguida inmediatamente por una detonación; la lucecilla del disparo apareció exactamente en el centro del grupo.

—¡La luz!... ¡La luz!...

Alguno, impaciente, encendió un cerillo segundos antes de que el foco eléctrico iluminara nuevamente la estancia. Y se vio a doce, de pie, buscando ansiosamente al tocado por la bala. Botello se había quedado en su

asiento con las manos apretadas sobre el vientre, e inclinado para adelante.

—Panzón, ¿qué te pasa?

—Les dije que era más fácil... más fácil que me tocara a mí, que a dos flacos...

—¿Dónde te ha dado?

—Aquí, en la barriga...

Dos o tres de los que estaban más borrachos no quedaron conformes.

—¡Un muerto..., que haya un muerto!

El herido levantó la cabeza hacia Tiburcio, que le palmoteaba cariñosamente en la espalda, y hacia Perea, que le veía con los ojos espantados y con la boca abierta.

—Oye, viejo, ¿verdad que es pura papa que le toca siempre al que sea miedoso? Tú, que me conoces, díles...

—Claro que no, gordito. Tú eres más valiente que muchos y no es la primera ocasión que miras la muerte de cerca. Y todavía vas a dar mucha guerra, porque ese agujero se te cierra en dos semanas...

Botello estaba lívido, y sentía dolores horribles en el vientre, porque la bala de plomo le había desgarrado los intestinos; a través de sus dedos boludos, apretados sobre la barriga descomunal, manaba la sangre.

—¡Otra vez..., otra vez... que haya un muerto!

—Ahí no más, párense tantito que con uno basta. Y para que no duden de lo que dice el viejo de mí, fíjense cómo se muere uno de San Pablo.

Botello echó mano a la pistola, y antes de que alguno

pudiera evitarlo, se apoyó el cañón en la sien derecha y jaló el gatillo.

—Ora sí que fue al revés —dijo solemnemente el viejo Tiburcio, colocando la diestra sobre el mango de su pistola—. El más valiente fue la víctima, y si alguno se ofende por esto que digo, que me lo reclame luego, luego...

Una hoguera

Los trenes reptaban lentamente hacia el Sur, pletóricos de soldados y de caballos, de cañones y ametralladoras, de impedimenta de todas clases; había carros pintados de blanco con grandes cruces rojas que parecían llagas abiertas en sus costados, y en los que se comprimían las camillas, cajas con medicinas, algodones, frascos de yodo y vendas, y los enfermeros de largas túnicas blancas; otros en que grandes estufas soplan todo el día entre montones de papa y sacos de maíz; vagones sellados en que se acomodaban centenares de cajas de parque; carros pagadores que llevaban los cofres hinchados de papel moneda que nadie quiere y todos aceptan; coches de los jefes y los Estados Mayores, bien provistos de alimentos y de vinos, y otros más para los telegrafistas, la proveeduría... Parecía que una ciudad entera se hubiera puesto en marcha. Los trenes no eran suficientes para contener en su vientre tantos hombres y miles de éstos habían trepado a los techos, improvisando con sus cobijas y ramajes, multicolores tiendas de campaña.

Eran doce o quince los trenes que se arrastraban de

Torreón hacia Zacatecas, donde los federales de Medina Barrón iban a intentar detener el avance de la División del Norte, victoriosa en Torreón y San Pedro de las Colonias. En el horizonte veíanse las humaredas de las locomotoras, que eran como chorros de tinta arrojados a las nubes que el viento amontonaba, semejantes a un gran rebaño de borregas negras, y que pronto se desharían, como la víspera, en gruesos chorros de agua.

¿Quién diablos entiende este clima de junio? Al salir de Torreón era el calor agobiante, el polvo penetraba bajo las ropas y se pegaba en las carnes, amasando los cabellos e irritando los ojos; el sudor copioso corría el día entero; la fatiga, la molestia del sol que reverbera en cada piedra, y el olor a carne humana, a sudor, a cuero mojado, desparramándose por los carros en oleajes tibios y espesos. Los soldados vivían medio desnudos en los techos de los vagones, donde la lámina parecía tener fuego por debajo. Y al día siguiente, después de atravesar los sedientos arenales de Picardías, en los que serpentea el cauce de un río sin agua, se acercaron los vientos formando nubarrones en unos cuantos minutos, y repentinamente dejaron caer unas gotas enormes, como pesos de plata. Los soldados se meten bajo sus cobertizos improvisados sobre los techos de los carros, pero todo lo atraviesan aquellas gotas: ramajes y telas. A poco rato de llover, las ropas de los soldados chorrean agua, como si las hubieran sacado de una laguna; los zapatos están correosos como escamas; las armas, húmedas, y el cinc de los techos, resbaladizo. Luego, siguen las nubes su carrera hacia las montañas del Este, pasan y desaparecen, y el viento levanta polvo y más polvo que cubre todo con su costra cenicienta. Parece que los hombres y las armas han sido embarnados de barro.

Al volver la noche, los trenes se detuvieron y miles de

soldados se precipitaron hacia tierra, a tenderse en la suave arena, a encender fogatas y calentar el café en grandes botes de lata. Todos abandonaron los carros, dispersándose, menos dos hombres que están solos en un vagón de caja.

En un rincón, sobre un camastro de ramas y hojas cubierto con un cobertor rojo, Perea está acostado. Frente a él, sentado a distancia en un cajón de parque, el viejo Tiburcio le mira en silencio; de cuando en cuando se le acerca, toma un puñado de algodón y la limpia cuidadosamente la cara, quitándole un pus verdusco que le mana de centenares de vejigas que se le abren en la piel lívida.

—¿Te sientes bien, Máximo?

Un quejido era la única respuesta. Perea ardía en calentura, repentinamente atacado de corrosiva viruela, en plena marcha, lejos de los carros del servicio sanitario, en que había todo lo bueno para curar una herida, mas no para combatir una epidemia, y de donde no pudieron enviar sino unos rollos de algodón y una botella de líquido desinfectante.

Ante el enfermo, el viejo Tiburcio se encorvaba, mirándolo fijamente, como si quisiera contar los puntos purulentos y saber si eran menos o más; dos días y dos noches había pasado cuidándolo, solos en el carro que los demás soldados abandonaron por miedo al contagio. Desde lejos se sabía cuál era el vagón en que la peste se había declarado, porque hasta el techo estaba desierto; sólo unos cuantos audaces habían permanecido en él, durante las primeras horas de la enfermedad de Perea, hasta que vino la orden de aislarlo. Durante los altos, y en las noches que la cadena de trenes se detenía, en torno del vagón 7121 se hacía un círculo de vacío y de silencio.

Y esa vez que los ejércitos en marcha habían hecho alto ante Colorada, a la hora del crepúsculo rojizo, un grupo se dirigió al carro en cuarentena, deteniéndose a muchos metros de las puertas abiertas de par en par; de lejos, los gritos llamaron al mayor de los bigotes canos:

—¡Tiburcio..., Tiburcio!

El viejo asomó llenando el marco de la puerta con su alta silueta.

—Baja...

De un salto quedó en tierra, y se acercó al grupo, haciendo el saludo militar al reconocer a Tomás Urbina, el general que mientras llegaba Francisco Villa, detenido en Torreón momentáneamente, por la tirantez de sus relaciones con el primer jefe, dirigía las operaciones contra Zacatecas.

—A la orden, mi general.

—Me dicen los doctores que ahí tienes un enfermo.

—Sí, señor; es Máximo Perea.

—¿Viruelas?

—Creo que son viruelas.

Urbina movió la cabeza de un lado a otro, visiblemente contrariado. Era el jefe duranguense un tipo de mestizo, de facciones regulares y un abundoso bigote que le cubría la boca; había logrado fama de cruel y digno compadre de Pancho Villa, de quien había sido único compañero en pasados años dedicados al abigeato. Tenía brazos y manos entorpecidos por una extraña enfermedad, sin duda principio de parálisis, atribuida por sus enemigos al hecho de haberse atrevido a tomar durante el saqueo de las iglesias de Durango algunos vasos

destinados a las más sagradas ceremonias del culto, de los que extrajo el contenido con sus propios dedos musculosos, ávido ante el oro y las gemas de cálices y copones. Sus orejas, rojas y deformes, parecían dos crestas de gallo pegadas a la gran cabeza redonda, y en su cuerpo robusto alentaba un alma felina y despiadada. Esa noche vestía un traje amarillo y una camisa blanca de cuello muy bajo, rodeando su pescuezo voluminoso y apoplético, y aparecía rodeado por dos doctores de su Brigada *Morelos*, y un grupo numeroso de sus oficiales.

—¿Y qué vas a hacer con él?

—Esperar a que se cure.

—Dicen éstos que es una enfermedad larga y muy pegajosa.

—En efecto, señor —terció un individuo vestido de paisano, con grandes anteojos sobre la nariz chata—; la viruela puede invadir el ejército, favorecida por la falta de elementos con que combatirla, el calor exagerado, el agua contaminada... Yo creo que, de seguir aquí el paciente, pueden darse muchos otros casos...

—Bueno, bueno, ya está entendido todo eso —interrumpió Tiburcio—, ¿y qué quiere usted que se haga? ¿Vamos a dejar a Perea en mitad del llano, tirado como un perro? ¿No es un hombre como nosotros? ¿No es uno de los mejores oficiales de la división?

—Cálmate, Tiburcio... El doctor nada más señala el peligro de que se les peguen las viruelas a los otros muchachos.

—¿Por qué no lo curamos?

—Tenemos elementos de hospital de sangre, pero no para combatir esas enfermedades.

—No hay remedio para él, Tiburcio, y ahorita mismo vamos a tomar una medida...

El viejo se quedó mirando a Urbina con una expresión de impaciencia. La noche se había extendido sobre la llanura y los trenes quedaron prisioneros de la penumbra, débilmente iluminados por las fogatas de los vivasques, que formaban una sucesión de hogueras paralela a la línea férrea, y en las que crepitan las contorsionadas ramas de los mezquites.

El jefe, meditando, se pasaba la mano por la mejilla mal afeitada; luego se frotaba la nuca como si creyera así ayudar a su cerebro para encontrar una solución a tan serio conflicto. Se abrochó la cazadora, volvió a desabotonarla y metió los pulgares en el cinturón de la pistola. Y todos presentían de él una cruel orden.

—¿Dicen que hay peligro de que a todos les den las viruelas?

—Indudablemente, mi general, pues el mal es de tal manera infeccioso que...

Con un ademán de su brazo torpe, Urbina indicó silencio. A la misma hora, las trompetas entonaban la retreta lánguida, ordenando a las tropas el descanso. En torno al carro donde Máximo Perea deliraba había un círculo de silencio y de sombra. Tiburcio, arrastrando los pies, se encaminó hacia uno de los médicos.

—¿No tiene remedio?

—Con los elementos que tenemos aquí no hay esperanza.

El viejo se oprimió la frente con la diestra, sosteniendo una intensa batalla interior, titubeó un momento y dirigiéndose a Urbina en tono decidido, habló:

—General, comprendo que estamos en situación muy

difícil... En plena campaña no es lo mismo que en cualquier otra parte. Usted es el jefe por órdenes de mi general Villa; disponga, pues, lo que debe hacerse, que seré yo mismo quien lo cumpla.

—Pues ya ve usted lo que dijo el doctor: Perea no tiene remedio. Lo mejor que podemos hacer es evitar que otro se enferme. Todo debe desaparecer, su ropa, sus cobijas, sus armas...

—¿Desaparecer? No entiendo...

—El general indica la solución acertada: es necesario la cremación del cuerpo y de todos los objetos.

Tiburcio no entendió.

—¿Qué dice?

—Hay que incinerar el cuerpo.

—¡Quemarlo, hombre, quemarlo!

—¿Así como está? ¿Vivo?

—En estos momentos debe de estar insensible, porque las altas temperaturas...

—Pero ¿quemarlo vivo? ¿Qué, se han vuelto ustedes locos? —Su carne se puso de color de tierra; agitó los brazos, como si quisiera disipar aquellas frases que aún escuchaba distintamente. De vez en cuando, el fogón de un vivac cercano le iluminaba la cara; su bigote blanco parecía de cristal, y sus ojos brillaban como carbones encendidos—. ¿Éste es el premio a un soldado de la Revolución? ¿Es éste un ejército de hombres o una tropa de perros? —Llegó a levantar la mano con el puño cerrado haciendo vibrar la más terrible de las amenazas. Entonces Urbina se paró frente a él, convertido en amo de hombres.

—¡No se me discute! La vida de un hombre, quienquiera-

ra que sea, no vale nada si se salva el peligro de una epidemia. ¿No ves que a todos les va a entrar el miedo? Sobre todo, aquí mando yo, y si tú te me opones, me vienes muy flojo. ¿Oíste? ¿Qué te estás creyendo, que porque el compadre Villa te tolera que le hables de tú a tú, todos vamos a hacer lo mismo? Aquí no hay más pantalones que los míos, y por ellos me paso a media humanidad... Así es que véle jalando... ¡Vaya! ¡Cuádrese, y obedezca la orden!

Tiburcio juntó los pies, se irguió, y llevó la mano a la frente. Tenía las quijadas trabadas como si no quisiera dejar salir una maldición o un sollozo; mirando al suelo, respiraba con las aletas de la nariz abiertas y palpitantes. Bajó la mano y apretó los puños hasta encajarse las uñas en su propia carne. Temblaba y gruñía como un endemoniado.

—¡Orita mismo me vas quemando a ese cacarizo! Con todos sus trapos y su cobija y cuanto haya ahí dentro... La lástima es que no podamos quemarlo con todito y carro, para que el tren quedara de una vez desinfectado. Y si no lo haces tú, cualquier otro lo hará en cinco minutos.

Urbina dio media vuelta y echó a caminar jalándose el sombrero hacia dentro con ambas manos. Le siguieron oficiales y médicos, y pronto se perdió en la sombra. Tiburcio había quedado encajado en su sitio; dos grandes lágrimas, como gotas de lluvia congeladas, se le habían detenido en los primeros cabellos de su bigote gris; se limpió la cara con el dorso de la mano y fuese hacia el vagón maldito. Dentro se oía como el hervir del agua: un ronquido sordo, continuo. Al principio, sus ojos, encandilados con el brillo bermejo de las fogatas, no vieron nada; mas pronto se acostumbraron y pudo distinguir a Máximo que, sin duda, había querido lev-

tarse en un acceso de delirio, tirado boca abajo, con los brazos en cruz, en mitad del carro.

—Pobre Perea, se me hace que se está entiesando...

Se inclinó hacia él, lo volteó, y suavemente lo fue levantando. Lo tomó como a un niño, pegando su mejilla a la cara purulenta; sus lágrimas cayeron sobre la piel agujereada y húmeda como una esponja, inclinó la cabeza y besó la frente que apestaba a podrido. Con su espantosa carga bajó del carro y avanzó hacia la sombra. Él mismo no sabía adónde iba a llevarlo. Se acercó a una fogata y los soldados que descansaban junto a ella entonando en voz baja una tonada monótona, le vieron venir y huyeron de él como de un fantasma...

—Tiene razón el viejo Urbina —pensó—, a todos les entra el miedo.

Avanzó en las tinieblas sin rumbo fijo, a veces se le doblaban las piernas y parecía que iba a caer, pero se erguía hundiendo firmemente el pie en la tierra suelta. Sintió que el cuerpo que llevaba en sus brazos iba poniéndose rígido, y le habló en voz alta, diciéndole una conversación deshilvanada. Caminó y caminó, deteniéndose cuando vio frente a él una especie de cubo, más oscuro aún que las mismas sombras: era una casucha formada con durmientes de ferrocarril enterrados de punta, y tendría dos metros por lado; un techo de ramas y hojarasca lo completaba, estando abandonado y vacío. Ahí tendió a Perea, quien se quedó inmóvil, y volvió al carro, tomó el cobertor, tomó las armas, tomó el rastrojo, y de la hoguera más próxima empuñó un brazo de mezquite ardiendo, que llevó en alto por la llanura, iluminando su sendero con una luz bermeja, como la sangre.

Encontró a Perea tal como lo había dejado, inmóvil, sin

haber variado la posición de un solo dedo. No le veía la cara, ni intentó vérsela. ¿Estaba vivo aún? ¿Había muerto ya? No quiso averiguarlo, echó los ramajes encima del cuerpo, llenó la casucha de leña de mezquite, y con la tea recogida del vivac le prendió fuego. El humo, ligero y cálido, se fue elevando, dejando un olor a palo seco; de pronto, del montón de maderos y troncos partió una llamarada iluminando al viejo, de pie y con los brazos cruzados, descubierto e impávido. El calor se hizo sofocante y en derredor de la hoguera los lúgubres campos oscuros parecían una plancha de hierro, por la que el bochorno de la fogata se extendía en oleajes interminables; un halo amarillo circundaba aquella hoguera única, y más allá tinieblas.

Tiburcio sintió húmedos los labios. Se palpó: todo el bigote estaba también húmedo y las mejillas. De pronto sintió como si las montañas se le hubieran echado encima y cayó de rodillas, abrió los brazos y quedó inmóvil; sólo sus labios temblaban impulsados por un fervor que parecía brotarle en el pecho.

Se levantó y con la cabeza inclinada fuese hacia su carro; se sentó en la puerta balanceando los pies en el vacío. A lo lejos distinguió un punto rojo del que partía una columnita de leve humo azul. Parecía un cigarro que humeara. De su bolsillo tomó hoja y tabaco, y fumando, fumando, y viendo aquel punto de fuego debilitarse poco a poco, permaneció en la puerta del carro, meciendo los pies sueltos, hasta el amanecer.

El vagón 7121

Al amanecer, la diana encontró a Tiburcio insomne. Metido en el fondo de su carro, el viejo sintió el movimiento de la tropa trepando a los trenes; crepitaba la lámina de los techos al peso de los hombres, y, a gritos, los oficiales daban órdenes.

—¡Arriba, muchachos; ya se acerca lo mero bueno!

Cantos bélicos se elevaban como el humo de las locomotoras, como el temblor de las campanas y el silbido del vapor. Frente a las puertas del carro pasaban a toda prisa los rezagados, con el fusil al hombro, trotando hacia sus carros.

Nadie subió al 7121. Era un vagón viejo, de tablas desteñidas y las duelas del piso con grandes aberturas por las que pasaban los chirridos del rodaje. De un lado varias filas de cajas de parque alineadas unas sobre otras, y en otro, Tiburcio sentado en su camastro, pasándose las horas contemplando los rótulos de las cajas pintadas en rojo:

«Winchester, Winchester». Mentalmente sumaba los números 30-30 en vertical y luego en horizontal. En las paredes, algunos sacos con alimentos colgados de clavos, una carabina pendiente de un gancho, y sobre los cajones, velas a medio consumir. Había lugar para diez o doce hombres, cómodamente, pero Tiburcio no escuchó ni un solo paso en el techo, ni vio una sola cara asomar al interior por el ancho marco de las puertas. Se sintió humillado y le dio enojo. «Mugrosos..., como si fueran a vivir cien años...» Se acercó a la puerta, recto como un qurote, y también, solitario. El tren había echado a caminar, y bajo sus ruedas se quejaban los troncos de pino. Tiburcio sintió como si fuera uno de ellos, y

sobre sus hombros pesara un mundo; quiso gritar y permaneció mudo; quiso golpear, quebrar, destrozarse y permaneció inmóvil. Ante sus ojos el yermo se desenvolvía como una enorme venda sucia.

En las curvas vio los otros trenes, compactos de hombres que gritaban y cantaban embravecidos por la proximidad de la batalla. Parecían aspirar perfume de pólvora. Sólo él, con la nariz contraída, daba la impresión de estar oliendo aires de estercolero. Toda la mañana estuvo pensando una misma idea, apretaba los dientes como si la tuviera presa entre las mandíbulas y no quisiera que se le escapase. Era como una pesadilla interminable, un rumor de bosque que no cambiaba nunca.

Llegaron los trenes a Calera, y el ejército echó pie a tierra. Los cañones, semejantes a largas grullas azulejas, rodaron arrastrados plataformas abajo, los tiros les fueron uncidos, y desaparecieron a toda carrera hacia diversos puntos del valle. Pasó a caballo el general Ángeles con su sombrero color olivo arriscado del lado izquierdo, prendida el ala a la copa por una escarapela tricolor; hacia Morelos, los grupos de Saavedra, Jurado y Luévano partían a colocarse para apoyar la caballería de Trinidad Rodríguez, que iba en persecución del enemigo hacia Las Pilas y Hacienda Nueva.

Pasado el mediodía los trenes quedaron vacíos. La infantería de Herrera fue a acampar en Cieneguilla, mientras las de Natera, Triana, Contreras, Bañuelos, Domínguez y Caloca debían tomar posiciones hacia Guadalupe, al lado del camino

obligado de la retirada de los federales cuando fueran desalojados de sus posiciones en los cerros de Loreto, El Grillo, La Sierpe, Clérigos y La Bufa, y el general Gonzalitos fue enviado con sus infantes a colocarse en

Vetagrande, donde se extendió la artillería para batir las posiciones enemigas.

Sobre el valle cayó un aguacero copioso y rápido. El aire quedó diáfano, como un cristal dentro del que hubieran quedado prisioneros la capilla de Vetagrande, encaramada en la punta de una loma, los cerros misteriosos en que se abrían las bocas enormes de las minas, la cadena de colinas que era como una muralla, y en los bajos, el campo verde, sembrado de pueblecillos inmovilizados por la guerra entre los que serpenteaban los caminos, como riachuelos de tierra suelta. De cuando en cuando subían y bajaban por los cerros oscuras serpientes de hombres, caballos y cañones, y desaparecían tras de las crestas de peñascos hostiles. El viento llevaba rumor de tiroteo y sonos de clarín. Hacia Guadalupe, una laguna oscura que parecía un vidrio ahumado, y más lejos, dos o tres líneas de lomas arenosas; por último, muy alto entre todas ellas, un cerro enorme rematado en dos agrios crestones rocosos, como dos columnas anchas y chaparras que emergieran de un cono de piedra: La Bufa.

Tiburcio vagó por Calera toda la tarde, sin hablar con nadie, sin que se le dirigiera la palabra. Todos los demás estaban abstraídos en los preparativos de la lucha, siendo la Presidencia Municipal, donde se había hospedado Urbina, el centro del remolino que tragaba y devolvía torrentes de hombres y caballos. Entraban los jefes de brigada con sus largos Estados Mayores, a recibir órdenes para colocarse, mientras se daba la señal del asalto, y con ellas salían al galope de sus caballos hacia los pueblos y los cerros.

Entre aquella multitud inquieta, Tiburcio se cansó de no hacer nada. Se metió entre los trenes de la artillería y sin que nadie se lo pidiera ayudó a prender las mulas, a

arreglar las guarniciones, a bajar los cajones del parque. Y llegada la noche fuese a su carro, en el que nadie había entrado y se durmió como un tronco.

Dos días pasaron en preparativos, llegaron más tropas y fueron distribuyéndose en sus posiciones, sobre las que ya la artillería federal de La Bufa había comenzado a regar metralla. Y a Calera llegaron los primeros heridos: venían artilleros que en Vetagrande habían sufrido el desmonte de una de sus piezas, sobre cuya coraza estalló un obús, y otros que fueron ametrallados por una de sus propias granadas que explotó en manos de un torpe artillero. También llegaban heridos procedentes de Mina de Plata, refiriendo que descansaban en un corralón, entre la impedimenta de la artillería, cuando un torpedo se abrió sobre sus cabezas; otros, jinetes sobre los que se desató el vendaval de la metralla al pasar por un camino abierto a ocupar posiciones, e infantes sorprendidos al ascender por alguna cuesta visible desde los crestones de La Bufa. Todos heridos antes de la batalla, sin defenderse, sin haber disparado un solo tiro.

Los camilleros eran insuficientes para conducir a tanto hombre inutilizado a los trenes que saldrían inmediatamente hacia Torreón, llevando un cargamento de carne destrozada. A veces, lívidos agonizantes iban tendidos sobre tablones, inmóviles como cadáveres, dando como única señal de vida la mirada amarilla de sus ojos vidriosos. Los tocados en la cabeza o los brazos marchaban de pie, apoyándose en compañeros que los ayudaban hasta los trenes, y más tarde, cuando se acabaron los tablones y todas las camillas fueron ocupadas, los heridos pasaban colgando entre dos hombres, uno levantándolo de las rodillas y otro abrazándolo por los sobacos; cada terceto dejaba manchas rojas en la tierra floja. Y por último, hombres fuertes que sobre los hombros llevaban, como costales de grano, soldados san-

grientos con la cabeza suelta y los brazos colgando.

La caravana parecía interminable, pues de todos lados llegaban heridos a la estación de Calera, y de los carros de ambulancia partían órdenes de embarcarlos inmediatamente; se les harían las curaciones a bordo de los carros que partirían hacia el Norte. Doscientos, trescientos heridos pasaron en una hora enviados de todas las posiciones a anuncio de la salida del primer tren-hospital, y Tiburcio los vio pasar ante su carro. Algunos, tocados ligeramente protestaban porque se les retiraba de la línea de fuego, ellos quisieran seguir ahí, para pelear, y un arañazo no merecía el regreso a Torreón antes de ver la batalla ganada. Otros, de rostro cenizo y miembros flojos, de vientre hundido y pecho inmóvil, parecían no darse cuenta de nada. Al verlos pasar, el viejo movía la cabeza de un lado a otro. «Ésos no llegarán a Torreón, y no más van a ocupar lugar en los carros.»

—Los llevarán de oquis... Para el amanecer ya están tiesos...

Pronto faltó gente para conducir otras víctimas, amontonadas en el portal de la Presidencia y recostados en petates sucios de lodo sangriento; y al ver a Tiburcio, que se había despojado de sus cartucheras y abandonado la pistola bajo el camastro, los doctores de brazalete con cruz roja le increparon.

—Ora, viejo atascado, sirva de algo... ¿No ve estos pobrecitos que hay que llevar a los trenes?

Le dieron a cargar un muchachillo que tenía el muslo derecho destrozado por un casco de granada; era menor de quince años, y pequeño de estatura. Lloraba cuando Tiburcio lo tomó en los brazos como una niñera, y lo fue llevando cuidadosamente a lo largo de los tre-

nes. Lo regañaba en voz baja:

—Tonto, ¿para qué te andas metiendo en esto? A lo mejor te quedas cojo, y si no te entiesas de ésta, cualquier día te entiesarás de otra...

—No tengo miedo de quedarme cojo... Yo quería subir La Bufa...

Al apretarlo contra su pecho, Tiburcio se llenaba la cazadora de sangre. El muslo roto sangraba horrorosamente, y el muchacho estaba lívido. Lentamente lo puso en tierra y con su paliacate le ciñó la pierna.

—La Bufa... ¿Tú crees que va a ser tan sencillo? Mugre van a sudar antes que llegar arriba...

Caminaron hasta los trenes convertidos en hospitales; en los vagones de caja, cobertores rojos tendidos en el suelo indicaban el lugar para los heridos, y ahí los

iban reuniendo, veinte o treinta en cada carro. Tiburcio tuvo que encomendar por un momento su carga a otro y trepar a la caja para izar al muchacho. Ya el carro estaba casi lleno. Antes que él, los camilleros y soldados habían dejado a los heridos amontonados a la entrada, unos encima de otros, como troncos de árbol, como haces de paja. Gruñían y se quejaban, en un coro monótono de lamentaciones; en un rincón, un joven practicante de medicina, medio desnudo, sudoroso, rojo como un pimiento, y miope, atendía rápidamente a los heridos; hacia él se dirigió Tiburcio, pisando a uno, empujando a otro, y le puso frente a los ojos, boludos como huevos cocidos, al muchacho. Los otros heridos protestaron: a ellos los había llevado antes; parecía que ladraban «A mí me toca». Se arrastraban, se empujaban. Los más graves revolvían los ojos en las cuencas, implorando auxilio.

Ha oscurecido, y encendieron velas, encajándolas en-

tre las duelas rajadas de la pared del carro. Al halo color naranja de la estearina, el doctorcito se afana; no hace sino vendar apretando mucho, estirando las tiras de manta hasta que la carne queda amoratada alrededor, y echar en la herida un chorro de yodo. El herido se estremece y lanza un grito, y luego lo llevan al otro extremo del carro; a poco rato se reanima y pide cigarros, y entre los que pueden hablar, comienzan a contarse sus heridas, satisfechos de haber estado tan cerca del enemigo que han sido los primeros en recibir hierro y fuego. Se alientan unos a otros, y luego, todos a un tiempo, se lamentan de haber perdido el grande espectáculo de la batalla formal.

—A mí me tiraron del caballo. Íbamos protegiendo una batería que entraba apresuradamente porque a otra se le habían descompuesto los frenos. Y por llegar más pronto entramos en un claro, entre dos colinas...; al minuto ya nos estaban soplando los melones por la cabeza... ¡Y qué de semillas! Nos han dado una rociada...

Tenía la cabeza totalmente vendada, y en la tela blanca, la sangre y el yodo hacían una mancha de todos los tonos, del amarillo al negro. Recibió balines en el cráneo, en la cara, en el cuello, en los hombros. Le habían cortado la camisa y después de enredarlo en vendajes lo cubrieron con un sarape. Otro, que tenía el brazo amarrado al cuerpo, dijo:

—Nosotros encontramos una avanzada federal en un rancho que se llama San Vicente. Nos apedrearon muy duro, y tardamos media hora en sacarlos. Ya de huída, uno me ensartó en el hombro...

—Y tú, ¿no lo quebraste?

—Me costaría trabajo, porque no soy zurdo. Ya ves cómo tengo la derecha —y mostraba su mano, hinchada y

negra, inmóvil entre las vendas—. Pero tuve el gusto de verlo caer con el hocico en tierra.

Subieron a uno que daba alaridos, como loco. Tenía el vientre destrozado. Le chorreaba la sangre, y en las vueltas que daba en la camilla, las vísceras se le movían como animales dentro de un saco. Ninguno de los heridos protestó cuando lo llevaron preferentemente al rincón de las curaciones. Los ojos del practicante se hicieron más boludos, movió la cabeza, y sin vendar, preparó una aguja para inyectar un líquido amarillento, que tomó de un frasco de su botiquín; a poco rato, el herido quedó como dormido, lanzando un estertor sordo. Inmóvil, parecía estar encadenado a la camilla. A su alrededor se hizo el silencio, todos comprendían que aquello era el fin. Pronto llegaron nuevos heridos, la masa ondulaba, se replegaba, se extendía. En los rincones, los menos graves quedaron sentados en cuclillas; después, otros tendidos de espaldas, como muertos, en mitad del carro. Los enfermeros pasaban de un lado a otro del carro sin ver donde pisaban. Casi no había suelo entre cuerpo y cuerpo y caminaban sobre una alfombra de carne humana.

—Déjenme ir..., déjenme volver...

El muchacho del muslo sangriento estaba sobre el pie sano, apoyándose en la pared del carro, tratando de ir hacia la puerta y salir; al moverse, hizo caer una de las velas enclavadas entre las tablas y el carro quedó casi a oscuras, pues sólo una llama derramaba claridad sobre los cuerpos amontonados. Tiburcio levantó al muchacho en vilo y lo llevó al rincón, pasando sobre cuerpos inertes que le lanzaban maldiciones y quejidos confusos. Luego salió al campo. Le pareció que abandonaba una tumba próxima a cerrarse. Por un rato le siguieron los aullidos de aquel vagón espantoso.

—Babosos... Si supieran el pago que les tocaba... Pelean como leones, arriesgan diez veces la vida, les agujerean el pellejo, y cuando no sirvan más, les darán una patada en el asiento...

Con los dientes apretados se fue murmurando. De cada carro salía un cuadro de luz y un vuelo de lamentaciones. En todo el tren, practicantes inexpertos debían de estar amarrando cuerpos y echando yodo, lo mismo en la cabeza que en el vientre, a viejos y a muchachos. Yodo y más yodo...

En el camino se encontró a dos soldados cargando un muchacho herido en la frente. Un fino proyectil le había abierto un ojal redondo, por donde el cuerpo no tardaría en abotonarse con la muerte. Con los ojos cerrados, el herido movía de un lado a otro la cabeza, y sin quejarse, iba sonriendo, como si tuviera ante sí un espectáculo de maravilla.

—Otro bestia...

Sintió ganas de arremeter contra todos aquéllos y contra los que iban con fusil al hombro, rápidos y contentos, a las posiciones; gritarles que iba a ser inútil su sacrificio, que la guerra era infame y los hombres que la hacían ingratos y sanguinarios. Concibió contra sus jefes las frases más duras, maldijo muchas veces aquella lucha en que habían quedado, invisibles a la gloria, cinco hombres a quienes amó como hijos.

Frente a él pasó la música de un batallón tocando una marcha bélica. Le hirvió la sangre y le brillaron los ojos; mordiéndose los labios hasta hacerse sangre, se confesó la pena interna:

—Y pensar que les tengo envidia...

En la noche húmeda y oscura, el solitario se fue a vagar. Rumor de disparos le

perseguía, y desde un crestón de La Bufa, un faro minúsculo, que desgarraba la sombra, le parecía el ojo del ejército entero, que se daba cuenta de que él no estaba en su puesto.

Al otro día, el 22 de junio, llegó Pancho Villa. Ángeles le informó de las posiciones ocupadas e hicieron la última distribución de tropas para el combate: Urbina y sus brigadas sobre La Bufa; Villa y las suyas sobre Loreto. Supo que habían tenido gran número de heridos y recordando los días del ataque a Torreón, pensó que debía de haber en los trenes algunos soldados escondidos para no entrar a batalla. Y en su caballito pequeño y nervioso fue a Calera, seguido por una escolta de sus fieles *dorados*. En la estación, frente a los trenes, echó pie a tierra y fue recorriendo carro por carro, atisbando en los rincones, bajo los bultos de la impedimenta, y descubriendo varios emboscados que imaginaban poder ser soldados y no combatir.

Furioso por la cobardía de aquellos hombres, llegó ante el vagón 7121. Tiburcio estaba sentado en la puerta, fumando, sin arma al cinto y sin cartucheras que le cruzaran el pecho. Al ver venir a su jefe se irguió rápidamente e hizo el saludo; sus ojos se encendieron y se sintió vibrar de entusiasmo. Una palabra, un gesto, y correría hacia donde estaban atrincherados los *pelones*, echándoles muchos balazos... Aquél sí que era hombre, y jefe de hombres, no como el chivo de Urbina, hijo de perra, ladrón de caballos... Aspiró a todo pulmón el viento húmedo y quiso gritar un «Villa» que se oyera en todo Zacatecas...

Pero al fijarse en aquel carro, Pancho Villa encogió los hombros instintivamente, y su mirada llameante expresó un repentino temor. Un instante miró a Tiburcio de arriba abajo, y haciendo una curva se alejó del vagón y

pasó adelante, alargando el paso. Dentro, el viejo se quedó laxo como un costal vacío, combando el dorso como un carrizo al viento.

—Está bien —dijo—; aquí se acabó...

Lentamente se fajó la pistola, colocóse sobre los hombros las cartucheras con la dotación completa como si entrara en combate, empuñó la carabina y de un salto se precipitó del carro hacia la noche.

El desertor

—¡Pícale al palomo..., pícale al palomo!

El muchachillo, hundiendo los pies desnudos en la tierra recién removida, avanzó hacia los bueyes clavando a uno la pica de fresno en los cuartos traseros; el paciente animal agitó la cola sobre el sitio herido, golpeándose con las crines sucias y alargó el paso. Una coyunda que pesaba como si fuera de hierro, llevaba a los dos animales con la cabeza gacha y los belfos sedientos casi a rastras sobre la tierra. De la coyunda colgaba, bien sujeto con tiras de cuero torcidas, una lanza del grueso de un muslo, que tiraba del arado igualmente pesado y voluminoso, sobre el cual, con los brazos muy abiertos y el torso combado como un arco flechero, enterrando los pies, oscilando a cada paso, cansado y sudoroso, el hombre repetía:

—¡Pícale al Palomo!

Al final del surco corto y sinuoso, el hombre se detenía, y mientras se pasaba la mano por la frente para limpiarse el sudor, involuntariamente, distraídamente, abarca-

ba de una ojeada a su alrededor el panorama del valle, que para él no tenía nada nuevo: los mismos cerros redondos, que se antojaban grasosas formas de mujer, en los que las encinas y los madroños se entrelazaban; el arroyo, ahora rumoroso de aguas azules, que se escurría por el pedregal oculto bajo los jarales; los remansos, a cuya orilla se inclinaban los sauces para peinar con sus luengas ramas el agua; la casa de madera en la entrada del valle, donde su mujer y su hija limpiaban los almudes del maíz para la siembra, y la misma parcela, mitad polvorosa como un camino, mitad revuelta en líneas paralelas como arañada por un enorme rastrillo... Su yunta y su hijo.

—¿Quihubo, tata, ya te cansaste?

El viejo levantó la vista para calcular el tiempo por la posición del sol, que se acercaba a la mitad del cielo que parecía un mar, liso y sin manchas; el viento no lo rizaba, y las nubes se habían quedado ensartadas en los pinares de la montaña, distantes como otros mundos.

—No más damos otras dos vueltas...

—Ya tengo hambre.

En la lanza del arado el hombre llevaba una servilleta con las puntas atadas en diagonal, de la que sacó una tortilla pequeña como un puño y gruesa como un dedo: la harinosa y típica «gorda de trigo».

—Hace mucho que no tráis venado, padre.

Colgada del mismo lanzón, la carabina 30-30 abría su ojo pequeño y redondo, atisbando por entre las cabezas de los bueyes; era ya vieja y sucia; por falta de aceite, el orín comenzaba a corroerle por fuera el cañón, y la madera de la culata, desteñida y raspada, con lodo en las ranuras, parecía suela de zapato. El hombre la miró

con ojos fijos y cariñosos, pensando en algo muy distante, en algo que estaba más allá de la serranía imprecisa, que quizá hasta el mismo sol había olvidado; acarició con el brillo

de sus ojos el viejo rifle revolucionario, gritón, fiel y certero, que llevaba dos años colgado en aquel palo, tragando polvo por su ojo hueco y sin párpados; dos años en que su grito, cuando resonaba con ecos misteriosos que bajaban rodando entre el bosque de los cerros para morir en la parcela, no recibía respuesta alguna, y su mirada no vio hombre, sino venado, ni su vientre estrecho y vibrante no arrojó más muerte para hombre.

Apoyándose sobre el arado, el campesino alargó la diestra para tocar su fusil en una caricia que era al mismo tiempo una pregunta: «¿Cuándo volveremos tú y yo...?». Y luego en voz alta:

—No podemos tirarle mucho al venado, hijo, porque se nos acaba el parque y quién sabe si nos haga falta.

—¿Pa' qué lo quieres?

—Él vendrá algún día..., él vendrá... ¡Pícale al Palomo!

—¿Quién va a venir, tata?

—El *viejo*, el general Villa... Un día cualquiera de un mes cualquiera, él vendrá.

El cuerpo del hombre se agitaba como electrizado por el entusiasmo; empujaba el arado, levantándolo cuando sentía piedras bajo la reja, hundiéndolo cuando el tirón de los bueyes lo subía a flor de tierra, dirigiéndolo en irregular paralela al surco recién abierto. Dejó caer hacia atrás, colgado del barboquejo, su mugroso y roto sombrero de palma, y se dispersaron sus cabellos secos, largos, enteramente blancos, que parecían espuma de jabón en su gran cabeza redonda. Repentinamente,

como si quisiera destrozar el silencio del valle, comenzó a cantar un viejo son bélico; rápida y vibrante la tonada, ofensas y burlas la letra:

Cuando entremos a Chihuahua compraremos un arado y pondremos como bueyes a Caraveo y a Mercado...

—Mamá dice que Villa es malo.

—¿Malo? Sí, ¿pero para quién? ¿Pueden quejarse de él quienes nada sufrieron? Lo que tiene es ser un hombre bueno para la guerra. Dos años estuve con él y siempre lo vi entrar con ganas. Sabía mandar y todo lo repartía...

El muchacho ponía poca atención al padre, que seguía hablando con la mirada fija en un mismo lugar del horizonte inmóvil y brillante, como si sus ojos fueran extremos de dos armas apuntadas hacia un detalle del pasado.

—Yo le tengo miedo...

Bruscamente el campesino tiró del arado hacia atrás y los bueyes se detuvieron.

—¿Te quieres callar el hocico? No hay por qué tenerle miedo, y si lo sientes de él o de cualquier otro, debes callártelo, tragártelo. Algún día lo verás, y como tu padre, irás tras él, a no tener miedo nunca.

—¿Y vamos a dejar a madre y hermana?

El hombre no contestó; arremangóse la blusa sobre los codos, chasqueó la lengua, y cuando los bueyes reanudaron la marcha volvió a inclinarse sobre el arado. Él no había pensado en su mujer y su hija en ninguna de las muchas veces que en su cabeza dio vuelta y vuelta a la idea de reunirse nuevamente con el jefe. La otra vez, cuando a principios del año 13 comenzó la revolución, había dejado a la mujer y los dos hijos abandonados a

su suerte, porque era imposible cargar con ellos en esos meses de lucha incesante, de escaramuza diaria, de huidas, de golpes de audacia, de emboscadas. Cuántas miserias y qué abandono sufrieron todo ese tiempo, hasta que sin saber cómo, llevados quizá por un presentimiento indefinido, fueron a buscar todos el refugio del rancho que abandonaron al llamado de la guerra. Entonces, él había prometido a la mujer, por ella, por los hijos, por él mismo, quedarse para siempre en aquel valle que era tranquilo y era fértil; la hacienda de Bustillos estaba cerca, y la línea del ferrocarril. Ahí pasaron dos años en que el hombre supo que Villa había sido derrotado, y con sus propios ojos, torvos y duros, vio pasar los trenes de los nuevos enemigos, rumbo a la sierra, a ocupar las ciudades que los villistas no podían conservar.

Los mismos rancheros, antes villistas, ya no le querían, porque Villa robaba y destruía; formaron en cada pueblo una defensa social para combatirlo, y a Tiburcio mismo lo habían venido a invitar para que se uniera a las defensas, pero no quiso. Terco y leal, había contestado, recalcando cada palabra: «Fui villista, lo sigo siendo y lo seré». Le dijeron que era un viejo chiflado y lo dejaron trabajar su parcela. Muchas veces supo que Villa había pasado cerca; entonces, los «defensos» volvían a buscarle y lo miraban recelosos, preguntándole si había hablado con *el Viejo*. «Cuando hable y cuando lo vea — les respondía—, será para irme con él para siempre.» Los otros le amenazaron: «Nos estás espiando». Él, sin contestar, los dejaba.

Otras veces, en la Hacienda, le decían que Villa había muerto, que habían encontrado su caballo ensillado, con la montura cubierta de sangre, allá por Ojinaga, después de que los soldados carrancistas le habían seguido leguas y leguas, tiroteándolo a cada rato. O

bien, vaqueros de Durango, de cuatrocientos kilómetros al Sur, decían haberlo visto enterrar después de un fracasado ataque al mineral de Pedriceña. Él nunca creyó todo eso y siguió esperando que cualquier día de cualquier mes, el jefe pasaría por ahí y se lo llevaría. Él no lo buscaba, porque la última vez que lo vio, Villa lo había «ninguneado» al dejarlo en los trenes sin llamarlo para que peleara contra los federales en Zacatecas, pero en cuanto le dijera «vámonos...».

—Nos vamos... Nos vamos...

Dieron dos vueltas, y dejando los bueyes uncidos, fueron a descansar bajo un sabino, a la orilla del arroyo, comieron sus gordas, bebieron del agua azul y se tendieron a la sombra, con las caras cubiertas por los huicholes.

Los bueyes, abiertas las patas, rumiaban, con las testas abrumadas por el yugo. Eran dos animales escuálidos, de picudos huesos salientes; parecía que no tuviera sino cuero, que era como un trapo sucio y vacío, puesto a secar sobre un mezquite. Sobre ellos zumbaban las moscas, persistentes, esquivando los golpes de las colas cubiertas de cerda, para volverse a posar, después de unas cuantas maniobras aéreas, en las ancas donde los rasguños de la pica habían sacado sangre.

De espaldas en tierra, el rancharo percibía todos los ruidos: la respiración isócrona de los bueyes, la canción de los remajes que horas y horas murmuraban un mismo tema, el reír de un hilo de agua que brincaba entre los pedruscos, el aleteo de los gorriones que en bandadas se levantaban entre los encinares, la voz ladina de alguna calandria que piaba al borde de su nido. Algo sintió también, que de momento no pudo explicarse qué era: la tierra tenía su propio sonido, como un quejido sordo y sin interrupción. Colocando la oreja contra el

suelo, le pareció oír como si el arroyo viniera en creciente, como si las aguas rodaran troncos sobre el lecho rocoso del arroyo. Era también como un rumor de molino, como un rodar de carro. «Viene gente por la cañada; alguien que va rumbo a los llanos de Bustillos...; quizá algunos vaqueros arriando ganado, o “defensos” de San Nicolás de Carretas tras algún cuatrero que les ha robado reses.» Como, sin duda, estaban aún lejos, ya que sólo el trepidar de la tierra los anunciaba, el hombre siguió acostado.

—¿Oyes, tata? Viene una bola...

—Sí, no te levantes; aquí la esperamos.

Después de un rato pegó de nuevo la oreja al suelo: el temblor se sentía más cercano, y al mismo tiempo, otros ruidos se mezclaron a las suaves voces del valle. Algunos gritos de hombre pasaron, como muy altos, para perderse en las capas inmóviles del aire. Hasta entonces el campesino se puso en pie y caminó lentamente hacia sus bueyes. En la cañada, donde la loma parecía hendida por un hacha gigantesca, se movieron las frondas, alzaron el vuelo dos o tres calandrias que mancharon de amarillo la cuna azul del día, y en los jarales del arroyo se escabulleron, agitándolos, los conejos que salieron a escape de la cañada. Dos jinetes aparecieron entre los encinos y se detuvieron. Lanzaron un disparo que asustó al valle indolente, y esperaron.

Junto a sus bueyes, el labrador levantó su sombrero, y en un grito deshizo los círculos concéntricos en que el aire se desenvolvía, roto el centro por la voz del fusil.

—No tiren... soy de paz.

Y se separó de la yunta para que le vieran solo e inerte. El muchacho, espantado, se acurrucó al tronco del sabino. A la carrera se adelantaron los jinetes, mientras

tras ellos, en la cañada, apareció la masa compacta de caballos y hombres.

—¡Epa viejo!

—¿Qué hay?

—¿De qué Defensa eres?

—De ninguna.

—¿Estás solo?

—Con el muchacho.

Se acercaron. Venían en caballos cansados que temblaban sobre las patas, volviendo la cara hacia el arroyo de aguas frescas. Traían las carabinas tendidas entre el vientre y la cabeza de la silla, y estaban cubiertos de tierra, con barbas crecidas y largos cabellos apelmazados en una pasta de polvo, sudor y grasa; andrajosos, descalzos. Sin embargo, algo tenían de hermoso: el gesto. Miradas vivas, de cuervo; mandíbulas fuertes, de lobo; la cabeza altiva y decisivo el ademán. Siempre el hombre que se rebela es así, y no cambia ni a la hora de la muerte. Hay en él trazos que marcan el vigor de su alma, líneas esculpidas por el destino. Le circunda un halo, como de tempestad.

El ranchero que estaba en pie sonrió. «Ya sabes quiénes son», le dijo dentro de sí mismo el desertor de Zacatecas, que se erguía.

—¿Villistas?

—Para todo lo que se ofrezca.

—¿El jefe?

—¿Qué jefe?

—Mi general Villa...

La voz del campesino tenía un acento extraño: ordena-

ba y parecía llorar. Como un hachazo: primero, el golpe, y luego, el crujido del tronco.

Los demás jinetes se acercaron y lo fueron rodeando; el muchacho se pegó a su cuerpo como antes pidiera protección al nudoso sabino, y el padre buscaba con la mirada entre todas las caras que surgían de la masa de hombres, al desparramarse. Muchos rostros le parecieron conocidos bajo la máscara de tierra y barbas. Les sonrió.

Al final del tropel, sin nadie más a su espalda, llegó el esperado, hendiendo el círculo de sus hombres como una daga. Su caballo se adelantó al centro hacia donde estaba el labrador en posición de firme, saludando con la mano a la altura de la frente. Sin hablar, le contempló un momento.

—Eres Tiburcio Maya...

—Te decían el *León de San Pablo*.

—Como otros cinco.

—Estabas conmigo en San Andrés, cuando derrotamos a Félix Terrazas.

—Sí, mi general.

—En los cerros de Ranchería, contra Francisco Castro.

—Sí, mi general.

—Frente a Chihuahua...

—Recogí a Navarro cuando lo mató una granada, en el mismo lugar donde usted estaba un minuto antes.

El jinete sonrió y se echó el sombrero hacia atrás; tenía una cabeza ancha, de parietales boludos sobre las orejas, y la cara bermeja como un sol al tocar el horizonte; sacó un pie del estribo y descansó sobre la montura, inclinado sobre el muslo y poniendo el codo en la teja.

—¿Te acuerdas de cuando agarramos los trenes en Laguna?

—Sí, mi general.

—¿De la toma de Ciudad Juárez?

—Sí, mi general.

—Fuiste de los que cogieron la artillería en los arenales de Tierra Blanca...

—A José Inés Salazar.

—Estuviste en el asalto de La Pila...

—Ahí dejé a dos compañeros.

—Y fuiste emisario en Torreón...

Villa se complacía en demostrar su prodigiosa memoria: como a Tiburcio, decía conocer a cada uno de sus hombres; recordaba las veces que habían estado cerca de él en la pelea, en las caminatas por los desiertos; sus fidelidades y sus traiciones, sus cobardías y sus heroísmos, sus éxitos, sus crímenes.

—¡Ah, viejo desgraciado! Te me rajaste en Zacatecas, cuando estábamos en lo más duro, y te volviste en un tren de heridos...

Habló con las quijadas apretadas, escupiendo las palabras entre las cerdas de su bigote, indomable, y apretando los puños como para embestir.

—Usted perdone, mi general; pero no me rajé: fue usted mismo el que me ninguneó; no me quería ya en la División del Norte, porque tenía miedo de que se me hubiera pegado las viruelas. Y en los momentos más fuertes del pleito no serví sino para cargar heridos. Todos me huían, me desconfiaban, se apartaban de mí... Entonces, ¿para qué decir que no?, me acosté entre dos heridos y me dejé arrastrar hasta Torreón.

—Bueno, bueno, ya ves que no hiciste falta. Ahora sí te quiero, porque vamos a una lucha sagrada: vamos a vengar a todos nuestros hermanos que han caído en esta pelea contra Carranza, porque son los *güeros* del otro lado los que lo están ayudando para que nos acabe. ¿Tienes carabina? Agárrala y vamos jalándole. No te olvides que aquí andan los puros hombres de calzón bien fajado.

Tiburcio se estiró: parecía ir creciendo, irse hinchando.

—De veras, general, ¿quiere que me vaya con usted?

—No más agarras tu carabina y caballo, si tienes... El muchacho, pegado al padre, le habló en voz baja:

—¿Y madre? ¿Y hermana?

El hombre sintió un relámpago en su espíritu, que le iluminó de lleno el dilema, y fue el principio de una tempestad interior. Un vendaval de violencia, lucha y muerte, le ofuscaba la mente y le empujaba hacia la horda, para seguirla, para formar parte de ella, para azotar, incendiar y destrozar con ella, o para desaparecer. Y nuevos relámpagos le mostraban a las dos mujeres que habían de quedar atrás, en la senda arrasada, donde no volvería a crecer la hierba nunca. Titubeó.

—Yo sí quisiera, general; pero...

Su voz había cambiado: no fue ya como el hacha, sino como la fronda que se agita, y murmura suavemente adulando al leñador que la amenaza.

—Pero ¿qué?

—Mi mujer, mi hija...

En la boca bestial del bandolero se formó una sonrisa espantosa. Por ella salieron las palabras silbando y arrastrándose, como víboras.

—¡Ah! Tienes mujer, tienes hija... Bueno, bueno; ¿por qué no lo habías dicho antes? La cosa cambia, llévame adonde están.

El campesino mostró con el brazo extendido la casita de madera recostada en la loma, verde como el bosque, baja de techo, que se confundía en el océano de encinas. Y luego, alegremente, como si se hubiera escapado de un gran peligro, guió a la partida a través de la tierra labrada brincando los surcos de tres en tres para no deshacerlos, sin fijarse en que tras él, los caballos los arrasaban.

—¿Ya comió usted, general? Que mi mujer le ase un cabrito...

En el jacal, la mujer y la hija, que habían visto acercarse el tropel, estaban de rodillas ante el cromo descolorido de un santo anónimo, rezando a gritos.

—Mujeres, mujeres, no tengan miedo, que no les voy a hacer nada...

Se levantaron, y temblando como gelatina, fueron a asar el cabrito. Villa se sentó en cuclillas, apoyando las espaldas en un rincón, y antes de comer, hizo que la mujer probara, que probaran la hija y el hijo; y luego devoró como un jaguar, sujetando la pieza con ambas manos. Ahíto, se puso en pie, limpiándose la boca con la manga, y recordando sus costumbres de ranchero:

—Gracias a Dios —murmuró—, que nos da de comer...

Atrajo hacia sí la niña, pasándole sobre la cabecita su mano enorme.

—Tienes razón, Tiburcio Maya... ¿Cómo podías abandonarlas? Pero me haces falta, necesito todos los hombres que puedan juntarse, y habrás de seguirme hoy mismo. Y para que sepas que ellas no van a pasar

hambres, ni van a sufrir por tu ausencia, ¡mira!

Rápidamente, como un azote, desenfundó la pistola y de dos disparos dejó tendidas inmóviles y sangrientas a la mujer y a la hija.

—Ahora ya no tienes a nadie, no necesitas rancho ni bueyes. Agarra tu carabina y vámonos...

Con los ojos enrojecidos y la mandíbula inferior suelta y temblorosa, las manos convulsas, sudorosa la frente, sobre la que caían como espuma de jabón los cabellos blancos, el hombre tomó a su hijo de la mano y avanzó hacia la puerta. Al primer villista que encontró pidió una cartuchera que terció sobre el hombro, le pidió la carabina, que el otro entregó a una señal del cabecilla, y echó a andar por la tierra de su parcela que los caballos habían removido, hacia el Norte, hacia la guerra, hacia su destino, con el pecho saliente, los hombros echados hacia atrás y la cabeza levantada al viento, dispuesto a dar la vida por Francisco Villa...

Consejos

En el nacimiento del arroyo que la columna había recorrido en su marcha, la vanguardia detuvo a un ranchero que volvía de Bustillos a San Lorenzo, arriando dos burros de vacías angarillas. Dijo que hacía una semana habían pasado, rumbo al Noroeste, los trenes de los soldados carrancistas; el grueso de estas tropas estaba en San Antonio de los Arenales, de donde parte el ramal ferrocarrilero para las minas de Cusiuhiriáchic, pero un regimiento se había quedado en el casco de la Hacienda, para que la caballada, que andaba muy trasija-

da, pastara en los llanos.

—¿Y qué han hecho? —le preguntó Villa.

—No más echar una realada de marranos, llenaron un tren y lo mandaron pa' Chihuahua...

—¿Tienen locomotoras?

—En Bustillos, no; quién sabe si en San Antonio.

El cabecilla meditó un instante: frente a él, la llanura se extendía sin una sola ondulación, cubierta de zacatón, que comenzaba a verdear; distinguíase bien el casco de la Hacienda, con largas paredes blancas que reverberaban al sol, y la cúpula de la capilla de los Zuloagas. Bien conocía Villa esa Hacienda, desde antes que comenzara la bola de don Francisco Madero, Veíanse cerca del caserío las manchas negras de la caballada. «Si la agarro —pensó Villa— los dejo sin animales para seguirme.» Pero estaba demasiado cerca de la Hacienda, y antes de que él llegara los soldados saldrían a defenderla. Al otro lado, a diez o doce kilómetros de terreno plano, aparecía la estación de San Antonio, con unas largas líneas oscuras, los trenes y agrandada la visión, por la limpidez del aire. Seguramente que los carrancistas no habían notado la proximidad de los rebeldes, porque apenas la vanguardia de la columna, doce o quince jinetes, había asomado en la boca del puerto.

Era media tarde y ningún movimiento se percibía en la extensa pradera. A pleno sol, sin una nube ni una racha de viento que levantara polvo, hubiera sido peligroso aventurarse por la llanura: los soldados los verían en el instante, y teniendo artillería podían cañonearlos.

—¿Viste si traen piezas?

—No vide ninguna.

—Por las dudas...

Volteando su caballo se internó en la cañada, donde estaba el grueso de su gente.

«¡Bájense!», les gritó. «Aflojen los cinchos y a ver si pueden dormir de aquí a que oscurezca.» Él mismo dio el ejemplo brincando ágil a tierra y librando a su caballo de la opresión del cincho; soltó su reata, y llevándose la punta subió a mitad de la ladera, se sentó en el suelo, de espaldas a una roca cortada en vertical, desde donde volcó la vista sobre su columna. No había un solo hombre ni un solo animal al que no viera. Se echó el sombrero sobre la frente y quedó inmóvil. No se supo si dormitaba o permanecía despierto. Los demás rebeldes se tendieron en el suelo a descansar.

Había entre ellos un tal Miguel Contreras, a quien Tiburcio había conocido durante la marcha hacia Torreón, dos años antes. Pertenece entonces a la Brigada Villa, a las órdenes de José Rodríguez, ya muerto. Miguel se había llevado al muchacho Maya en ancas, desde que salieron del rancho, y en el descanso se reunió con Tiburcio.

—Ya no es el mismo —le dijo, haciendo un ademán de cabeza hacia la roca—. Está más desconfiado que nunca desde que el gobernador Gameros dio una ley, para que el que matara a *Pancho Pistolas* o lo entregara vivo, recibiera cincuenta mil pesos de plata.

—¿Él lo sabe?

—Naturalmente. Se rió cuando le trajeron un papel en que venía el decreto, ¿y qué vas que dijo? Que eran muchos pesos por una sola cabeza...

—Pero le ardió...

—¡Cómo diablos que no! ¿Te imaginas lo que es pen-

sar mal de todo el mundo? Se le han volteado tantos, de los que se decían los más hombres, que fuera de los *dorados* que le quedan, no tiene confianza en nadie. Acuérdate cómo se sentó en tu rancho, al mediodía que le diste comida: en un rincón, tan cerca de las paredes que nadie puede ponerse detrás de él, y con la pistola echada para delante. El que hace la comida, y sus hijos, si los tiene, han de probar antes de todo lo que él quiera comer, no vaya a ser que le den yerba, como a los perros...

—Yo no creo que nadie en estos rumbos quisiera matarlo. Todos son villistas.

—Eran... ya no. Cuando la llevaba ganada y todo el que andaba con él tenía dinero, y buenos caballos, y casa en cada ciudad adonde entráramos, sí eran villistas. Pero se vino el pleito con Carranza, la derrota en Celaya, la mala suerte de la expedición a Sonora, y ahora todos dicen que es un bandido, y que nosotros no más andamos robando vacas... Cierto que sí, porque algo hemos de comer, pero no es para que ahora nos echen bala los que antes fueron amigos. Y luego que con los carrancistas hay muchos generales que fueron de nosotros y ahora nos persiguen...

—¿De veras? ¿Pero quién?

—Para qué es soltar nombres, son una bola. Se organizaron las defensas, y cuando nos acercamos a un pueblo todos se remontan a la sierra con sus mujeres y sus hijos, sus ganados, sus caballos, y luego llaman a los hombres de otro pueblo, y así los tenemos siempre encima. Con decirte que nunca sabemos dónde duerme *el Viejo*.

—¿Se va?

—Todas las noches. Nos deja acampados, revisa bien a

ver si no falta alguno y luego se monta y desaparece. Nadie puede seguirle porque le avienta un plumazo. Si se te ocurre una necesidad, no te muevas, quédate donde estás, porque si quieres ir a algún arroyo, o te acercas a una cueva, a lo mejor él está cerca, cree que lo andas espiando y no te perdona...

Al caballo de Miguel, al echar un trote, se le volteó la montura y comenzó a querérsela quitar a coces; el jinete fue a desensillarlo, y Tiburcio se quedó rumiando las nuevas que le había dado su amigo. Tenía razón Pancho Villa: cincuenta mil pesos eran muchos por una sola cabeza, y a cualquiera se le ocurre la idea de ganárselos. Pero que lo traicionara alguno de los mismos hombres que iban a su mando, le parecía imposible. Él mismo... ¿sería capaz de...? Vaya, ¡qué tontería!

Se levantó y ayudó a Contreras a llevarse su montura hasta el lugar donde antes estaban charlando; le cruzó el brazo sobre el hombro y reanudó la interrumpida plática.

—Yo, palabra de hombre, no sería capaz de venderlo...

El otro le miró fijamente, como si quisiera adivinar en las palabras de Tiburcio alguna mala intención.

—Mira —le dijo—; no nos pongamos en el caso, ni tú ni yo. Mejor es ni pensarlo porque no faltará quien le vaya a decir que hemos hablado de eso...

A su alrededor nadie parecía ponerles atención; la mayor parte, fatigados por las prolongadas marchas, débiles por las vigiliass, quedaron dormidos como troncos en cuanto se recostaron en los lugares en que era más espeso el zacatón, o en algunas manchas de arena tibia a la orilla del arroyo. Sólo unos centinelas apostados a la entrada del cañón vigilaban con las miradas apuntando hacia la casa de Bustillos, que, al descender el sol,

se tornaba amarilla. Había comenzado a soplar el viento, y los ramajes oscilaban. Dos o tres rebeldes corrían a pie entre las piedras, siguiendo algún caballo que se había escapado, y por encima de todos, *el Viejo* continuaba recostado en la roca vertical, con el sombrero hacia adelante, en la misma postura.

—¡Quién sabe si nos esté viendo!... Habrá notado que, mientras los otros duermen, nosotros estamos platicando. Mejor acuéstate aquí mismo, tápate la cara con el sombrero, y oye.

—¿Crees que se fija? —preguntó Tiburcio mientras se tendía de espaldas y aparentaba dormir. A su lado, el hijo roncaba.

—Te apuesto que no vuela una mosca en todo el cañón que él no la vea. Ya verás cuando estemos en una jornada: nombra la vanguardia, le dice el camino, porque es un viejo que todo esto lo tiene dibujado dentro de la cabeza, y nos mira pasar uno por uno, hasta el último. A veces hemos sido no más treinta, pero se nos juntan partidas que andaban por otro lado, y semos un bolón. No le importa: nos pasa revista a todos y se queda a la cola, de modo que no ve más que espaldas de hombres y ancas de caballos. Y todavía, el muy desconfiado, voltea a cada rato para el camino que hemos pasado, a ver si no le sale alguno...

»Una vez, cuando empezó a tomar esa maña, volvíamos de Sonora después de que nos fue tan mal. No pasábamos de trescientos, porque él había mandado que se dividieran las partidas, para ver cómo andaba aquí la cosa. Ya sabes cómo es: de repente nos hace echarnos unas jornadas de treinta leguas, y, al final, nos encontramos con que hay otros que ahí nos están esperando. Bueno, pues íbamos a caer sobre Temósachic, adonde no llegaban todavía los carrancistas. Cerca de

Yepónera, ya llevábamos como veinte leguas aquel día, desde que salió el bendito sol. Todos íbamos cansados, los animales también y él a la cola de la columna. Hay por ahí unas lajas inclinadas, muy resbalosas, que van a dar a una quebrada muy honda, y no hay más que un caminito por donde apenas cabe una bestia. Nos había dicho que no nos espaciáramos, que fuéramos uno tras el rabo del otro, por lo que pudiera suceder, y así íbamos.

»No hablaba nadie, porque cuando lleva uno más de doce horas de balancearse sobre el caballo se le acaban las ganas de echar plática. A muchos nos entró sueño, que es lo peor, porque si en alguna cabeceada le dabas un jalón chueco a la rienda, tu caballo soltaría un mal paso, y te ruedas. Por eso yo prefiero el llano. Bueno, el caso es que todos íbamos renegando. ¿Hasta cuándo íbamos a parar? Con decirte que ni para comer nos dejó tiempo: cada quién mascaba sus gordas sobre la silla, y si tenías ganas de bajarte, te las aguantabas.

»Había un muchacho, que no sé dónde se habría juntado, creo que después que nos habían derrotado al norte de Hermosillo. Él no más entró a las duras, el pobrecito, y como llevaba mal caballo se cansaron el animal y él al mismo tiempo. Poco a poco los demás lo fuimos dejando atrás, porque él no cumplía la orden de ir pegado al de adelante, y se cortaba la columna, de modo que los otros nos le adelantamos uno por uno, ¿me entiendes? Bueno, al pasar junto a él le veíamos la cara: te hubiera dado lástima, porque estaba amarillo, con la boca abierta, y se le cerraban los ojos sucios, color de ceniza. A cada uno le preguntaba lo mismo:

»—¿Ya vamos a llegar?

»Unos, al verlo tan trasijado, le decíamos que sí, aunque sabíamos que faltaban tres o cuatro leguas para

Yepónera. Otros, maloras, le decían que cuando se pusiera el sol era que estábamos a mitad del camino, y el pobre se ponía más amarillo. Le dolía el vientre, porque decía tener mucha agua en la vejiga y no podía bajarse ni detenerse. Ya me entiendes. El caso es que, como te dije, todos lo dejamos atrás. Te confieso que también estábamos cansados, porque fue una señora jornada por tan mal camino, pero, en fin, uno ya sabe lo que es esto y el cuerpo se acostumbra.

»Tuvo que ser: le alcanzó *el Viejo*, que ya venía dándose cuenta de que aquel muchacho se iba atorando. Creo que debe de haberle desconfiado, porque lo vio grandote, y no creyó que realmente el pobre ya no podía estar sobre la silla; y para peores males, era el último que se había voluntariado. Me imagino que *el Viejo* se pensó de él algo malo, porque mucho rato fue tras él, sin apurarlo, no más mirándole por todos lados. El muchacho ni volteaba la cara. Creo que, sin saber quién era el que venía atrás, le dijo:

»—Hermano, ¿todavía falta mucho para llegar?

»*El Viejo* le soltó la verdad:

»—Dentro de dos horas puede comenzar la balacera, si hay enemigo en Yepónera...

»—Yo ya no puedo... —dijo, y deteniendo el caballo, se bajó y fue a pararse junto a un pino, para lo que le hacía falta; ya sabes qué era. *El Viejo* no le perdía un movimiento, y luego que acabó, le preguntó:

»—¿Ya te cansaste, hijo?

»—Ya, mi jefe, y creo que aquí me quedo un rato... después lo alcanzo...

»No sé si *el Viejo* le tuvo lástima, y lo que le hizo por eso fue, o si no quiso que el muchacho se quedara tras

él. El caso es que en cuanto vio que se acercaba al caballo para cogerlo de la brida y dejarle el paso libre, le dijo:

»—Pobrecito muchacho..., descansa..., descansa en paz..., aunque no me alcances...

»Y en menos de que te lo cuento, le dio un balazo en la cabeza. El muchacho cayó sobre las lajas y se fue rodando hasta el barranco. Desde entonces el que se cansa, se aguanta...».

—Me parece —contestó Tiburcio, después de meditar un rato— que lo que tú querías era darme un consejo...

* * *

Cuando anocheció, la columna se puso en marcha. Todos fueron instruidos sobre lo que debían hacer: seguir al de adelante sin perderlo de vista, no hablar, no encender lumbre para fumar, hacer el menor ruido posible. El de adelante se guiaba por una estrella que Villa le había indicado; era el rumbo del arroyo de los Nogales, que había de seguir en línea recta para irse exactamente por la mitad, entre la caballería de Bustillos y la tropa que había en San Antonio. Los demás debían seguir al guía, de cuatro en fondo. Total, una correa de hombres y caballos, de poco más de un kilómetro.

Desde que se metió el sol, comenzó a soplar viento del rumbo de la sierra. Se veían luces en la Estación y en la Hacienda; resonó la campana de la capilla, alarmando a Villa, quien temió que se le hubiera descubierto, y que fuera el tañido una señal para que las tropas se movilizaran. Entonces el jefe corrió la voz de que todos se echaran al trote. El llano volvió a quedar en calma, sin más ruidos que el bramido de alguna res suelta, largo y

quejumbroso como clamor de hombre herido, y el zumbido del viento.

Contreras había vuelto a montar al muchacho en ancas de su caballo, y Tiburcio, que no tenía en qué montar, iba corriendo a trote de indio, a la mitad de la columna, dispuesto a no dejarse adelantar por ningún jinete. Sin embargo de que estaba viejo, su constitución poderosa dominó la fatiga de la marcha, y trotaba sin pisar en falso, rítmicamente, respirando a compás. Los jinetes hacían más ruido que él, porque siempre traían algo que tintineaba en sus monturas, algo que chocaba contra los fusiles amarrados bajo el muslo, que vibraba en los estribos, o golpeaba en la cabeza de la silla.

En una hora llegaron a la vía del ferrocarril. Uno echó mano a lazo, y arrojando la punta sobre los alambres del telégrafo, que vibraban como si llevaran dentro un canario que no tuviera sino un solo trino, dio un tirón tan fuerte haciendo arrancar su caballo, que los hilos cayeron a tierra.

—Por las dudas —dijo.

Los que venían atrás, le preguntaron:

—¿No quiere que le metamos mano a la vía, coronel?

—No vale la pena. Si ponemos lumbre a algún huacal, luego se nos vienen encima, y otra cosa que pudiéramos hacer no duraría mucho descompuesta.

Pasaron sobre los rieles; estaban en el sitio preciso en que podía cerrarse la tenaza. Nada se movía a un lado u otro, pero la vía daba sensación de peligro, pues había enemigo a cada flanco. Como a doscientos metros, resaltaba en la oscuridad la sombra cuadrada de una casa: la estación de Llano, oscura y silenciosa. Veinte hombres fueron destacados para ver si había alguien, o alguna cosa aprovechable, pero también con la reco-

mendación de no prender fuego a la caseta, y volvieron diciendo que estaba vacía, rotas las puertas y las ventanas. Por ahí había pasado ya la guerra.

Tiburcio levantó la cabeza y contempló el cielo. En cuanto quedó atrás la vía, el jefe dio orden de marchar a paso largo, y el único infante de la columna descansó. Mirando hacia arriba, se borró de su mente la partida de villistas, la llanura, el hijo que iba tras la silla de Contreras, prendido de los tientos. Arriba nada había cambiado: los «Tres Reyes» exactamente sobre su cabeza, y a un lado el «Carrito», con una cruz de estrellas en la punta de la lanza. Así lo había visto la noche anterior, cuando en la puerta de su cabaña rumiaba la idea de volver a ser soldado de Francisco Villa; detrás de él los muchachos aprendían a rezar, y cuando terminaban, la mujer le llamaba al lecho, gruesa capa de paja bajo el cobertor; los muchachos roncaron tendidos bajo una misma manta en inocente promiscuidad, y él sintió a su mujer, trazándole una cruz con los dedos en mitad de la frente cansada, mientras terminaba su oración: «Mas líbranos de todo mal, amén».

—Viejo, que te vas atrasando...

En efecto, Contreras y el muchacho iban ya muy adelante. A trote largo les alcanzó cuando la vanguardia llegaba a la orilla de la laguna inmóvil y lechosa, que parecía un enorme lienzo blanco tendido a secar sobre el zacatón de la pradera.

Siguiendo la margen cubierta de lama espesa, los rebeldes continuaron la marcha hacia el Norte. En la oscuridad era difícil distinguir sus siluetas. Se les siente como si fueran partes de una cadena inquieta y vigilante: cada eslabón avanza arrastrado, y a su vez, arrastra. A veces, una estrella se refleja en el espejo combo de un cañón de fusil, y parece una luciérnaga revoloteando

entre los caballos.

El silencio de todos agobia: parece que una caravana de duendes que habría de desaparecer al menor ruido de alma viviente. Cuando alguna mula de la impedimenta, cansada y adormecida, se sale de la línea y penetra en las aguas quietas, chapoteando, un jinete la hace volver a golpes de cuarta, sin una palabra, sin un grito. Y cuando alguno de los hombres que camina encorvado, extiende los brazos y arroja, como desperdicio, un bostezo, a los lados, atrás y adelante, le cercan los siseos como vuelos de avispa.

Debe de haber pasado la media noche y la laguna se ha quedado atrás, pálida y muerta. Una hora después, la columna, sin encender fuegos para calentar alimento, acampó en la Hacienda de Rubio.

Trenzados

Al día siguiente Villa mandó llamar a Tiburcio, y mientras la columna trotaba hacia el Norte, rumbo a El Carmen, por el camino de rueda, lo hizo marchar a su lado.

—Mira, viejo —le fue diciendo—, yo no quiero que te vayas a poner de malas conmigo por lo de ayer. Palabra de hombre, que lo que quise fue quitarte de ir sufriendo todo este camino. Ahorita irías pensando «mi mujer... mi mujer...», y cuando entráramos a los trancazos se te doblarían las corvas. Te lo digo por «experiencia»; yo he dejado muchas mujeres, y a punto cierto no sé cuántos muchachos tengo, y siempre ando medio preocupado pensando que los carrancistas van a tomar con ellos su desquite. Tú, ahora estás tranquilo, porque

sabes que a tu mujer no le puede pasar nada malo...

Tiburcio le miraba y le miraba, sin poder apartar de él la vista. Al hablarle, Villa no parecía interesarse mucho en él: vigilando el avance de la columna, y, al caminar, balanceaba el cuerpo al paso de su caballo. A ratos, el antiguo *León* tenía ganas de echarse la carabina a la cara y soltarle un tiro, pero luego fue cambiando de parecer al oír la voz del jefe, interesada en ser amable.

—Ahora imagínate —le seguía diciendo el cabecilla— que un día se te sale un tiro, y como pegarle a cualquier otro, me pegas a mí y me rajas la mollera, y que te devuelves a tu rancho. No encontrarás a tu mujer, y entonces dirás: ¿qué salí ganando con matar al jefe, que me quería tanto? Te pondrías a llorar, y en cuantas horas te quedaran de vida te lamentarías de haber sido torpe y no haber apuntado para otro lado. Y dirías: «Por mi culpa siguen oprimiendo al pueblo, porque mi general Villa era el único que podía haberlo libertado...; pobrecito de mi general, tan buena gente que era...».

La voz de Villa se fue haciendo llorona, porque él siempre fue muy fácil de emocionarse, como esos borrachitos que no soportan una mala cara, que lloran y abrazan, jurando amor eterno. Tiburcio también padecía de la misma debilidad de corazón, y poco a poco se fue enterneciendo.

—No, mi general; se lo juro...

—Espérate tantito: cualquier día te dicen quesque dan cincuenta mil pesos al que me mate o me *entriegue*. Es cierto, los ofrecen, pero vale más un toma que cien te daré: no creas que al que se presente diciendo que me ha matado, le van a aflojar luego las platas. A lo mejor no se las dan ni aunque lo pruebe con mi cabeza, que es por la que dan cincuenta mil pesos, creyendo que el

resto de mi cuerpo no vale nada. Luego te inventan la mentira de que tú mataste a cualquiera en algún lado, y te dan tu agua. Y cuando te vayan a matar pensarás: «¿Para esto eché a perder yo mismo a mi general Villa, que era mi amigo, y que me quería como un hermano?...».

Tiburcio no aguantó más: se prendió de la pierna del cabecilla, abrazándola y apoyando la cabeza en el muslo; las lágrimas que le salían en cataratas empapaban el pantalón del jinete. Ni el caballo ni el hombre dejaron de caminar, y así marcharon un buen rato. Tiburcio hacía promesa tras promesa; él era fiel a su general, y siempre lo había estado esperando; a su hijo, el chamaco que Miguel Contreras llevaba enancado, él le había enseñado siempre a ser villista, y los dos se dejarían despellejar por su jefe, harían lo que él quisiera. Si les desconfiaba, mejor era que en ese mismo momento le diera un tiro ahí en la cabeza, sin que él lo viera, para no tener el dolor de darse cuenta de que su jefe no le creía...

—Está bueno..., está bueno..., te creo. Te voy a dar un animal, y desde ahora andas en mi escolta.

En efecto, al mediodía hicieron un descanso, y Villa fuese hacia una de las mulas que llevaban cajas de parque en sus lomos. Abrió dos cajones de cartuchos para carabinas, los repartió, y cedió la mula a Tiburcio para que caminara.

—Ya te han de estar doliendo las patas... Móntate en esta mula, mientras te conseguimos un buen caballo, que valga cuando menos quinientos pesos.

Le llenó la cartuchera de parque, lo abrazó y dio orden de continuar la marcha.

La mula no llevaba silla de montar, sino un aparejo de cuero seco, anchísimo, en el que Tiburcio tenía que es-

tar con las piernas tan abiertas como si abarcara dos caballos a la vez, pero peor era andar a pie: se acomodó lo mejor que pudo y alcanzó a Miguel Contreras.

—Ahora sí, déjame cargar al muchacho —le dijo, y haciéndolo, los dos cupieron cómodamente. Después refirió a Contreras, muy satisfecho, todo lo que le había dicho su general Villa.

—Ya ves, pues eso va diciendo a cada uno. *El Viejo* es muy lanza. Ya no más te falta que a la noche te trencen.

—¿Qué es eso?

—Ya verás: va a venir uno del Estado Mayor, y te dirá: «Tiburcio, tú tienes toda la confianza del jefe, que me manda para que te dé una comisión; aquí viene uno que creemos que tiene ganas de pelarse; te vas a juntar con él y lo vigilas para que no se escape. Si se te pela, el general se enojará contigo y quién sabe cómo te vaya».

—¿Y eso qué tiene de malo?

—Que lo mismo les ha dicho a los otros; tú los vigilas a ellos pero ellos te vigilan a ti; y hay otra trenza que los está vigilando a ustedes tres, y así, de trenza en trenza, hasta los meros gallones de toda su confianza...

—Tú exageras, lo mismo que con el cuento del muchacho que se cansó en el camino.

Contreras no le hizo caso, azotó su caballo y se adelantó al galope corto.

* * *

Con el muchacho tras él, abrazado a su cintura, Tiburcio se zambulló en el silencio, como los otros. Le sorprendía ese recogimiento de la multitud; se extrañaba de que cientos de hombres que estaban unidos, quizá

por toda la vida, marcharan uno al lado del otro, indiferentes, envueltos en sí mismos, mutuamente hostiles. ¿Era el resultado de una orden del jefe, u otro motivo lo impone? Él no comprendía por qué, en el momento de ponerse en marcha, la tropa que en el descanso fue ruidosa, jovial, animada, enmudece. ¿Es acaso el temor de atraer con una voz el peligro, el combate, la muerte? Quizá, porque al avanzar, todos acechan, todos vigilan: sus miradas se dispersan por el paisaje, temerosas de ver levantarse una polvareda o un penacho de humo, esperando percibir cualquier movimiento de los ramajes que indique presencia de hombre. No descansan en vigilar, giran sus cabezas a un lado y otro, quisieran violar los troncos de los árboles para saber si tras ellos se parapeta el enemigo, o estrujarles las copas, para descubrir si hay en ellas algún vigía encargado de hacer la señal para que se les ataque.

Todo eso lo siente Tiburcio en la inquietud de la tropa y en el silencio, pesado como una caja de parque. Comprende que sus compañeros de hoy quisieran tener un ojo de cada lado, sobre las orejas; ser del color de la tierra, y tan pequeños, que el zacatón pudiera ocultarles. Es que todos se sienten en terreno enemigo, y Tiburcio recuerda que tres años antes en aquellos contornos todo era villista: tierra y aire, hombres y cosas. Entonces se cabalgaba alegremente, confiadamente, sabiendo que en haciendas y pueblos tenían siempre amigos, auxiliares y compañeros.

—Es cierto —pensó—; pero entonces éramos del ejército constitucionalista y peleábamos contra la usurpación. ¿Ahora, qué somos?

Algunas caras lo decían; tampoco eran las mismas, porque muchas de éstas tienen algo de trágico. Viendo a ciertos hombres de la columna, con sus miradas in-

quietas y torvas, sus recelos, sus gestos de odio, sus cicatrices, cabía preguntare si eran luchadores que van voluntariamente hacia la muerte por una causa popular, o prófugos para quienes la libertad existe sólo en los desiertos y que defienden su vida como bestias perseguidas.

—¿Somos soldados, o somos...?

El pensamiento de Tiburcio se detuvo asustado al borde de la palabra. Retrocedió y fue a dar otra vuelta pausadamente, como involuntariamente, sobre el mismo precipicio. «Parece que la luz les hace mal, que el día los descubre, que el sol los vigila y los delata». ¿Por qué no se extiende la noche, se alarga en horas, hasta hacerse eterna? En las sombras está la seguridad, la confianza, la protección. La tiniebla los circunda, los estrecha, los abraza como amigos, los ama como hermanos, porque sus espíritus son también sombras, y sus pensamientos, sus propósitos, sus pasiones, sus vidas, en fin, sombras..., sombras. Adonde ellos van todo lo sumergen en una obscuridad eterna. Son una mancha, son un caos. Llevan dentro de ellos mismos, viviendo, la muerte.

Recordó: La División del Norte, batallones, regimientos, artillería, trenes, ciudades. Por fuera, todos los hombres iguales de aspecto: el uniforme. Por dentro, iguales en acción: la disciplina. Millares, triunfos. Rodeaban las ciudades por más grandes que fueran, inundaban las llanuras por más extensas. Se moría arrojando entre los borbotones de sangre gritos de entusiasmo. Se caía viendo a los otros avanzar. Antes de nublarse para siempre, los ojos quedaban deslumbrados por la victoria. En derredor, la admiración del pueblo, el estímulo, la caricia.

Observó: La columna rápida, pero pequeña; únicamente

jinetes; nada más, fusiles. Les rodea el desierto, les cubre el silencio. Por fuera, todos los hombres iguales de aspecto: miseria. Por dentro, todos iguales: despecho, odio. Unos cuantos. La derrota, la persecución. Se huye de los pueblos por más pequeños que sean, se evita la pradera porque en ella aun esa mísera columna es notable. El silencio es índice de temor, de inconformidad. El que caiga quizá verá a los otros abandonarle y huir para salvarle. En derredor, la animadversión de los campesinos, ahora organizados en las Defensas Sociales; la hostilidad, la lucha, el golpe.

El pensamiento de Tiburcio se despeñó hacia el abismo.

—Somos bandidos.

¿Todos? ¡No! Pero hay una señal que los iguala, una marca que les distingue de los otros hombres, que los separa, que los detiene. Son cuerpos para la horca. Cuando se les rodee, cuando se les venza, cuando se les capture, morirán. El que no huya, el que no escape, penderá del ramaje y quien le vea se complacerá, descubriéndole en la frente el signo, la palabra. No todos lo son, pero el que caiga no tendrá tiempo de decirlo ni de implorar clemencia.

—Está bien. No pediremos perdón. ¡Nos defenderemos! ¡Mataremos!

«Somos bandidos...»

¿Todos? ¡No! ¿Por qué dudar que haya en la tropa que se desenrolla por el camino polvoriento otros como él, que fueron a la lucha impelidos por el sentimiento común, en muchos de ellos nunca definido, de buscar un mejoramiento general de la gente del campo? ¿Que se presentaron con su caballo y su rifle al jefe revolucionario más próximo, ofreciendo su vida y su sangre para

derribar un gobierno levantado sobre el crimen? Ellos, que no robaron, que no asesinaron, que no aprovecharon la lucha para enriquecerse, ni violaron mujeres durante los saqueos que realizaban las turbas hambrientas, que no ejecutaron prisioneros ni incendiaron hogares, ¿por qué han de ser..., por qué han de ser «lo que son los otros»?

Si han matado, fue en combate y por la necesidad misma de la lucha, sin odio para el soldado del otro frente, a quien se apunta y se derriba. En justicia, no se les puede llamar, pues, bandidos.

—¿Entonces, por qué andamos aquí?

En otros tiempos, cuando el que ahora viene al extremo posterior de la cadena tuvo en sus manos el poder, el triunfo y el dinero, todo lo repartió; unos recibieron grados; otros, honores; otros, oro. Cuantos le siguieron lograron mucho, porque mucho había, y con altos puestos y dinero adquirieron todo lo que podía satisfacer su cuerpo y su espíritu. Y luego, él fue vencido, cayó, y vio a los suyos dispersarse, abandonarle, perseguirle, dispararle. Los que no dejaron adulación oculta, los que se inclinaron ante él, se irguieron al verle en derrota y le fustigaron, buscando para denigrarlo los más insultantes vocablos.

Y él se rebeló, castigando al que logró tener bajo su garra implacable. En su desengaño se desarrollaron con intensidad espantosa el odio y la ira, la crueldad, el deseo de venganza. Y cuando toca, mata; cuando insulta, derriba; cuando mira, inmoviliza. Su odio tiene la fuerza que antes tuvo su División: sepulta llanuras, hace temblar montañas. A su solo nombre las ciudades se encogen dentro de sus trincheras. En donde brilla un incendio, resuena un disparo o un cadáver se descompone, se cree ver la obra de su venganza, se cree sentir

el peso de su garra. «Tengo el honor de informar a usted —decía un general a quien pidieron noticias del paradero del rebelde --que Francisco Villa se encuentra en todas partes y en ninguna.»

Entonces es cuando él necesita de los hombres a quienes conquistó, no con altos puestos, no con oro, sino con una mirada, una palabra o una buena acción que él mismo no recuerda, de tan pequeñas que fueron. Le siguen quienes no dejaron su nombre escrito en el arco de triunfo del ejército constitucionalista, los que no pusieron su cooperación a precio, los que no vendieron su lealtad, como un tasajo.

Y el odio de él los ciega, la sed de venganza de él los atormenta.

Están en la llanura, cae la nieve, tienen hambre. Pasa un tren, lo detienen, quitan a los pasajeros su ropa, comen unos cuantos bocados y se van.

¡Fuera de la Ley!

Llegan a un pueblo, piden comida, se la niegan, la toman a fuerza.

¡Fuera de la ley!

Pasan por una hacienda, les disparan de los pretiles, y en represalia queman la casa.

¡Fuera de la ley!

Para que no tengan qué comer, un general se lleva todo el ganado para su hacienda, allá lejos. Ellos destruyen puentes, levantan rieles.

¡Fuera de la ley!

Al que prenden, sin más trámite, lo ahorcan. Eso es estar fuera de la Ley.

—Está bien..., de aquí a que nos cuelguen, tronarán

nuestras carabinas.

¿Por qué están ahí? ¿Por qué huyen, por qué pasan hambre, caminan bajo la nieve y cruzan los desiertos? ¿Por qué arrostran la lucha con la masa enorme de enemigos? Si se presentaran al Gobierno diciendo: «Nos equivocamos y estamos dispuestos a perseguirle», les admitirían, les darían dinero y los soltarían como perros de presa, a acosarlo, porque conocen su olor y su huella y lo rastrearían sin fallar.

Entonces se abriría la ley como una puerta y ellos pasarían dentro. Está bien, pero somos fieles a Francisco Villa.

—¡Es el más terrible de los asesinos —dicen los que hace dos años se aprovecharon de sus triunfos y ahora le vilipendian—, es la vergüenza de México, el azote del Norte, el asco del mundo! ¡Roba, asesina, asalta, destruye, incendia, arrasa!

¡Reta al extranjero, pone al país al borde de la guerra internacional, arruina la patria, y donde pisa, la huella de su pie se llena de sangre!

—¡Está bien, pero somos fieles a Francisco Villa. Estamos dispuestos a morir por Francisco Villa!

El instinto de peligro ligó a Tiburcio con los demás hombres de la columna, lo trenzó con todos y cada uno de ellos, y él, que no lo era, se volvió bandido.

* * *

En la hacienda del Carmen, para descansar y para adquirir carne seca, maíz, piloncillo y otros alimentos, para esperar los guías que habrían de informar sobre los ac-

tos del enemigo, la columna acampó. A Tiburcio, que quitaba los aparejos a su mula y la apersogaba, se acercó un oficial de la escolta, y pasándole el brazo por los hombros, a media voz, le dijo:

—Óyeme, viejo, vas a entrar en la escolta porque el jefe lo ordenó; pero mientras la reorganizamos tendrás esta comisión: hay aquí dos vales a quienes les desconfiamos, porque parece que se quieren desertar. Tú comprendes: es gente que se raja pronto. El general quiere darte una prueba de desconfianza: te vas a juntar con ellos y los cuidas que no se escapen. Y no los pierdas de vista, porque si uno huye, ya sabes cómo es el jefe, que de cualquier cosa se encorajina y hace una barbaridad...

—Bueno; los cuidaré.

El oficial hizo una seña a dos hombres que avanzaron hacia Tiburcio, mirándole fijamente.

Los duraznos

Tiburcio comprendió que desde ese momento él era a la vez preso y carcelero, pues no dudó que aquellos dos compañeros, atados como él a la misma cadena, hubieran recibido la misma consigna: vigilar, vigilar. Contre-ras no había mentido, y seguramente que él también estaba trenzado. ¿Con quiénes? Él podía adelantarse o retrasarse libremente durante la marcha, yendo a charlar con unos y con otros en los descansos, y en la tarde de la espera frente a Bustillos, nadie fue a interrumpirle cuando, a la orilla del arroyo, tomó a Tiburcio como confidente. «Le habrán estado vigilando desde lejos», pen-

só, y luego, al ver a sus dos guardianes —sus dos presos-- terminando de desensillar, fuese hacia ellos y les habló:

—Nos va a tocar andar juntos, soy Tiburcio Maya.

Se le quedaron mirando; uno tenía anteojos con filo de oro, de gruesos cristales, y vestía pantalón de montar y botas fuertes; el otro era un rancharo gordo y pequeño, sucio y harapiento. Le tendieron las manos.

—Mucho gusto. Yo soy el teniente coronel Balboa, antiguo federal que ahora hace de soldado. Ya ve usted lo que son los cambios de la suerte: ingresé en la División del Norte para prestar mis servicios como ingeniero; se fueron unos tiempos, vinieron otros, y como en esta columna no tiene nada que hacer un especialista en fortificación, me han degradado...

Se detuvo mirando receloso a Tiburcio y al otro hombre, a quien puso amablemente la mano en la espalda.

—No vayas a creer que me quejo, Celestino; por el contrario, estoy muy honrado en demostrar en esta forma mi respeto por el señor general Villa, a quien tengo tanto aprecio como tú.

Celestino rió estúpidamente, mostrando una dentadura cubierta de sarro, verde, como si fuera una hoja de encino metida entre sus labios boludos y largos.

—Da lo mismo. Queras o no queras, te aguantas. Te metiste de villista y te tendrás que morir de villista. ¿Verdad, viejo?

—Para eso estamos.

—Arreglados que sí. Ora llévense los caballos pa l'agua. Yo dende aquí me los voy tanteando...

El teniente coronel fue tirando de los dos caballos hacia

los abrevaderos, que formaban un cuadro al centro de la plazoleta situada frente a la casa grande de la hacienda. Un pozo abierto en medio se dejaba sacar el agua en grandes cubetas. Bebían las bestias y bebían los hombres, aglomerados, disputándose los huecos a empellones y palabrotas. Algunos metían la cara en el agua para beber y quitarse el polvo al tiempo mismo. Chapoteaban los caballos en los charcos formados alrededor de los bebederos y rechinaban las poleas del pozo al elevarse los cubos.

Mientras el antiguo oficial del ejército esperaba pacientemente que se despejara algún sitio para meter sus animales, Tiburcio le alcanzó.

—¿Por qué se deja usted mandar así? Lo justo es que cada quién traiga su caballo...

—No grite, no grite... Usted no sabe lo que es esto: no es un ejército, sino un infierno. Sé que le puedo hablar y que no me traicionará; cuando menos, todavía no está usted viciado...

Como distraídamente volvió la cabeza y distinguió a Celestino, sentado en las trancas de un corral, observándolos. Hizo como si arreglara la jáquima de uno de los caballos, les sobó la panza, y cuando ocultaba la cabeza, inclinándose tras las bestias, proseguía su lamentación a pedazos.

—Es un espía, ¿sabe?... Pobre caballito, estás muy trasijado. Cuenta lo que uno dice y lo que no dice... Tengo que coser este estribo. Al que estaba antes que usted en nuestro grupo... —¿hasta cuándo acaban de beber tus sardinas, cacarizo? ¿Quieres engordarlas a pura agua?...— lo mató el jefe... ¿Que saque yo agua? Saquen ustedes, que yo lo haré cuando me toque. ¿Qué dices? ¡Lo serás!

Cinco o seis bestias se saciaron y levantaron las cabezas, derramando líquido espumoso entre sus belfos lacios. Balboa llegó hasta la canal del abrevadero y tras él Tiburcio.

—¿Por qué lo mató?

—¡Ora, tú! ¡Un chorrito de agua para estos pobres caballos!... Un chisme, señor; puras mentiras. Veníamos de Durango, y una noche, el pobre Macario... Todos nos quejábamos porque habíamos hecho una jornada de treinta leguas, quizás más, y dijo:

«Ya estoy... de esta vida». Nos dormimos y a la mañana siguiente lo voy viendo colgado... ¡A ver, imbécil, déjame sacar yo ese cubo!

Tirando de la reata, el rechinado de la garrucha dominaba su voz, que era delgada y opaca, como la de un moribundo. Al hablar a Tiburcio, miraba para otro lado, disimulando a la vigilancia suspicaz del espía.

—¿Qué crees que me dijo este Celestino? «¿Lo vites, pelón? Tenía la lengua tan larga que se salió del hocico»... ¿Quién más que él puede haberlo delatado? Ahora, cuídate tú, viejo... Ayúdame, lléname mi caramañola mientras le llevo su caballo a Celestino; después me la das.

Se separaron, y al oscurecer, Celestino se acercó a Tiburcio.

—Epa, viejo, no te me andes escondiendo. Vente conmigo que ya tenemos nuestro agujero. ¿Qué te dijo el pelón cuatrojos cuando estuvieron hablando?

—Me estaba contando que cuando era federal tenía un caballo prieto... Caminó unos cuantos pasos, repugnándole estar junto a aquel hombre.

—¡Párate ahí —le dijo Celestino—; dime qué te dijo de

mí!

—Ni jota.

—¿Por qué volteaba pa donde yo estaba?

—Pregúntaselo.

—Ora, ora, ponte águila. Si ese pelón se nos larga, te va mal.

—¿Por qué a mí y no a ti?

Celestino se rió con su risa verde, y se arriscó el sombrero con ademán insolente.

—A mí me hacen lo que el aire a Juárez...

—¿Por qué a mí?

—¡Porque sí! Porque los dos están arreglándose para pelarse.

—¡Mientes!

—¡Tu abuela!

Tiburcio quiso echársele encima, pero el otro empuñó la pistola, aunque sin desenfundarla.

—Sosígate, viejo, y no me andes jalando las barbas porque te arrepientes. Cuela, vámonos a dormir. Y no se te olvide que conmigo poco y bueno...

El viejo bufaba. ¡Perro, lambiscón! ¿Quién era él para quererlos tratar como andrajos? Al día siguiente iría ante el general Villa para pedirle que le quitara ese compañero, porque él estaba fuera de toda sospecha y no quería tener espías encima.

¿Alguna vez se acostumbró eso en la División del Norte? Con los puños duros y las quijadas trabadas, llegó a su sitio de campamento. Era un extremo del portal de la casa grande. Todo el cobertizo estaba invadido por

hombres que dormían. En la sombra se levantó una cabeza.

—¿Eres tú, padre? Te me perdiste.

—Sí, hijo, duérmete.

Se tendió entre el muchacho y el ex federal, que roncaba como un fuelle. Del otro lado, con la pistola pegada a la cara, Celestino se dispuso a dormir.

—Buenas noches les dé Dios.

—Buenas.

* * *

A puntapiés y a gritos fueron despertados.

—¡Arriba, arriba; ahí vienen los changos!

El campamento hirvió en una confusión tremenda. Oscura la noche, los hombres se lanzaron hacia los corrales, donde habían dejado sus bestias, a buscarlas a tientas y a ensillarlas. Unos las encontraban pronto y salían con ellas al galope por los portones, empellando a los infantes que entraban en busca de las suyas. Como borbotones, los gritos estallaban en todas partes.

—¡Aquí los del primer regimiento! ¡Ora, muchachos!

¡Aprisa, aprisa!

—¿Quién avisó?

—Mendoza, vino volado desde Rubio.

No había en la tierra ni una luz, en el cielo ni una estrella. Hombres y bestias se agitaban en una oscuridad espesa y hostil. Se espantaron los caballos y varios rompieron sus amarres, se paraban de manos, montaban sobre otros caballos, coceaban a los hombres...

—Aprisa, aprisa.

—¿Pa dónde salimos?

—Quién sabe...

—¿Dónde está el jefe?

—Quién sabe...

—Mi caballo...

—Agarra el que encuentres; los demás harán lo mismo. A la puerta del corral un grito dominó aquel estrépito...

—¡Cinco minutos para juntarse frente a los álamos grandes!

Salieron todos, apretujándose para trasponer primero la puerta. Pocos montados; los más, tirando del ronzal del primer caballo que encontraron a mano, ensillado o sin ensillar, propio o ajeno.

—A la derecha, a la derecha...

La masa se desparramó volcándose corrales afuera, a todo correr, hacia los álamos grandes. Al último, y sorteando sombreros abandonados, sarapes tendidos entre la majada, estribos desprendidos de las monturas, salieron Balboa y Celestino, Tiburcio y su hijo. A los gritos de peligro, el espía había tomado a cada uno de los otros dos hombres por el brazo, y sin dejarlos desprenderse de él, los había guiado, entre la muchedumbre desorganizada, hasta el pesebre donde estaban pasando sus bestias; les vio ensillar, montó primero, y los hizo caminar por delante.

—Epa, ciego —gritó a Balboa cuando hubieron salido—. Se me afigura que tú les echaste a los changos el soplido pa que vinieran... Voy a decírselo al general...

El antiguo oficial pareció no oírle y echó a galopar tras de los otros grupos, entre un polvo grisáceo. Cuando

llegaron a los álamos, no quedaban ahí sino unos cuantos hombres gritando órdenes:

—¡Al Norte por donde puedan! No pasen el río, déjenlo a la izquierda; cárguense a los cerros hasta que divisen Namiquipa...

—Ya semos los últimos —dijo Celestino.

—¿Seguro?

—Sí, mi general —contestó reconociendo la voz.

Bajo uno de los álamos se veía una silueta de jinete, más alta que las demás, con tres hombres de cada lado.

—Jálenle, pues... sin zumba.

Por la pradera, cuatrocientos jinetes se dispersaron al galope. Algunos caballos pisaban en falso en la sombra y se volteaban, echando a su jinete hacia adelante. Los villistas ya no proferían ni un grito: sólo se oía el golpear de las armas sobre las monturas y el retintín de los herrajes. En un galope rítmico la tropa fuese desenvolviendo hacia el Norte. De la tierra fue desprendiéndose un humo gris, como polvareda. Se comenzaron a señalar los perfiles de las montañas y las copas de los árboles, como hombres altísimos, embozados en negros sarapes, que, inmóviles, estuvieran observando la extraña cabalgata. Canto de gallos saludó el alba desde algún corral cercano, mientras a la retaguardia, en las inmediaciones del casco de la hacienda, algunos disparos rompieron el aire.

—Le estarán tirando a nuestra bazofia —gruñó Celestino, volviendo la cabeza.

Tras él parecía avanzar a saltos un pájaro enorme: una masa oscura se elevaba sobre la tierra y volvía a caer, acompasadamente. Le rodeaba un halo de polvo que

hacía resaltar los perfiles: siete bultos, separados arriba por la claridad, unidos abajo por la sombra.

La pradera se fue estrechando: por un lado, un río angosto hundido en tierra como una cicatriz; por el otro, unas colinas pedregosas, cubiertas de mezquite. La aglomeración de rebeldes se fue adelgazando, se estrecharon los huecos entre jinete y jinete, se alargó hasta parecer una flecha, y siguió avanzando. Repentinamente, como un fogonazo, amaneció.

Fue una marcha de todo el día. En ocasiones, cuando se llegaba a alguna arboleda que brindara sombra y que emboscara, Villa daba órdenes de descanso por veinte minutos, por media hora, y luego otra vez la carrera. Los caballos resoplaban como locomotora cuesta arriba, brillando su pelaje con un sudor tibio, y su galope se fue haciendo más lento, hasta que, a ratos, lo interrumpían para entrar en trote largo.

Abrazado a su padre, el muchacho se quejaba. «Ya me cansé, tata», y el viejo lo consolaba prometiéndole un alto de día y noche. A veces sentía que los brazos del hijo, apretados sobre su pecho, se iban aflojando, resbalando. «¡Epa, no te duermas!» El muchacho refunfuñaba y apretaba las piernas en el aparejo.

Pasado el mediodía se vio una polvareda al Norte, y el jefe se adelantó: «Han de ser los defensos de Namiquipa», dijo, y dispuso que la columna se desviara hacia el Noroeste, rumbo de Santa Clara.

—No han de ser muchos, mi general, podemos atacarlos...

—Hombre desconfiado vale por dos, hijo. Mientras no sepamos cuántos son, es mejor sacarles el bulto, porque si les entramos, pude que a lo mejor del cuento nos caigan por la cola los que vienen de Bustillos...

Al cambiar de ruta, la marcha de los villistas se hizo más difícil: tenían que atravesar en diagonal varias líneas de colinas, cada vez más altas. Los caballos daban frecuentes malos pasos, los hombres aflojaban las piernas doloridas y botaban sobre las monturas, como principiantes. Sin embargo, no hubo órdenes de ir al paso, y continuó la carrera, ya lánguida y pesada.

Una larga cañada abrió la boca, mostrando su cuello que se alargaba en la dirección de la marcha, y la columna se precipitó dentro, para descansar de tanta subida y bajada.

—Ora sí, muchachos: váyanse al pasito.

A un flanco, en los cerros que se tendían paralelos al cañón, y como a tres kilómetros de distancia, un jinete al parecer solitario, recorría, en la misma dirección que los villistas, el filo de aquellas vértebras de piedra. Desaparecía para volver a asomarse centenares de metros más adelante, y nadie se fijó en él.

Al extremo de la cañada había un rancho llamado *El Piojo*. Eran dos casas vacías y un huertecillo en el que dos viejas que apenas podían moverse estaban inclinadas entre las matas. Sobre las lechugas y los nabos, un árbol de durazno, solitario y alegre, abría sus ramas florecidas en un diluvio de pétalos amarillos y rosados; desnudo de hojas, perfumado y esbelto, el árbol se bañaba en la frescura de la tarde, y bajo su sombra acariciante, como mano de mujer, las viejas vieron pasar la columna. Toda ésta se desenvolvió en el dorso de una colina cubierta de palmas, y a poco rato desapareció tras el perfil redondo batido por el viento.

Un jinete se regresó hacia el rancho en los momentos en que aparecía por el otro extremo un grupo de catorce o quince hombres montados, que parecían ir si-

guiendo los pasos de la caballería villista; el rebelde titubeó un momento y luego se dirigió hacia el huerto a galope largo; llegó hasta las mujeres cuando los rancheros del grupo disparaban sus armas contra él; sobre su cabeza se tejió una red de peligro que descendía y se estrechaba; alguna bala atravesó el plumaje rosa del árbol, y unos cuantos pétalos cayeron revoloteando como mariposas.

El hombre quedó casi cercado, y a tiros los otros le aseguraban ser sus enemigos.

—¡Oigan, viejas! —gritó—. ¡Tapen ese durazno porque a la noche va a helar!...

¡Quiero comer fruta de él en septiembre!

Y luego, como un proyectil que llevara dentro su propio impulso, subió la cuesta seguido por las detonaciones, y se perdió tras la loma, hacia los suyos. Era Francisco Villa.

* * *

Dos veces más tirotearon los miembros de la Defensa Social de Namiquipa a pequeños grupos villistas destacados de la columna para contenerlos, mientras el resto avanzaba hacia la noche, trabándose escaramuzas en las que hubo muertos de los dos bandos. Al replegarse los «defensos» volvieron a la columna los rebeldes de la retaguardia, trayendo cuatro muertos atravesados en los respectivos caballos.

Balboa tiraba de un animal en que se veía, como si fuera costal de harina medio vacío, un cadáver, doblado y colgando.

—Le dieron, mi general —dijo, cuadrándose militarmente ante Villa en una forma impecable, y señalando el

despojo sangriento.

—Ya le tocaría, porque nadie se muere la víspera.

A flor de tierra, para no perder mucho tiempo, enterraron los cuatro cuerpos, y la tropa continuó su marcha.

En un caballo que tenía manchas de sangre en la silla y en el lomo, caminaba Tiburcio en medio de su hijo y de Balboa.

—Oye, pelón —dijo el viejo al ingeniero—, ¿te fijaste que Celestino tenía el balazo en la nuca?

Balboa no contestó. Parecía temblar. Cerró los ojos, pero los gruesos cristales de sus lentes llameaban como si tras ellos crepitara un incendio. Parecía que esos fulgores eran reflejos del sol, que también estaba ardiendo, medio hundido en la montaña.

Por la noche, la helada cayó repentinamente, como Celestino.

El gran suceso

Tiburcio, rumiando alguna idea imprecisa, cabalgaba en silencio tras el hijo, que montaba el caballo de Celestino, aún manchado de sangre en las ancas, donde los pelos rojizos se habían apelmazado en una costra cubierta de polvo. Y más adelante, el ex federal Balboa se balanceaba, enigmáticamente silencioso.

El Viejo no lo perdía de vista: fijaba en él la mirada constantemente, abstraídamente, como si todo pensamiento se le hubiera escapado. Al sentirse observado, el teniente coronel acortó el paso de su cabalgadura hasta quedar a la altura de Tiburcio, y los dos siguieron

avanzando en medio de la columna silenciosa, tan callados como los demás. Y Tiburcio dejó caer entonces su vista indiferente sobre las manchas de sangre en el caballo de Celestino.

Por la noche, Balboa le habló. Estaban de centinelas a la entrada de una calzada de fresnos, recta hacia el casco de la hacienda en que habían acampado.

—Tiburcio, ¿es usted rencoroso? Yo, no, créame —alargó el brazo, dejando caer la diestra sobre el hombro del viejo—. Lo digo por Celestino: ahora que él se ha quedado atrás, mi espíritu se eleva y se extiende, se ha libertado, y se regocija. Estaba agobiado por desconfianza, traiciones, villanías. Lo aplastaba la fuerza ignorante, lo humillaba la vileza y se gozaba de su aparente superioridad. Todo terminó. Ve usted... un solo tiro.

—Sí. En la nuca.

El teniente coronel titubeó.

—El sitio no importa. El caso es que la muerte entró a recoger su presa. Estaba yo harto. Me sublevaba ese hombre. Muchas veces pensé: ¿por qué andamos aquí? ¿Qué ideal nos guía? ¿Hacia dónde va esta máquina loca?

—Eso mismo me pregunté yo varias veces. Indiferente a la interrupción, el ex federal se agitaba.

—La razón se enciende como pólvora, pero se apaga inmediatamente, también. No es posible razonar en este ambiente. Sin embargo, hay que comprender que estamos aquí para defendernos, porque somos débiles. De otro modo, perseguiríamos. No odiamos, como el jabalí no odia al perro: huye mientras puede, y solamente cuando está cercado por el enemigo, le tira dentelladas para destrozarlo. Así nosotros, acosados por la jauría nos defendemos. Estamos luchando en defensa

propia, y nada más. Matamos en defensa propia.

—¿Y Celestino?

—Él odiaba y perseguía.

Quedaron en silencio en el centro de la noche. Roncaban los fresnos de la calzada, y sus ramajes tiritaban. Envueltos en sus abrigo, los dos centinelas, inmóviles, parecían sombras de troncos muertos, en algún dibujo fantástico. En el vértigo de su pensamiento, las ideas subían a la superficie agitada, y se precipitaban luego hacia la sima; iban girando uno tras otro, como puntas de una rueda dentada.

Así, insomnes, mientras el resto de la columna se había sumergido en el océano de los sueños, los dos hombres exhalaban un doble monólogo:

—El general quiere atacar a los americanos... los odia.

—Espera un momento oportuno, o busca un pretexto.

—Para él, el futuro está en sombras, no puede percibirlo, y por eso ignora la consecuencia de sus actos. No razona, no deduce, no busca. Cree que el futuro acabará cuando él acabe.

—Tiene razón. A nosotros, hombres desterrados de la Humanidad, ¿qué nos importa el futuro? ¿Y cuál futuro? El nuestro no puede variar: será más o menos prolongado, pero el final es inmutable.

—El nuestro no importa: desaparecen los hombres y queda vivo el recuerdo de los sucesos. La acción: he ahí lo importante: el autor se esfuma en el tiempo.

—No siempre. Un gran actor da valor al suceso.

—Un gran actor... ¡Él!

—En un gran suceso...

Quedaron cara a cara en la tiniebla. No se veían. Entre sus dos pares de ojos se precipitó el desfile de acontecimientos próximos, y uno y otro quedaron atónitos por lo que vieron: el tropel de la lucha y de la muerte desbordándose en su cauce, la guerra trasponiendo una frontera virgen, el odio desgarrando una presa prohibida, la audacia provocando el despertar del gigante, y su cólera.

—¿Sabes lo que vamos a hacer, Tiburcio? Pues a escribir un poco de Historia.

—Sí. ¡A tiros!

* * *

El 6 de marzo la columna llegó a Palomas. En una llanura el poblado parecía haberse detenido antes de llegar a su sitio, como si tuviera temor de colocarse en la margen de la línea divisoria internacional, y se mantenía encogido, como en acecho, lejos del trazo intangible entre dos razas.

Más allá, al Norte, como una mujer que se inclina hacia delante en su ventana, la ciudad de Columbus se ofrecía; parecía salir al encuentro, fácil e incitante. Garitones de madera para centinelas indolentes simulaban una vigilancia que era obligatoria, pero desagradable para quienes debían ejercerla; un zanjón alardeaba de trinchera, unas alambradas creían cubrir las apariencias con sus púas enmohecidas, y detrás del caserío, como supremo defensor, un corralón de alta empalizada y un astabandera se daba importancia. ¡El fuerte!

—¿Eso es todo?

El espíritu locamente bélico de Pancho Villa debe de haberse sonreído a sí mismo. «¿Eso es todo?» Ante él

se habían desplomado fortalezas consideradas como eternas por los técnicos de escuela militar; ante él se habían dispersado los cuadros formados por aguerridas tropas de línea; ante él habían huido, como humo, divisiones que alardeaban de invencibles. «¿Éste es el Coloso del Norte?» El hombre debe de haber aspirado aire a pulmón lleno, inflándose como si fuera de goma. Se decidió a todo, pero no estaba solo, ni podía obrar solo. «Los otros, ¿entrarán?» Comprendió que hacía falta incendiar el espíritu de sus hombres. Necesitaba un pretexto. Esperó.

Sus soldados eran cuatrocientos, pero sus amigos eran millares: todos los habitantes. Cuando se presentaba bajo los árboles o en algún portal del caserío de Palomas acudían a él viejos y mujeres, niños de mirada absorta, y le hablaban. Todo lo supo: se decía que iba a pasar por Columbus, para él, un gran cargamento de parque; se decía que él había convocado a varios políticos americanos para una junta en la frontera, pues quería hacer ofrecimientos de amistad a Estados Unidos, y obtener, si no su ayuda, cuando menos, su tolerancia. «¿Y qué más? ¿Y qué más?» Que tiene recelo. Ya unos vaqueros americanos de las Palomas Land Co., que estaban haciendo un rodeo, echaron galope hacia el otro lado de la frontera en cuanto supieron que se acercaba Pancho Villa.

—Como que el miedo no anda en burro...

El cabecilla desmenuzó un recuerdo: detrás de él, cuatro rancheros americanos habían quedado ahorcados: Mc Kinney, Corbett, O'Neil y aquel otro que ni siquiera supo Pancho cómo se llamaba... «Cuatro... son pocos.»

—¿Y cuántos soldados americanos hay? ¿Muchos?

—Como quinientos. El jefe es el coronel Herbert J. Slocum, del trece regimiento.

—¿Quién conoce bien el pueblo?

Se acercó un viejo flaco, de grandes bigotes caídos, lívido, y con una voz que parecía arrastrarse, de tan grave que era, dijo:

—Yo, mi general.

—¿Cuál es tu nombre?

—Leobardo Márquez, para servirle.

—Ven.

Se fueron aparte y permanecieron hablando más de media hora. Márquez se inclinó hacia el suelo y estuvo trazando líneas en la tierra suelta, con su índice color de hierro. Y Villa, en cucullas, le preguntaba.

* * *

El cabecilla salió de Palomas el día 7, dejando solamente cuarenta o cincuenta de sus hombres, confiados y holgazanes, en el cuartel. Y pronto llegaron a Palomas, procedentes del lado americano, hombres desconocidos que preguntaban:

—¿Y el general Villa?

—Se largó. Anda para el rumbo de Sonora. Fue a ver si encuentra un amigo que le debe un dinerito... y que no quiere pagarle a la buena...

No sólo los soldados villistas decían eso, sino también la gente del pueblo; todos habían visto salir a Villa y a sus hombres con grandes sacos de provisión amontonados sobre las mulas: comida como para una marcha

larga. Y en la columna, todos decían que el viaje era para Sonora, al otro lado de la serranía. Francisco Beltrán, el general yaqui incommovible, sonreía con la idea de visitar la abrupta montaña de su tribu. Y Pancho había buscado guías que lo llevaran bien por los desfiladeros, contratando a los mejores conocedores.

La noche del 8 de marzo los corresponsales de periódicos americanos que habían llegado a Columbus al sentir la proximidad de Villa, telegrafiaron a sus periódicos:

«Rebel chief is Sonora bound». «El jefe rebelde va hacia Sonora.» Y todos los habitantes de Palomas, México y de Columbus, Estados Unidos, bebieron el sueño a grandes tragos, creyendo distinguir en el fondo de la copa a Villa precipitándose montaña abajo hacia el Oeste, rojo y ardiente, como la pelota de fuego que ilumina la tarde.

* * *

En aquellos tiempos de guerra, millares de campesinos mexicanos que no se decidían a participar en la lucha, imposibilitados para trabajar en faenas agrícolas, emigraban hacia Estados Unidos. Cruzaban la frontera andrajosos, sucios, melenudos, hambrientos, como todo emigrante a quien la miseria impele a extrañas tierras. Daba pena verlos atravesar la línea divisoria y entrar a Estados Unidos: se les apelotonaba en grupos, como de reses, que eran arriados hacia las oficinas de migración, donde se les veía con asco. ¡Cuántas veces hubieran querido los americanos rechazar hacia México aquella sucia masa humana! Pero el mexicano era útil, bestia de trabajo incansable y barata, para los talleres que trabajaban día y noche fabricando productos que vender a la Europa en guerra; y eran también agriculto-

res sufridos, acostumbrados a arar la tierra desde antes de que saliera el sol... «¡Está bien, que pasen los mexicanos!...» ¡Pero cómo! Se les desnudaba, para que sus ropas fueran fumigadas, cual si fueran de enfermos de peste. Y como todavía podía quedar en los cuerpos algún bicho o una costra de mugre, a los hombres en un tanque, y a las mujeres en otro, desnudos, se les echaba, para ser bañados en una solución insecticida, a base de gasolina, como al ganado que ha contraído la garrapata.

Todo lo admitían aquellos hambrientos; la miseria era más fuerte que el decoro; el hambre y la esperanza de un bienestar próximo los hacían contener las lágrimas de la vergüenza, y entrar a los baños desinfectantes sin una protesta. Miles de hombres y miles de mujeres, centenares de niños famélicos, entraron a los tanques «profilácticos» de El Paso, ciudad de Texas, como primer acto para ser aceptados como acémilas al servicio del capitalismo.

Un día, cuando diecisiete hombres estaban en el baño, una llamita, casi invisible de tan pequeña, apareció a ras de la solución insecticida: algún cerillo no apagado por algún fumador próximo, después de encender su tabaco. No se supo nunca qué había sido. El caso fue que aquel líquido en que estaban sumergidos los brazos ardió rápidamente; el agua no lo apagaba, y por varios segundos, quizá minutos, los mexicanos oyeron, en lenguaje desconocido, órdenes para que salieran, que ya les había dictado el instinto. Les ardía la cabellera, les salían llamas de la piel húmeda. Diecisiete murieron. Tal dice la leyenda.

Pancho Villa lanzó un alarido cuando llegó hasta él la versión, agigantada en los vuelcos de boca a boca, de que treinta y cinco mexicanos habían sido quemados

vivos, «intencionalmente», en El Paso. Tuvo Pancho muchos defectos, pero siempre amó al pueblo, sintiéndose una parte de él, y sintiéndolo una parte de sí mismo. El rebelde, que encendía su ira con la más leve chispa de contradicción o de defensa, parecía haberse vuelto loco. Jamás le vieron tan espantosamente trágico sus más cercanos tenientes como esa noche del 8 de marzo. Quizá en ese momento sí hubiera gozado con destrozarse entre sus recias mandíbulas un corazón de aquellos hombres odiados. ¿Tenía ya deliberado el ataque a Columbus? ¿Había abandonado su plan cuando salió para Sonora, comprendiendo la inutilidad de una provocación al extranjero? ¿Fue sólo un pretexto el que encontró para convencer a sus hombres, para excitarlos contra los americanos? ¿O fue, en realidad, un raptó de loca ceguedad el que lo impulsó a través de la frontera para matar? Sólo él lo supo, y está muerto. Esa noche, cuando habló a sus hombres y les dijo lo que había sucedido en El Paso, dio esta orden trágica:

—¡Muchachos! ¡Vamos a matar diez por uno!

* * *

La determinación fue tomada al anochecer: estaba la columna como a treinta kilómetros de Columbus, al Oeste, en el camino de Palomas hacia Sonora. Pancho reunió a sus hombres y les habló en la forma pintoresca de su costumbre; relató la muerte de los mexicanos quemados vivos en El Paso, y después de excitar a todos a «cobrarse a la moda china», terminó con estas frases: «Los Estados Unidos quieren tragarse a México: vamos a ver si se les atora esta espina en el gaznate. Vamos a Columbus a hacer blanco en cuanto americano encontremos».

Era segundo de Villa esa noche el rebelde Pablo López, un tipo de indígena de anchos pómulos angulosos, ce-trino, con una docena de pelos erizados a cada lado de la boca. Era cruel y decidido, y tenía un antecedente: él había «suprimido» diecisiete americanos al asaltar un tren en Santa Isabel. Fue Pablo López quien pasó a todos el santo y seña para la jornada que estaba ges-tándose: «¡Mueran los americanos!».

Hacía un frío espeso que se había inmovilizado al pre-sentarse la noche. En aquella llanura, pista en que los vientos galopaban horas y horas, hacia un rumbo y otro, revolviéndose como si jugaran alguna alegre competen-cia, cien círculos de silencio rodeaban la columna villista, centro de un ciclón que horas después iba a conmo-ver al mundo. En el horizonte, donde la obscuridad del cielo se recargaba sobre las tinieblas de la tierra, resal-taban masas más oscuras aún que la sombra: monta-ñas que parecían nubarrones, y nubarrones que pare-cían montañas. Al cruzar el aire, congelado y sucio de arenas sutiles, parecían debilitarse los reflejos de las estrellas; por la posición de éstas, Pancho Villa señaló la ruta: ¡Al Norte! Y con Pablo López a su izquierda y Leobardo Márquez, el viejo guía, a su derecha, se puso a la cabeza de la columna; el trote de su caballo lo acercó a una pilastra, una pirámide de cuatro caras, afianzada en un cubo de piedra.

—¡La frontera, muchachos!... De aquí para delante nos tenemos que sostener a puros trancazos. Pero fíjense en esto que les digo: no nos vamos a quedar aquí para toda la vida: no más les damos «un llegón», y otra vez para México. De modo que, suceda lo que suceda, an-tes de que amanezca, se preparan para juntarse otra vez...

—¿En Palomas?

—No. Mejor nos vamos de una vez al Sur, a la orilla del río...

La partida cruzó el límite. Sin testigos, en la sombra propicia, en el silencio cómplice, en la noche encubridora, la violación se registró, sin un grito ni un disparo. Quinientos hombres pasaron junto a la pilastra poseídos de una agresiva curiosidad.

«¿A ver qué nos hacen?» Dieciséis mulas, con cuatro ametralladoras y sesenta cajas de parque que iban a retaguardia fueron adelantadas al centro de la columna. Se formaron los grupos, cada uno con su jefe, a recibir instrucciones, y después de un alto de diez minutos para ordenar la marcha, los invasores hicieron una conversión a la derecha. Estaban a dos o tres millas de la frontera, cercanos a la vía del ferrocarril «El Paso & Southwestern», que fueron siguiendo paralelamente, en un galope uniforme. En tres horas la mitad de la distancia a Columbus fue traspuesta.

A medianoche pasó un tren de Oriente a Poniente. Sin duda era de carga, porque los carros iban enfundados en sombras: solamente el brazo luminoso del faro pretendía ir apartando todo peligro de la vía que parecía despertar al peso de los carros. Ni el soplo clarísimo del reflector, ni el hervor rojo de las chispas que se fugaban de la locomotora, atravesaron la campana de tinieblas que cubría la columna villista. Silbó la máquina arrojando una pluma de vapor blanquecino, y su alarido dividió la noche. Fue ese tren como el límite entre dos días: su paso arrancó una hoja del calendario. Y los signos secretos de las constelaciones marcaron la nueva fecha: jueves, 9 de marzo de 1916.

—¡Ándenle, muchachos; píquenle a sus pencos! Tenemos que llegar cuando todavía estén roncando...

Como si se deslizara ladera abajo, como un ventisquero que fuera a sepultar un poblado, el ejército villista se precipitó hacia Columbus, con mayor velocidad a cada salto.

—Así vamos a llegar bien calientes para comenzar luego...

—A ver cuántos nos almorzamos.

—O a cuántos nos almuerzan.

Detrás de la sección de ametralladoras iba el tercio de Maya, su hijo y Balboa. El muchacho, hecho ya a las jornadas inquietas del villismo, había recibido su carabina,

y su torno infantil se doblegaba al peso de la cruz de cartucheras. Iba a entrar a su primer combate, y en la noche propicia al recuerdo percibió el eco de las palabras de su padre: «Él vendrá, y nos iremos a su lado para no tener miedo nunca». ¡Él no tenía miedo! ¿A qué? ¿Al combate, al incendio, a la huida, a la muerte? Ninguna cosa conocía; en su ignorancia de niño, en el fatalismo que le había impuesto su vida, no comprendía o no justipreciaba el ser y el no ser. Así como él, centenares de muchachos soldados habían combatido por la revolución social de México, sólo por instinto, por el vago presentimiento de que eran en sí mismos un símbolo: el pueblo niño, que apenas sabe por qué va a la lucha. La vaguedad de sus ideas se concentró, y como si de las sombras emergiera la visión fascinante de la madre, sonrió:

—Padre...

—¿Qué?

—¿Vas a estar junto a mí?

—Sí.

—¿Adondequiera que yo vaya?

—Adondequiera que tú vayas.

Tiburcio, absorto en otro pensamiento, no comprendió. Sólo el niño.

* * *

A las dos de la mañana se dejó sentir la helada. En el campo, hombres y bestias se calentaban al galope, y en la ciudad, vecinos y soldados se habían encerrado en sus refugios para reposar al ronquido de la lumbre. Luces eléctricas, que parecían haberse encogido también, habían quedado aislados en los cruceros de las calles, manchando la sombra de la ciudad con unas cuantas lentejuelas amarillentas. Acurrucados en el fondo de los garitones, media docena de centinelas dormitaban sintiendo pasar sobre sus cabezas, como una sierra, la corriente de aire que atravesaba las aspilleras.

Soledad triste la del pueblo abatido por el frío: ni voces humanas, ni música que escaparan en retazos, como pájaros de viento, al abrirse una ventana: ni ladridos de perros desvelados o mugidos de reses inquietas. No se oían pasos de trasnochadores en las aceras de cemento, ni rodar de vehículos en las calles de tierra suelta. El reloj de City Hall, dando horas y medias, dejaba resbalar sus campanadas indolentes hasta el confín de la llanura, sin encontrar ni un eco.

Únicamente en dos casas se veía luz interior: la estación del ferrocarril, donde los telegrafistas dormitaban en sus sillas, con los pies encima de la mesa, y en una casa de dos pisos, de madera, que un rótulo saliente, de cristales sucios, anunciaba:

«Commercial Hotel». Abajo del rótulo, otro más peque-

ño, sin iluminación por dentro: «A. L. Ritchie, Proprietor». A través de los vidrios de la puerta, se veía un vestíbulo en cuyo centro una gran estufa de hierro, roja y ventruda, lanzaba un estertor incesante.

Parece que el tiempo va arrastrando los pies. Hace más de treinta minutos que sonaron las dos, cuando se despierta la media, y más de media hora que esa campaña se sumergió en la noche, y aun las tres no se deciden a abandonar el lecho de bronce en que reposan. El silencio pensó: «Soy eterno», y creyéndose un dios, sonrió beatíficamente, apoyándose las manos en el vientre.

Un disparo lo atravesó, desinflándolo como un globo de niño.

¡La señal!

Como se precipitan las aguas por un terreno inclinado y pedregoso, cuando se rompe la presa que las había contenido, y van mugiendo y atropellándose para aplastar los arbolillos que habían crecido en el antiguo cauce, y las casas construidas a la orilla, y los ganados, y los hombres, para no mostrar sino una superficie espumosa de olas inquietas, así se precipitó sobre la población un caudal de hombres al detonar el disparo que esperaban para desbordarse. Por las calles antes silenciosas y desiertas, las masas de jinetes y caballos hicieron un ruido espantoso con sus gritos y sus disparos, el golpe de los cascos sobre las aceras y el romperse de los vidrios de las ventanas atravesados por las balas. En un minuto la ciudad quedó a oscuras, pues todos los focos de las calles fueron perforados, por certeros balazos de cazadores, como si fueran aves al vuelo. Y por mucho rato no se vieron más luces que las detonaciones, hasta que un fulgor rojo, envuelto en humo, surgió del centro de la población: era el Hotel Comercial, que ardía, con-

vertido en pira para el cadáver de «A. L. Ritchie, Proprietor».

Obligadas a partir, por el golpe del martillo, las tres horas huyeron de la campana, medrosa, sin hacerse oír de nadie, y fueron a refugiarse en el desierto.

A cada minuto surgía un nuevo incendio: después del hotel fue la botica, donde fue sorprendido, dormitando vestido y dispuesto a despachar una receta, «C. C. Miller, druggist».

En las casas de adobe, que no podían arder fácilmente, los villistas rompían las ventanas a culatazos, y una vez abierto un boquete, disparaban al interior. Cada uno quería lograr su ración: «Diez por uno». Cuerpos de personas que se dibujaban en algunas ventanas, a las que los atrajo la curiosidad que les provocó el alboroto y el incendio, fueron atravesados; hombres que surgieron de entre las casas de madera crepitante, semidesnudos y locos de espanto, cumplieron su destino de pagar una deuda que no habían contraído. Los centinelas fueron sacrificados cuando levantaban su fusil Springfield por las ranuras de los garitones.

Por media hora, los villistas se pasearon por Columbus, con sus anchos sombreros echados atrás en las cabezas, irritadas por el incendio de las casas y la fiebre del combate. No escuchaban más tiros que los suyos, ni más carreras que las de sus caballos.

Era porque, dentro del fuerte, los soldados americanos, sorprendidos, apenas se estaban preparando para luchar. Debe de haber sido un momento de cruel incertidumbre para el viejo coronel Slocum, veterano de la campaña en Cuba, donde pasó tres años, de 1899 a 1902, resistiendo las sorpresas de los sublevados en la manigua. ¿Qué hacer? ¿Salir a batirse en las calles con

un enemigo cuyo número no se conocía? ¿Permanecer dentro del fuerte mientras la población ardía, y dejar a los habitantes que aún estaban vivos expuestos a la furia de los invasores?

Revisó sus efectivos, mandó armar las ametralladoras, dio órdenes a las tropillas de su regimiento para distribuirse por distintos rumbos, preparó la pesada pistola, y salió a batirse, al frente de sus hombres. Era un hombre valiente, y como quiera que fuera, no dejaba de ser un honor batirse cuerpo a cuerpo contra Pancho Villa. Las cuatro...

Comenzaban a apagarse los incendios, consumido el combustible; la ciudad volvía a quedar a oscuras en grandes tramos; solamente súbitas llamaradas que surgían de algún no agotado fogón difundían una claridad tenue en las calles desiertas. Cautelosamente, con los fusiles en horizontal, envueltos en largos capotes azules, los soldados americanos avanzaron.

No mucho, porque de la primera esquina comenzó a hostilizarlos el fuego del invasor. En cada bocacalle hubo una escaramuza, y de cien que fueron, no todas se resolvieron en favor de los americanos. Sin embargo, los villistas iban reconcentrándose al sentir enemigo por el frente, por la izquierda, por la derecha. Solamente hacia atrás, hacia la frontera mexicana, se sabían libres de peligro. Como el héroe de la leyenda, que recobraba su fuerza al apoyarse en la madre tierra.

No fue un combate: fueron quinientos duelos. Cada villista se batió con un enemigo..., o con varios. De las esquinas, de los marcos de las puertas, pecho a tierra, cuerpo a cuerpo, a tiros, a puñaladas, a golpes, a injurias... ¡De todos modos se batieron! Cada hombre tuvo su propio episodio. Para muchos fue el último. Y los demás, ¿dónde han quedado después, para referirlo?

Pablo López salió herido. Leobardo Márquez, prisionero.

Muerto un ametralladorista, Pancho Villa bajó de su caballo, a sentarse en el asiento triangular, e inclinando la cabeza sobre el rifle ultrarrápido detuvo el avance de un pelotón, a dos cuadas de distancia. Pero al abrigo de las sombras, como si hubiera patinado por las paredes, un caporal gigantón llegó hasta él, quizá sin saber quién era. Mientras traqueteaba la máquina con Villa, que no veía sino al frente, el miliciano enarboló su pesada carabina, como una maza, y la dejó caer, para romperle el cráneo al ametrallador...

Pero no llegó: otra cabeza se interpuso antes de que la culata adquiriera su velocidad máxima; el golpe denunció al agresor, y Villa, antes de que pudiera levantar de nuevo su arma, le dejó la frente perforada. «¿Quién es éste que metió la cabeza?» Un villista estaba inmóvil, tendido sobre la banqueta, y hacia él fue Pancho, dejando la ametralladora silenciosa por un momento. Quería ver quién era el que lo había salvado de un garrotazo de gorila. Casi a tientas, lo reconoció:

—Tiburcio...

Acercó su cara a la del caído, esperando percibir un movimiento o un hálito que indicara que el viejo aún vivía. Y entonces oyó traquetear junto a él a metro y medio, la ametralladora que había dejado. Sólo que los disparos no eran continuos, ni en tiempo uniforme, sino disparejos y lentos. Volvió la cara: el niño. «¡Qué raza!»

Se irguió y, comprendiendo que Tiburcio estaba tan sólo desmayado, lo levantó entre sus brazos y lo llevó hacia los caballos. Otros hombres le vendaron la cabeza.

—¡Papá! ¡Papá! Ven conmigo...

El cabecilla regresó hacia la ametralladora, nuevamente

silenciosa; mientras el padre, perdido el sentido, era retirado hacia el Sur, el hijo se había quedado de bruces sobre el arma: sus brazos flácidos colgaban a los lados del tripié de acero, y su rota cabeza manchaba de sangre la cinta de los cartuchos.

—¿También tú me salvas? Si yo hubiera estado ahí...

No se atrevió a moverlo. Tender el cadáver en el suelo, como cualquier otro, era restarle la belleza de su muerte. Prefirió dejarlo ahí, sobre la ametralladora, para que lo vieran los enemigos. Era un monumento.

Se descubrió; bajo el pesado sombrero, el bosque sombrío de su cabellera había humedecido por el sudor; el cabecilla anheló un poco de viento; pasaron cerca de él varias balas, como buscando hombre a quien tocar. Se sintió los pómulos húmedos, y el bigote; aquello no era sudor, ni agua.

En derredor de él el latir de los disparos arreciaba: de tres lados, voces uniformes de ametralladoras, manejadas por manos expertas, anunciaban que se estaba cerrando el cerco enemigo. Sobre él languidecían las estrellas, como lirios sin agua. El alba estaba próxima.

—¡Vámonos! ¡Ya le dimos lo suyo!

Un largo alarido, grave y continuo, como el mugido de una vaca que busca su crío, dominó la trepidación de las detonaciones. Era la orden de marcha.

Y los villistas traspusieron de nuevo la frontera, esta vez hacia el Sur. Tras ellos entraron los primeros escuadrones de caballería americana, pero a poco se regresaron. Rechazado el invasor, había tiempo para preparar la persecución, si llegaban órdenes de hacerla.

Además, cuando Pancho Villa corría no lo alcanzaba nadie.

Satisfechos

En mitad de sus hombres que, confiados, cabalgaban por la planicie arenosa, en un mediodía ebrio de sol y ahíto de aire tibio, el grandioso bandido marchaba feliz.

Echó hacia atrás su sombrero endurecido por las lluvias y costrudo de arena cristalina, y lo dejaba golpearle en las espaldas, colgado del barboquejo, a cada compás del galope de su caballo prieto. Su melena ensortijada y bravía, antes impregnada de sudor, se secó al viento y a la caricia del sol, y tomando tonos rojizos con la luz cenital, parecía una flama que le circundaba la faz resplandeciente.

A sus costados, ciento y más hombres galopaban en línea desplegada, dormidas carabinas y pistolas en sus fundas de cuero, alegres todas las caras, orgullosos de sus heridas los que habían recibido el saludo candente de las balas americanas, y detrás, en un tropel desordenado y lleno de ruidos, cánticos y voces joviales, el resto de los invasores de Columbus se apretujaba para acercarse a su jefe, para contemplarle, para escuchar sus bromas, para lanzarle un vítor retumbante o, cuando menos, una mirada de admiración, que, como el viento y la luz, le formaban un nimbo glorioso.

Villa volvió a ser en aquellos instantes el poderoso dominador de hombres, cautivador de multitudes, que se reveló en los primeros combates del año 13 y llegó a la cúspide de su esplendor en las sangrientas jornadas de Torreón, de San Pedro de las Colonias, de Zacatecas, en las que los constitucionalistas iban al sacrificio con la sangre hirviendo y las gargantas vibrantes en un alarido uniforme que era, al mismo tiempo, loco entusiasmo por

su causa y ferviente homenaje al jefe invencible. Se borraron de las mentes de aquellos hombres los días sombríos de la huida por los desiertos, de las caminatas por las llanuras nevadas, de los crímenes inútiles, de las venganzas sórdidas e implacables. Y para ellos Villa fue de nuevo el jefe amado, por cuyo triunfo y cuya gloria dar la vida era poca cosa. Hubieran querido abrazarle, levantarlo sobre sus hombros, más alto que los árboles, más alto que las montañas, para que pudiera verle el mundo, atónito en esos momentos ante la hazaña increíble, la audacia incomparable y quizá también ante la inconsciencia que trasponía todo lo humano.

Mil voces partían de la triunfante cabalgata. Los hombres se referían unos a otros el hecho que todos habían presenciado, se alababan, se embriagaban con el recuerdo imborrable de aquellas tres horas en que tuvieron bajo sus plantas el orgullo de una nación antes inviolada y por siempre considerada como inviolable. Era una satisfacción sexual la que habían experimentado desde que pasaron aquella línea imaginaria que parecía vibrar como un brazo que quisiera detenerlos, entre las columnas impávidas que demarcaban la frontera; la sangre completó la ilusión de un himeneo violento. Todos los que pisaron tierra extraña conservaban la complacencia de aquel sacrificio simultáneo a la guerra y a la carne, a la muerte y a la vida.

Villa hablaba en voz alta frases deshilvanadas, interrumpidas por intensas carcajadas nerviosas de hombre poseído por una dicha inmensa: en un lenguaje alborotado y pintoresco, difuso e incompleto, expresaba ideas que se quedaban a medias, cortadas por la risa, que era ruidosa, como un torrente despeñándose montaña abajo. Hablaba abstraído, perdida en el horizonte la mirada de reflejos, a veces azulosos como acero pulido, a veces color naranja como rayo de sol poniente. El tré-

molo de los gritos, del galope de los caballos, del golpeo de los hierros de las monturas, pasaba junto a él sin penetrar en su mente, y se perdía en las ondas clarísimas del día. Él no experimentaba sino su propia voluptuosidad, tenía los ojos abiertos al infinito y los oídos sumergidos en el silencio de una soledad espiritual inviolada. Sus palabras iban dirigidas a su propio ser, y cuando se interrumpían, el pensamiento las completaba en el misterio profundo de su cerebro.

—De hombre a hombre nadie está más allá que Francisco Villa... Montones contra mí, me arriman a la pared, mas no me aplastan. Cansado de buscarme aquí un gallo de mi propia pluma, fui a provocarlo en otro corral, y le rompí la cresta al primer picotazo...

Frases confusas que expresaban un hervor de ideas en su cabeza ancha y enorme.

¿Qué satisfacción bullía ahí dentro de haber podido arrancar con su mano atrevida la bandera más alta del mundo, de haber vencido en una lucha con hombres de una raza distinta, con un enemigo nuevo, de haber desafiado una fuerza que parece dominar hasta más allá de lo humano?

—A ver si ahora resultan con que se confirma que Pancho Villa estaba muerto... Veinte veces los *güeros* han cacaraqueado que estaqué el pellejo, y los *carranclanes*, que me tienen embotellado, y que ya no soy sino bazofia...

Reía como un muchacho que realizara con éxito una travesura que le atrajera todas las miradas. Estaba satisfecho de su hazaña, no intentaba en un instante de ceguera, de locura, suicida, sino premeditada hasta en sus menores detalles desde muchos meses antes, para que el país entero y el vecino se estremecieran en un

mismo instante de temor y de espanto ante su solo nombre.

—Lo que es *horita* todo el mundo está hablando de Pancho Villa. Y por las dudas... paso y veinte más. Los *carranclanes* que me están buscando por Durango quedarán con el hocico abierto, y el viejo se jalará las barbas, echándome habladas...

Estalló su risa gruesa, que, contagiando a los subalternos inmediatos, le volvió a la realidad, le colocó nuevamente sobre su silla de montar y galopando en el potro nervioso que también, de cuando en cuando, volcaba en un relincho su alegría salvaje. Entonces habló a los suyos, fraternalmente alegre.

—¿Qué les pareció el mitote? ¿Voy que nadie se pensaba lo que yo me estuve proyectando tanto tiempo?

—La verdá, jefe, que naide más que usted puede hacer estas cosas. Puede que alguno la piense, pero a la hora de entrarle, se le arrugan hasta las orejas.

—Pasa como con la tambora, que cualquiera la toca...

—Pero hay que ser muy panzón para cargarla...

—Yo sí me di cuenta de que usted andaba planeando una buena.

—¿A poco? ¿Cuándo te lo pensaste?

—Me dio la corazonada desde que se trajo al viejo Tiburcio porque pa' los carrancistas habíamos suficientes, pero pa' los americanos nunca sobra ni uno.

—Le atinaste. Ya me traiba yo la idea por dentro. Y la verán si le jerré al traerme al viejo, que si no es por él, sería hora que me estaba balanceando con una pata en México y la otra en Yanquilandia...

Carcajadas sonoras se elevaron haciendo círculos y

cubriendo la cabalgata con un manto invisible de alegría.

—Y ahora que me acuerdo, ¿ónde anda el viejo?

De un tirón rayó su caballo en la tierra. Como a una orden, la columna se detuvo.

—¡Viejo...! ¡Viejo...! ¡Epa, Tiburcio...!

Se desarrolló una cadena de gritos hasta la retaguardia. Con las manos apoyadas en la cabeza de su montura, la espalda encorvada, las piernas flojas, el viejo se iba quedando atrás poco a poco. Con un trapo sucio, grueso como una toalla, se había envuelto la cabeza y parecía llevar un estrafalarío turbante con una mancha de sangre, como enorme piedra roja, sobre la frente.

—¿Te vienes cansando, viejo?

—Anímate, que te habla el general, te va a dar tu premio.

—A poco te estás doblando con el garrotazo...

El villista levantó la cabeza. Su barba crecida estaba como congelada en una plasta de sudor y tierra. Sobre las cejas, la sangre se le había coagulado.

—Soy como el juarista de hace cincuenta años, me quebró, pero no me doblo. Lo que pasa es que me voy temiendo que hemos hecho la peor de las tarugadas.

—¿Quihubo? ¿Quihubo? A pocos te estás rajando de haberles arriado a los americanos...

—Anda, cuela pa'delante, que el general te quiere hablar...

—Ora, viejo, pídele algo bueno...

Se abrió la columna en dos mitades para dejarle pasar al trote de su caballo hasta la primera fila, y hubo para

él gritos y alabanzas. Salió a encontrarle Pancho por en medio de la valla, y desde su caballo le dio un abrazo tan fuerte que casi lo desprendió de la montura, teniéndolo en vilo por unos segundos.

—Viejo, ya sabía que eras una reata que no se revienta del primer jalón... Te vas a venir desde *horita* mismo al Estado Mayor, donde están mis mejores muchachos. No más recibes órdenes de Nicolás y de mí... Vente...

Galoparon y se pusieron a la cabeza de la columna, que dejaron atrás unos cuantos metros. Villa siguió hablando del combate, con las mismas explosiones de júbilo que momentos antes; a ratos parecía poseído de un delirio o fiebre. Luego dirigía la palabra a Tiburcio, sorprendiéndose de que éste estuviera también ensimismado, aunque no contento como él, sino contrariado más bien.

—¿Qué víbora te ha picado, viejo? Debías estar contento con el combate y con el ascenso... Es cierto que se quedó tu muchacho, pero aquí no andamos luchando por nosotros, sino por nuestros hermanos. Alguno tiene que morir...

—No es eso, general. El muchacho, después de todo... extrañaba a su madre... Lo que me estoy figurando es que a lo mejor...

—A lo mejor, ¿qué? Se miraron.

—¿No lo ha pensado usted?

—¿Qué cosa?

—Que se nos van a venir encima hasta acá...

—¿Los güeros?

Tiburcio hizo con la cabeza una señal de asentimiento, mientras Pancho refrenaba una carcajada.

—¡Qué se van a venir, después de la paliza que les metimos!

—¿A poco se la aguantan? Villa meditó un momento.

—Realmente, puede ser que le hayas atinado...

Luego, los dos quedaron en silencio. Frente a la cabalgata, el campo comenzaba a ondular en pequeñas colinas rocosas, y la marcha se hacía más lenta, habiéndose separado los villistas en varios pequeños grupos que bordeaban las alturas, dividiéndose para reunirse después, al bajo. Les hacía falta un descanso, y a los lados, varios exploradores se alejaban para buscar algún arroyo donde hubiera agua y buena sombra para ses-tear un rato.

—Oye, viejo, ¿y si se nos vienen encima?

—Eso, ¿qué hacemos?

Encontrando a su paso una pequeña colina no la bordearon, sino que llegaron a la cúspide; instintivamente detuvieron sus caballos, y en torno del jefe el pequeño ejército hizo alto.

—Ni para qué preguntar, ¡les atoramos! Ya les dimos una vez y podemos darles otra. ¡Mira!

En un amplio vuelo, su diestra abarcó el horizonte. A lo lejos las montañas, encimadas unas sobre otras, parecían avanzar en la diafanidad de la tarde. Veíanse desiertas las colinas próximas, en las que algunos cercos de piedra de antiguos potreros ponían largas líneas rectas, como trincheras. Recios peñascos manchaban de tonos rojizos las laderas, y en los bajos, macizos de árboles asomaban sus copas de verde claro.

—No hay un árbol, ni una peña, ni una cerca de piedras que yo no conozca. Sé dónde hay cuevas, y de dónde sale agua buena para beber. Me amarras una venda,

me llevas y me dejas en mitad de un cañón, que no se vea más que un cerro para un lado y otro para otro, y te digo dónde estoy. No hay una vereda por donde no haya caminado, y cuando me salgo de ellas, nadie puede seguirme.

—Es cierto.

—Y así como yo conozco el campo, el campo me conoce a mí. Los árboles me hablan al paso para avisarme si corro peligro, los caminos me muestran las huellas de animal o de hombre que tienen en el lomo, la selva me da carne de caza y los manantiales me dan agua. Cuando hiela o cuando nieva, la montaña me cobija; durante el invierno, ¿me has visto temblar alguna vez?

—Nunca.

—Conozco las hierbas, sé cuáles alimentan y cuáles curan: la cola de coyote para cerrar las heridas, el simonillo para cuando hagas bilis, y las barbas de elote para cuando duelen los riñones de mucho andar a caballo; la flor de tabachín quita la tos, y la raíz de tumba-quero te fortalece el corazón; hay yerbas que te duermen y otras que alegran como licor. Después de una asoleada, si te sale sangre por las narices, búscate hojas de princesa... Y también sé cuándo va a llover y cuándo va a hacer viento. Conozco las estrellas, y por la noche sé para dónde camino.

—Es cierto.

—No hay quien me pueda seguir a caballo ni a pie, ni por el llano ni por la sierra. No me agarrarán vivo ni con trampa, como a los lobos. Al que venga conmigo y sepa galopar como yo, no lo alcanzarán nunca.

—No.

—¿Qué vamos arriesgando? Los *carranclanes* son mi-

les y no nos han hecho nada. ¡Se necesitaría un millón de hombres para cercar a Francisco Villa! Déjalos que entren tras de nosotros; cuando sean muchos en una misma columna, no nos llegarán a ver ni el polvo, y cuando sean pocos, siquiera en número igual a nosotros, les haremos frente y los derrotaremos. No podemos perder. Espera...

Con un ademán convocó a sus hombres alrededor de la colina. En silencio y en círculo le oyeron.

—¡Muchachos!, se me está figurando fácil que los enemigos de nuestra raza y de nuestros hermanos quieran tomarse el desquite de esta derrota; se meterán en tierra mexicana, pero no los dejaremos estar en paz nunca. La tierra es nuestra. Los buenos patriotas nos ayudarán a defendernos contra nuestros enemigos, que son los del pueblo. Si los carrancistas no pelean contra los americanos, nosotros solos los castigaremos. Ahora más que nunca los excito a ser buenos mexicanos y a derramar su sangre para defender la patria, porque está amenazada. ¡Muera Carranza! ¡Guerra a los americanos!

A gritos y disparos hacia arriba contestaron los villistas el breve discurso. Inmediatamente comprendieron que tras ellos se levantaba ya la garra poderosa del águila del Norte, tratando de atraparlos. Quizá a esas horas, sobre sus huellas en la arena del desierto chihuahuense, trotaban uniformemente los rojizos caballos del ejército americano; quizá ondearan extrañas banderas al viento de la Sierra Madre, y los ecos repitieran toques de clarín ordenando el avance.

—¡Nicolás!

Se acercó en su caballo un hombre alto y huesudo, de grandes bigotes negros, que hacía seis años era com-

pañero inseparable de Francisco Villa.

—Mande...

—Despáchate alguno para que vaya a Ciudad Guzmán, y se siga por toda la vía hasta Casas Grandes; alguno que sepa bien las cosas, que hasta hable inglés, para que se informe. Dile que vea a los rancheros gringos para que les saque lo que sepan, y se nos junte dentro de cinco o seis días por el rumbo de Namiquipa.

—Mandaré al cuatro-ojos.

—¿Al federal?

—Es mañoso.

—Bueno. Si lo descubren, que diga que iba a rendirse, y si lo quiebran, no se pierde nada.

A poco rato, un jinete sin armas se destacó hacia la izquierda, donde brillaba la mancha plateada de un pequeño lago, semejante a luz de luna que se hubiera congelado.

Los temores se confirman

—¿Por qué tardaste tanto, Balboa?

—Mi general, creí que sería preferible traer a usted información completa, y por eso me pasé dos días en Janos antes de llegar a Casas Grandes, y luego ahí me estuve una semana. Anoche, en cuanto supe lo del avance de los gringos, me vine a avisarle, pero como no soy de este rumbo...

—Y aunque lo fueras... ¿Tú crees que cualquiera me encuentra aquí? Si no mando a dos muchachos hasta el

camino de Namiquipa para que te trajeran, no me hubieras hallado nunca.

Al sonreír de satisfacción, el jefe rebelde mostraba su fuerte y manchada dentadura; sentado en cuclillas sobre un pedrusco, rodeado de sus hombres, se sentía invisible en aquel pequeño valle, tan chico que parecía cráter de un volcán, cubierto de pinos, cercado por altas montañas en las que abrían sus bocas enormes cuevas donde los centenares de villistas se habían instalado con sus caballos de silla y las mulas de provisión. Entre grandes peñascos bajaba un chorrillo de agua zarca. No había ni un camino para llegar a aquel refugio, y la subida de las pendientes era cansada y difícil. De lejos, el círculo de alturas parecía una sola montaña de la Sierra de la Culebra, y nadie se figuraría la existencia del vallecito. Por eso Villa se consideraba seguro ahí, y había decidido esperar las noticias de lo que pasaba después de su asalto a Columbus, convencido ya de que, como lo temía Tiburcio Maya, los soldados americanos habían salido tras él.

—Vamos a ver, ve soltando la lengua y di lo que supiste.

—Lo traigo todo apuntado, mi general.

Aflojó los cinchos de la montura, y metiendo la mano entre el fuste y los sudaderos, sacó una bola del tamaño de un grano de maíz, que fue desenvolviendo en hoja de papel. Después, acercándosela a los ojos míopes, leyó:

«El día 15, dos columnas de tropas americanas, una al mando del coronel Dodd y otra al mando del general John J. Pershing, que aparece como jefe supremo, pasaron la frontera internacional al oriente de Columbus. Son cerca de dos mil hombres de caballería, con ame-

tralladoras a lomo de mula. Algunos indios pieles rojas del lado americano les sirven de guías. Pasaron cerca de Palomas, y el día de ayer (18) llegaron a un rancho entre Janos y Guzmán, de donde despacharon un correo para el teniente coronel Refugio D. Dávila, jefe de la guarnición en Casas Grandes, anunciando que esa noche pernoctarían en Casas Grandes. Dávila pidió órdenes a Ciudad Juárez, pero todavía cuando salí no le habían contestado».

—¿Pero qué es lo que quieren los americanos?

—Dice un periódico de El Paso, Texas, que antes de salir de Columbus, el general Pershing declaró que volvería a Estados Unidos con usted, vivo o muerto...

Pancho Villa interrumpió el informe con una carcajada que resonó en todo el valle. Su cara enrojeció de congestión, mientras su boca carnosa se abría como el portón de una hacienda.

—¡Ay qué la chicharra...! Mi amigo Pershing, que me llamaba *El Napoleón Mexicano*; que me llevaba a revisar sus tropas al fuerte Bliss y parecía satisfecho de retratarse conmigo, ahora me va a coger vivo o muerto... ¡Me lleva... y sufro! ¿No dicen si me cogen con trampa o lazo, o echándome sal debajo de la cola?

—No, mi general.

El coro de carcajadas fue creciendo como una cascada. Todos los hombres del pequeño ejército se envalentaron al ver el poco temor que había causado a su jefe la noticia de la persecución americana, y elevaron sus gritos:

—¡Vamos a entrarles de una vez! ¡A ver si nos cogen!

—Óyeme, Balboa, ¿qué supiste de Namiquipa?

—Ahí está el coronel Salas.

—¿Con cuántos?

—No pasan de ciento cincuenta...

A una señal, los villistas se precipitaron hacia las cuevas, y en un cuarto de hora volvieron a salir, montados en sus caballos y tirando de las acémilas de la impedimenta. Al frente, Pancho Villa, Martín López, Pablo López, Nicolás, los dos Ríos, Michel y toda la escolta de *dorados*, en la que ya figuraba solemnemente Tiburcio Maya.

Se había soltado un frío terrible, y los rebeldes, con las manos agarrotadas, aflojando las riendas de los caballos, marchaban al galope montaña abajo. A grandes voces y en plena carrera, Villa transmitía órdenes a sus segundos: por dónde debía entrar Pablo López y con cuántos hombres, por dónde Nicolás y con cuántos, por dónde Ríos con los suyos; y luego, cada uno de éstos fue formando a sus grupos, instruyendo a los hombres uno por uno, y todo en plena carrera. A poco galopar entraron al camino real y voltearon directamente rumbo hacia el Sur, rumbo a Namiquipa. Cerca, ladera abajo, se arrastraban indolentes las aguas del río de Santa María.

—Esta noche vamos a dormir en casas —gritaban—, ¡y bien calientes!

Fueron cortando los hilos del telégrafo y del teléfono sin dejar de galopar. Los caballos destrozaron bien pronto la distancia con sus remos poderosos y sus duros cascos herrados, y fue agrandándose una mancha blanca que se veía en el costado de la montaña. Los rezagados oyeron los primeros tiros, que no detuvieron ni un segundo la marcha, y minutos después, en la plaza principal de la población, junto al quiosco japonés de

columnas de hierro, Francisco Villa, vencedor de la guarnición carrancista, daba su saludo al pueblo:

«Mis hermanos de sangre y de raza: yo soy el perseguido Francisco Villa. Ahora, no nomás los carrancistas me quieren coger, sino también los americanos dicen que me llevarán...».

Esa noche los villistas durmieron en casas, y muy calientes; pero a la mañana siguiente salieron a la carrera. Los espías informaron a Pancho que una columna americana venía a toda prisa del rumbo de Casas Grandes, y que el general carrancista Cano se acercaba también, por la dirección de Temósachic.

Con éste se encontraron los villistas a su salida, y cambiaron unos cuantos tiros; teniendo mejores caballos, y más ganas de escapar que los soldados de perseguirlos, no combatieron mucho tiempo; la escaramuza fue breve. Tres o cuatro de la retaguardia quedaron rezagados para siempre, y la columna federal entró a Namiquipa, a recoger los despojos de los soldados del coronel Salas, derrotados la víspera. Se les reunieron los miembros de la Defensa Social, que habían evacuado la plaza, y enterraron los muertos en un hoyo a la orilla del río.

Por la tarde llegaron los primeros soldados americanos: veinte o veinticinco, trotando en altísimos caballos de largos remos y guiados por un indio apache de Nuevo México, que mal hablaba el español. Tras la vanguardia llegó, enfundado en un grueso abrigo gris plomo, el coronel Dodd, subjefe de la Expedición Punitiva del ejército americano.

—¿Osté sabe dónde va Pancho Vía?

El general Cano sonrió levemente bajo sus bigotes. Era

cosa que no se conocía nunca; quizá ni Pancho mismo lo sabía, porque él era así; repentinamente parecía acordarse de un olvidado camino, de una casi desaparecida vereda; entonces cambiaba de dirección, contramarchaba y por sorpresa derrotaba a alguna pequeña guarnición que tenía noticias de que los rebeldes iban huyendo hacia el rumbo opuesto a cincuenta kilómetros de distancia... Pero el militar mexicano tenía que contestar algo, y con su diestra señaló el rumbo del Sur.

—Por ahí.

El jefe americano se alzó sobre los estribos de su montura para ver si percibía siquiera el polvo, pero sólo vio quietud y verdura en el bosque misterioso.

* * *

Pernoctaron en San Jerónimo, río arriba; antes de desensillar habían echado cuentas: faltaban doce hombres desde que salieron de la Sierra de la Culebra.

—Nos salió barato el susto que dimos en Namiquipa —dijo Pancho Villa, y luego llamó a todos sus generales y jefes a una conferencia de guerra, como él dijo tratando de ser solemne.

—Yo siempre acostumbro, y ustedes lo saben bien —comenzó diciéndoles—, tomar las medidas más buenas para la campaña; muchos de ustedes mismos no saben siempre para dónde vamos, y si vamos de huida o a sorprender a algunos carrancistas. Pero esta vez la cosa es diferente; tenemos que hacer una guerra internacional, y quiero que me digan qué opinan de la cosa, cómo le vamos a hacer. Los voy a oír, y luego les digo qué acordamos en definitiva por unanimidad.

—Yo opino —dijo el general Chávez, de Sonora— que debemos irnos al Sur. Mientras más lejos estemos del lado americano, es más difícil que nos encuentren.

Necesitarían meterse muy adentro.

—Y si llegáramos a Durango, mejor —agregó Martín López.

—Me parece que debíamos dividir la gente, y citarnos muy al Sur; no atacando a nadie no se sabría dónde andábamos, y podremos caerle a Parral.

—De ningún modo volvernos al Norte, porque debe de haber muchos, muchos *güeros*.

Nadie más opinó. Villa, con los ojos fijos en algún punto del suelo y las manos en la empuñadura de sus pistolas, habló despacio. Su voz, dominante y fuerte, paralizaba toda réplica. Parecía hablar con puñetazos.

—La mera verdad, es mejor salir para el Sur. Si algunos gringos se adelantan, podemos darles una emboscada; mientras más de jilo vayan, más fácil es que se desprenda alguna columna chica. De modo, pues, que salimos al Sur. ¿Nada más se les ocurre?

—¿Me permite usted hablar? Pancho levantó la cabeza.

—Suéltala, Tiburcio; no te la tragues.

—No hay en la sierra baja ningún grupo fuerte de carrancistas; solamente cuando nos ataquen carrancistas por un lado y americanos por otro debemos dividir la columna. Antes podemos derrotar a todas las guarniciones desde aquí hasta el límite de Durango. Luego, en cuanto sepan los rancheros que vienen los americanos, se nos van a juntar, aunque no hicieran igual los soldados. Quién sabe si pudiéramos llegar otra vez hasta Torreón...

—No tantas ilusiones, viejo. La primera parte está bien. Vamos a seguir juntos y derrotar a todos los carrancistas que podamos; pero no debemos salir del Estado de Chihuahua, porque dirán que le tuvimos miedo a la Punitive. En cuanto los *güeros* se hayan extendido, comenzamos con las guerrillas por todos lados, como hemos estado peleando un año contra los carrancistas. No debemos dejar de pelear contra ellos, aunque nos cueste mucha sangre. Y cuantas veces podamos les repetimos lo de Columbus.

—¿Habrá mucha gente por Guerrero?

Se volvieron las miradas hacia Ríos, que había estado ahí días antes del asalto al lado americano.

—Cuando yo me fui al Norte estaba ahí el general Cavazos, con cinco o seiscientos...

—Le damos...

—Seguro...

—No más que nos vamos rodeando, como si fuéramos para Cusi, y si se mueven un poquito les caemos...

Todos asintieron con la cabeza. Se les cerraban los párpados de cansancio, después de haber galopado ochenta kilómetros. Se fueron a dormir y Villa, como de costumbre, montó a caballo para que nadie supiera dónde se acostaba.

—Buenas noches, general.

—Buenas te dé Dios, Tiburcio. Eres valiente y tienes buenas cosas en la cabeza. Cualquiera día te hago general...

El caballo dio un salto y emprendió el galope. Los cascos desprendieron una estela de chispas del empedrado de la callejuela.

Diálogos

El 27 de marzo, muy de mañanita, cuando había aún escarcha en las ramas verdes de los sauces llorones, y costras de hielo en los charcos, Villa y sus hombres cayeron sobre Miñaca, agitando el aire quieto con sus gritos y sus disparos: rodearon el cuartel de los carrancistas situado frente a la semidestruida estación, y capturaron a oficiales y soldados en calzones, medio dormidos, tiritando al rigor de aquel clima durísimo para ellos, pues en su mayoría eran raquíticos hombrecillos llevados de la benigna zona templada.

Fueron como doscientos los que echaron pie a tierra y entraron atropelladamente al cuartel, en cuyo patio, en un rincón, se apelotonaron los soldados prisioneros, a quienes mantenía reunidos y quietos un fusil ametrallador Rexer, que rápidamente habían colocado los villistas sobre sus tres patas de acero, en el cubo del zaguán de entrada. Sonaban a vuelo las campanas de la iglesia cercana, y a su vibrar parecían rasgarse los velos de la neblina.

Villa entró a caballo, que resbalaba sus cascos en las húmedas losas de cantera. Tras él, empujado a culatazos, entró un muchacho a medio vestir, de larga melena despeinada y ojos asustados.

—¡Carrancistas! —gritó Villa—. Vengo a hablarles como hermano, con ganas de que hagan caso de lo que les digo y me den la razón; yo no vengo ya peleando contra ustedes, que son de mi misma raza, sino que me traín perseguido los americanos del otro lado. Vienen detrás quién sabe cuántos miles de soldados yanquis, que para agarrarme como fiero y llevarme vivo o muerto para los Estados Unidos. Esto le conviene a Carranza,

pero los demás mexicanos deben avergonzarse de tener a los americanos aquí dentro. Miren no más este papel que le quité al telegrafista: es un mensaje para Cavazos, su general de ustedes, informándole de que vienen los gringos contra mí. Oigan: «Las tropas de la Expedición Punitiva han aumentado a doce mil hombres, de caballería y artillería, con veintiocho piezas entre morteros y cañones de distintos calibres, doscientas ametralladoras y cuerpo de ingenieros; las avanzadas llegan a doscientas cincuenta millas al sur de la frontera...».

Dirigiéndose al muchacho llevado a culatazos, que fijaba en él sus ojos dilatados por el pánico, le preguntó:

—¿Quién mandó este telegrama?

—El coronel Salas, de Namiquipa.

—¿Ya lo ven? Es de la pura verdad que los americanos vienen detrás de mí. Dicen que doscientas cincuenta millas; no sé a punto cierto dónde mero será eso, porque yo no mido así, pero el caso es que no deben estar muy lejos, porque se traían buenos caballos. Yo no quiero hacerles a ustedes ningún daño, no más les pregunto si se van a quedar con los brazos cruzados ante los americanos. Todos los rancheros de Chihuahua van a echarles bala, y aunque todos ustedes no son de aquí, sino que me los han traído quién sabe de dónde, tienen la misma obligación. Yo los invito a que se vengan conmigo a defender a la patria. A ver qué me contestan.

Los prisioneros permanecieron callados. Se advertía que temblaban, no de miedo, sino de frío; pegaban sus cuerpos unos a otros para calentarse. Ninguno se atrevía a hablar.

—¡Ora, changos! ¿No oyen que les estoy hablando?

¿Se vienen conmigo, o qué? Del montón salió una voz

clara.

—No vamos con bandidos, ni a la gloria eterna. Estalló la masa en gritos:

—¡Viva Carranza! ¡Viva el Supremo Gobierno! ¡Viva el general Cano!

Se agitaron los soldados, levantando los brazos, y algunos avanzaron hasta el centro del patio, lanzando imprecaciones contra el jefe enemigo, que hizo retroceder su caballo hasta el zaguán, tras el fusil ametrallador que permanecía sobre sus patas grises, largo como una grulla que volara contra el viento.

—¡Viva Carranza!

—¡Entonces, friéguese!

Con la mirada centelleante dio una orden, y el Rexer comenzó un redoble rapidísimo de disparos. Cayeron ensangrentadas sobre los cuadros de cantera los soldados que habían avanzado hacia el centro del patio. Por un instante, se levantó un griterío que ensordeció momentáneamente los disparos.

Villa salió hacia la estación seguido de Tiburcio Maya, que, a caballo, había estado junto a él aquellos cinco minutos. Tras él se fueron apagando los gritos, continuando, uniforme, el funcionamiento del mortífero fusil.

Enfrente de los almacenes de la estación se detuvo. Un soldado le tendió un bote de lata que humeaba.

—Calientito el café, mi general.

—Venga...

Bebió a grandes sorbos, abierta la boca enorme, y al terminar, se limpió los bigotes con el dorso de la mano.

—Lástima de pelones —dijo a Tiburcio—, porque eran muchos, y aunque no valen tanto como los nuestros, de

algo podían haber servido. ¿Cuántos serían?

—Los conté uno por uno mientras usted hablaba, mi general: incluyendo al general Cano...

—¡Cómo! ¿Ahí estaba?

—Sí, fue el que gritó que él no iba a la gloria eterna...

—Con bandidos, ¿no? Bueno, ¿cuántos eran por todos?

—Ciento setenta y dos hombres.

—Mientes. Eran ciento setenta y dos, pero no hombres, ¡traidores!

—Ellos creían que no debían juntarse con nosotros... ¿Si Carranza hubiera atacado a los americanos, usted se hubiera puesto a sus órdenes?

—Y tú, ¿los defiendes?...

Le miró fijamente. Si Tiburcio le traicionaba no viviría un instante más.

—Yo seré villista hasta que muera...

—Entonces, cierra el hocico.

El Rexer había terminado, y del cuartel salía solamente un pesado vaho de silencio.

—¡Arriba, muchachos! A caballo los valientes. ¡Vámonos de frente!

Una sinfonía de alaridos fue siguiendo a la columna en su salida por las anchas calles polvosas, hacia la cabecera del Distrito, Ciudad Guerrero, que Villa había sabido que se encontraba en esos momentos sin guarnición carrancista, resguardada solamente por unos cuantos miembros de la Defensa Social. En media hora de galope estuvieron a la vista de la vieja ciudad serrana, inclinada suavemente hacia el río Papigóchic. Y echando

balazos al aire penetraron por las calles empedradas, cabalgando a la sombra de los sicómoros y de los troenos. A su presencia, los *defensos* escasos y sorprendidos salieron a remontarse en la sierra; otro vuelo de campanas y otro coro de gritos calentaron la mañana fría y perezosa y rasgaron la niebla, que huyó a la desbandada.

* * *

Pasado el mediodía, Villa supo que el general carrancista José Cavazos, que estaba en un rancho cerca de Guerrero, con el grueso de las tropas que constituían la guarnición de aquella zona, avanzaba a paso veloz hacia la ciudad, con el propósito de batir a los rebeldes. Rápidamente, quinientos jinetes salieron a su encuentro; ante ellos, la llanura escasa de vegetación se extendía bajo una neblina gris, que ocultaba las montañas cercanas. El zacatón, todavía seco, se alzaba a un metro de altura, y sobre él, los postes del ferrocarril señalaban la dirección de la vía férrea. Frente a Ciudad Guerrero, una extensa meseta se elevaba, cubierta solamente de piedras y pequeñas matas secas. A un lado, a la derecha, adivinábase el río Papigóchic, tras la cortina verde de los sauces llorones que inclinaban sus ramas hasta tocar el suave oleaje de las aguas azules.

Dos jinetes bajaron de la meseta como un alud y guiaron sus caballos hacia el grupo donde comprendieron que se encontraba el general en jefe, a quien informarían.

—Aistán ya los carranclanes.

—¿Cómo vienen?

—A pata. Si mucho, serán cincuenta los de a caballo.

Haciendo un ademán con su diestra, Villa ordenó desmontar. Avanzaron todos a pie, carabina en mano, acomodándose sobre los hombros las cruces que formaban las cananas pesadas de parque. Otros se llevaron la caballada a orillas del río, donde la amarraron. El mismo jefe con todos sus generales, sus *dorados*, sus oficiales del *Estado Mayor*, avanzó a pie, subiendo rápidamente la ladera ligeramente inclinada de la meseta. Su ancho sombrero texano, que mantenía en mitad de la cabeza, fue el primero en asomarse a la planicie. A lo lejos, a dos kilómetros, se veía la línea oscura de los soldados enemigos.

—Agachen las cabezas... No se asomen hasta que yo dispare.

—Échense en tierra, no disparen hasta que el general Villa dé la señal.

A gritos llegó la orden hasta el extremo de la línea villista y todos fueron tendiéndose en tierra, buscando la defensa de los grandes pedruscos. Sobre sus cabezas la neblina fue adelgazándose, y a poco el sol puso tonalidades amarillas en la parda meseta.

Con su mirada certera de ave de rapiña, que desde las nubes entre las que vuela distingue los reptiles que se arrastran entre las piedras, el jefe abarcó de un golpe la línea enemiga, la dividió por los claros de luz, midió la profundidad de las masas, calculó por el polvo que se elevaba, confundiéndose con los últimos jirones de la niebla. Sumó el número de los jinetes que descuidadamente avanzaban a tres o cuatrocientos metros de la infantería, y dijo a los que le rodeaban:

—No pasan de quinientos. Estamos uno a uno. No creo que nos peguen, pero si acaso, reulamos hacia Guerrero, y ahí los esperamos, si es que se atreven a venir

detrás.

Sus oficiales corrieron la voz.

—Si nos empujan, nos afortunamos en las primeras casas.

Cerca, entre dos moles de cantera blanquecina, un fusil Rexer marcaba su larga línea paralela al suelo; todavía estaba tibio y olía a pólvora quemada, pues esa misma mañana había disparado seis de sus curvos cargadores que parecían salirle del lomo como un paréntesis que se abriera. Otras ametralladoras se seguían en línea hasta la vía del ferrocarril, que bordeaba la meseta, todas apuntadas en una dirección misma, impacientes.

—El general ha de venir en esa bolita de montados.

—No lo creo, pero si viene se me hace que me pongo su águila en el sombrero dentro de un rato.

—Seguro, de aquí no sale por sus pies.

—¿Les tiramos ya?

—No te alborotes. Mientras ellos no tiren es que no nos han visto. Mejor darles el susto cuando los puédamos alcanzar con las balas.

La infantería que avanzaba se había quedado atrás, y los cincuenta jinetes seguían adelantándose al trote. Estarían como a cuatrocientos metros de los rebeldes tendidos en tierra, cuando Villa levantó su carabina, y llevando la contera al hombro, apuntó por un instante e hizo el disparo, inmediatamente todos sus hombres continuaron el fuego, que, por repentino, ensordeció. Las ametralladoras comenzaron a disparar con esas intermitencias que tiene y que parecen transmisión, en lenguaje telegráfico, de un macabro mensaje. En efecto, decían: «Aquí estamos los villistas, teniendo que combatir contra nuestros propios paisanos, cuando detrás

de nosotros viene una ola de hombres de otro país, inundando nuestro territorio».

«Eso no nos importa a nosotros», contestaron en el mismo lenguaje, aunque más lentamente, los fusiles de la lejana infantería carrancista, mientras los jinetes que no cayeron retrocedían al galope a protegerse tras de sus filas. «Nosotros sostenemos al Supremo Gobierno, que no ha provocado esa invasión, y que no quiere llevar al país a una guerra internacional desigual y tonta. Combatimos a los bandidos que retaron a un país amigo, y cuando los hayamos aniquilado sabemos que los invasores saldrán sin que disparemos contra ellos».

El tiroteo se hizo general en las dos líneas, aun cuando estaban muy lejanas una de otra, y las balas no llegaron a dominio enemigo.

Rápidamente, atropellándose sus palabras una tras otra, el Rexer dijo:

«Ésas son babosadas. Si tuvieran vergüenza y calzones, ya estarían echando bala a los americanos».

«Eso es», confirmaron con breves palabras los fusiles villistas.

Sobre la meseta, llena ya de claridad de día, de luces doradas y chispas rojas, de zumbido de balas y de gritos, llegó la respuesta.

«No nos faltan calzones. Lo mismo matan balas villistas que balas americanas. No nos preocupa escapar con vida, ni perderla. Hay algo que vale más que el hombre: la patria. El verdadero patriotismo no debe ser ciego. Sabremos salir con dignidad de esta situación, sin combatir al americano, pero sin tolerarlo. La justicia hará lo que por la fuerza no se puede, y los soldados de los Estados Unidos se tendrán que volver a su país.»

—Arriba, muchachos, vámonos acercando...

La línea villista se levantó y los hombres avanzaron al encuentro del enemigo. Callaron las ametralladoras, levantadas en vilo por sus sirvientes, y sin disparar un tiro, como en maniobras, los rebeldes emprendieron la carrera hacia adelante. Ya era mucho estarse echando habladas. De una vez matarse. No se pondrían de acuerdo nunca, y más valía acabar pronto. Unos u otros. Villistas y carrancistas no cabían juntos en el Estado de Chihuahua.

En mitad de la meseta la línea se detuvo, a trescientos metros de distancia del enemigo; ya comenzaban a caer los hombres en tierra al golpe de las balas. Volvieron a tronar los fusiles rápidos. Ya no enviaban mensajes, sino muerte. Como ellos, sin gritar, las falanges peleaban. Ni una injuria, ni un viva, ni un alarido inarticulado de esos que calientan la sangre a la hora del combate. ¡A matar! ¡A matar! Se arrojó al lodazal la fraternidad mexicana, se olvidó la raza y la sangre igual. Eran enemigos irreconciliables los que se encontraban frente a frente. «Ustedes o nosotros, y se acabó».

Un grito dominó la tormenta.

—¡Aquí está su padre Villa!

Todos lo oyeron, unos y otros. Parecía un trueno que se desarrollara sobre el campo. Y la línea de soldados comenzó a retroceder. El solo grito era un refuerzo para el enemigo. Pelear contra cualquier otro, de igual a igual, no es lo mismo que pelear contra el Azote Intangible. ¡Qué ganas de poderlo destrozar, pero, al mismo tiempo, qué difícil!

«No es hoy el día en que podamos destruirte —dijeron los fusiles, hablando con largas intermitencias—; mejor será otra vez.»

Su voz se fue alejando, cada vez más rápidamente.

En este lado comenzaron los alaridos de triunfo, los gritos de loor al jefe poderoso y fue decreciendo también, hasta cesar, el rugido de las armas. La cortina de polvo, que antes de la batalla surgía detrás de la línea oscura, cambió de posición, y la cubrió. La misma neblina se disolvió en la tarde. Bajo el sol brillante, un ángulo de garzas se deslizó, como si patinara en la cubierta azul.

—¡Ora, muchachos!, que se traigan los caballos, y seguimos a éstos hasta que no quede ni uno...

Villa y sus jefes se detuvieron en la llanura. El hombre se quitó su gorra de anchas alas y se abanicó la cara llameante. Dio a otro su carabina, tibia por cien disparos. No pudo expresar el pensamiento que le bullía. ¿Qué será lo primero que quiere decir un jefe triunfante? Si se tratara de un parte oficial, o de una frase para la Historia, diría:

«Una vez más, el esfuerzo de mis valientes soldados...». Pero no valía la pena. Antes de esa oportunidad había tenido otras cien para decir una frase.

—A ver, ¿quién trae agua?

Ocho o diez manos tendieron hacia él otras tantas cantimploras, y luego, el círculo formado en su torno se abrió para dar paso a una hermosa yegua encontrada horas antes en una caballeriza de Guerrero y que ahora llevaba en sus lomos redondos la montura bordada del general en jefe.

—Ora, súbanse toditos, y vámonos tendidos.

Cada quien fue hacia su caballo. Ante Villa la llanura quedó despejada. Sujetó las riendas, y puso la mano izquierda sobre la cabeza de la silla, y el pie en el estribo. Se dio un impulso para montar, pero se detuvo. Algo

le había tocado la pantorrilla derecha, y percibió adentro el golpe. Bajó el pie que había levantado, y al tocar tierra, sintió un dolor. Se miró. La mitaza de cuero (obra maestra de Francisco Tallabas) que le envolvía la pierna, tenía un agujero negro exactamente en el filo que marcaba el hueso; sintió que algo caliente le chorreaba pantorrilla abajo, y que el agujero redondo parecía ensancharse en una mancha roja.

Por un momento quedó con las manos apoyadas en la silla de montar, y la cabeza inclinada hacia adelante, para mirarse la pierna. La yegua, inquieta al ver a otros animales que ya comenzaban la carrera por la planicie, se impacientó y comenzó a golpear con sus cascos la tierra.

—Me dieron —dijo Villa en voz baja—; ¿de dónde diablos no tirarían, que me dieron en la pierna?

Los generales lo rodearon inmediatamente. Tiburcio puso una rodilla en tierra, y comenzó a palpar la pierna herida.

—No aprietes mucho, animal...

—Quiero ver si le rompió el hueso...

—Como a ti no te duele...

El viejo abrió las hebillas de la mitaza, descalzó la espuela y descubrió la pierna. El pantalón de pana estaba empapado de sangre. Suavemente fue tocando el hueso de arriba abajo...

—Más quedito, más quedito...

—No le hizo nada, mi general; debe haber sido una bala fría, que ya rebotó en una piedra, porque no tuvo fuerza para agujerar la canilla.

—Por las dudas, nos devolvemos...

Maya le ciñó la pierna con un pañuelo sucio, y lo ayudó a montar en la yegua. Sin entrar en su estribo, el pie derecho se quedó balanceando en el aire, y al paso, la tropa vencedora se devolvió hacia Ciudad Guerrero.

Tiburcio Maya lloraba, como no lo hizo cuando Villa le mató a la mujer, cuando le mató a la hija, cuando murió, llamándole, su hijo.

El Viejo se va

Toda la versatilidad del carácter de Pancho Villa, anormal incomparable, se desplegó como una tela al viento esa tarde. En la antigua casona del ricacho guerrerense, donde el rebelde se hospedaba, pasó varias horas en la más completa incertidumbre; a veces, culpaba a Tiburcio de la hinchazón de la pierna y de la calentura que iba apoderándose de él, y entonces pedía su pistola, que Nicolás previsoramente le había substraído, «para romperle el alma al viejo imbécil». Tiburcio se le acercaba mansamente, le tocaba la frente como a un niño, y al sentir la sangre hirviendo, le hablaba paternalmente: «Estése sosegado, don Pancho. Para la nochecita ya le pasó el bochorno». Y entonces, Villa se ablandaba, y rompía a llorar. Sin la menor protesta se dejaba lavar la herida con agua tibia, y su voz se tornaba suplicante al preguntar:

«¿Me la tendrán que mochar?».

Momentos después se sentía avergonzado de su debilidad, e intentaba ponerse de pie y echar a correr. «Me voy a soltar galopando hasta que la pierna escupa la bala». Costaba un triunfo volverlo a acostar en la cama

de grandes perillas doradas. De su frente brotaba el sudor a borbotones, e iba a humedecer la selva virgen de las melenas. De rojo como un disparo, se tornaba lívido como una queja. Y luego volvía a indignarse contra su curandero, reprochándole su falta de habilidad por no haber intentado sacarle la bala antes de que la carne se hinchara.

Todos estaban cerca de él; en la recámara, los más allegados rodeaban el catre ostentoso: unos le hablaban afectuosamente, tratando de convencerle de que pronto estaría bien; otros se limitaban a mirarle en silencio, como si trataran de adivinar por el aspecto del herido su suerte futura. Afuera, en el corredor de cinco arcos, los *dorados* se aglomeraban, cuchicheando; decían que había salido una escolta rumbo a Miñaca, a buscar al doctor Steelte, un *gringo* que era bueno para «componer cristianos», para traérselo a matabalho y que viera qué era bueno hacerle al *Viejo*. Pero lo que es andar de malas: en cuanto el *dotor* supo que los villistas lo andaban buscando, pues creyó que se trataba de agarrarlo porque era americano, y vengar en él la incursión de las tropas de su país, se afortunó en su casa, y cuando llegaron los *dorados* les hizo fuego. Otros dos americanos estaban con él: un tal Lindsay y otro Benjamin Snell, los tres echando bala. Y no hubo más remedio que contestarles, porque no entendían de otro modo. Los tres murieron, y dos villistas. Y luego al alemán Hermann Blackemberg, que tenía una ferretería, también lo consideraron americano, y como contestó que no cuando le preguntaron si sabía curar a un cristiano balaceado, *lo quebraron*.

—Total, que el viejo se queda sin que lo curen...

—Pos a buscarle las yerbas que él conoce...

—Y amarrarle la pata para que no eche sangre...

En el ancho patio en que los mastuerzos comenzaban a elevarse, y bajo los troenos de hojas gruesas y brillantes, como de cera, otros cuarenta de los escogidos

esperaban, tumbados en el suelo, en pequeños grupos, entre sus caballos inmóviles. Y afuera, en la calle de anchas banquetas enlosadas y una cenefa de sicómosos, el total de la columna, entre líneas, esperaba órdenes.

La noche volvió después de dar la vuelta al mundo. Tras las bombillas de cristal, ardieron las mechas empapadas en petróleo. En el patio, los de la escolta encendieron una fogata, porque el viento soplabá sin parpadear, y venía regando el frío de la sierra.

Y en la recámara en que Villa yacía calenturiento, todos los jefes se reunieron. La voz del herido volvió a tornarse grave y dura.

—Esto no me despacha, no más me tumba —dijo a todos, reunidos en torno del catre—. Voy a tener que aquietarme, si no quiero que me mochen la pata. De modo que los voy a dejar, pero no para que se rindan a Carranza, sino para que sigan peleando mientras yo vuelvo ya remendado. No crean que esto que tengo es cuestión de días. Ya me vide la canilla y me tenté bien el hueso. No voy a poder andar ni a pata ni a caballo en mucho tiempo. No me esperen para pronto. Fíjense en lo que les digo: ¿todos saben para San Juan Bautista en Durango?

—Naturalmente...

—Con usted hemos estado.

—Y si no sabemos, nos vamos preguntando...

—Al pelo. Dejamos pasar todo abril, y todo mayo... Para no hacernos bolas les digo de una vez que ahí nos

vemos el primero de julio. Si tienen necesidad, se separan unos de otros, siempre diciéndose dónde se vuelven a juntar. Si no, sigan en bola.

—Como usted mande.

—No sabrán dónde ando yo, y a los pueblos adonde lleguen digan que me mataron los *changos*. Así será más grandote el susto que lleven en cuanto me vean de vuelta.

—¿Pero qué, se va usted solo?

—Me llevaré unos poquitos.

—A mí.

—A mí también.

—¿Y luego yo?

—Después les digo quiénes me siguen. Primero vamos a ver quién se queda de jefe. Alguno tiene que hacer de punta mientras yo esté agachado. Aistá Nicolás Fernández, que viene conmigo desde que nos juntamos a don Francisco Madero...

—Si me permite, mi general...

—Suéltala.

—Yo prefiero irme con usted.

—Ya tengo otro plan. Sólo dos muchachos se quedarán conmigo.

—Pero no van a poderlo llevar entre dos hasta donde usted quiera.

—Es verdad. Ve, pues, diciendo.

—Yo.

—Nicolás Fernández, uno.

—Ernesto.

—Ernesto Ríos, dos.

—Tiburcio.

—Tiburcio Maya, tres.

—Reynaldo.

—Reynaldo Mata, cuatro.

—Los dos Álvarez.

—Juan y Joaquín, seis.

—Bernabé Cifuentes, Marcos Torres...

—Ocho.

—No más.

—No más. Otra vez la burra al trigo. Vuelvo a decirles que hay que nombrar un jefe, al que todos obedezcan mientras yo vuelvo...

En la penumbra del cuarto los veinte hombres ahí reunidos se vieron las caras.

¿Quiénes querían el puesto de segundo, y quiénes estaban dispuestos a obedecer?

Había un indio yaqui, de una cara rojiza y brillante como un perol de cobre. Entre los huesos de los hombros, levantados en curva, y el cuello flaco, dos cartucheras se cruzaban. En la cintura, una doble, en la que no cabía un cartucho más, parecía ponerle una coraza. Se llamaba Francisco Beltrán, y era general.

—¿Te quieres quedar de segundo, Pancho Beltrán?

—El indio hará lo que le ordene la general Villa.

Su cara quedó inmóvil, como una máscara enrojecida al fuego. Ni una expresión de orgullo por ser el escogido, ni una mirada de superioridad sobre quienes quedaban a sus órdenes.

—Me gustas porque hablas poco y pegas mucho. No te rajarás nunca, y conoces Chihuahua tan bien como Durango, y los dos tan bien como tu sierra de Sonora. No más te digo que si por alguna causa no puedes llegar a San Juan Bautista, Durango, el primero de julio, me tengas gentes que me avisen por dónde te has metido.

—Si el indio no lleva a toda la gente, el indio estará solo en la Duranga, esperando.

—Arreglados entonces. ¿No hay quien se oponga?
¿Aceptan? Todos levantaron la mano.

—¿Firman un papel?

—Seguro que sí.

—A ver, pues, escribe tú: «Los suscritos reconocemos la autoridad del general Francisco Beltrán, como segundo del general Francisco Villa, y ofrecemos respetarlo y obedecerlo».

—Res... pe... tar... lo... yo... be... de... cer... lo... Punto.

—La fecha.

—Ciudad Guerrero, Chihuahua, a 27 de marzo de 1916.

—Ora vayan firmando, aquí, enfrente de mí...

Uno a uno pasaron, y luego saludaron de mano al indio de la cara inmutable. Se salieron del cuarto. Hacía un frío quieto, porque el viento se había dormido en los contrafuertes de la sierra. Sobre el pretil, frente a la puerta de la recámara, Marte parecía un cañonazo apresado por la noche en la red infinita de las constelaciones. Dormitan los rebeldes envueltos en sus cobijas, y en el corral cercano se escuchaba el cocear inquietante de los caballos.

Nicolás y Ernesto llamaron a todos los nombrados en la

lista de los ocho, y en un rincón del corredor de cinco arcadas los estuvieron aconsejando. Tiburcio salió luego a buscarse un guayín.

—A ver si encuentras uno bueno en casa de los Chávez.

—O de los Casavantes.

—Con todo y mulas.

—Aquí te estamos esperando.

Se pusieron a fumar, cada uno pensando por dónde irían a salir con el jefe herido, porque Villa no dijo a nadie el rumbo que tomarían a la mañana siguiente.

* * *

El alba pasó rápida, volando sobre el silencio. Desde que comenzaron a cantar los gallos el viejo Pancho estuvo terqueando con que ya era hora. Había amanecido sin fiebre, y entonces Nicolás le puso otra vez en la funda la pistola que le había ocultado la víspera.

Frente a la casa estaba ya el guayín, de limpio toldo de lona blanca, y dos mulas rosillas. Tiburcio en persona estaba sentado en el pescante. Y entre Nicolás y Ríos, con los dos Álvarez, sacaron al *Viejo* con la pierna envuelta en una frazada, y metiéndole al guayín por atrás, lo acostaron en un colchón tendido adentro. Se aglomeraron los villistas rodeando el carricoche, con ojos espantados, y Villa tuvo que incorporarse a medias apoyándose en los codos.

—No más me voy por un rato, hasta que se me desentuma la pata. Pero todos digan que Pancho Villa está muerto, y que ustedes vieron cómo lo llevaban a enterrar. Ya sus jefes saben dónde nos vamos a ver, y

cuándo mero. De modo que sigan peleando, que quedan bien mandados.

Se despidieron todos los generales, apretando la mano forzuda del herido.

—Hasta luego. No se les olvide dónde.

—No, general.

—Ni cuándo.

—Tampoco.

—¿Para dónde vamos? —preguntó Tiburcio soltando la retranca.

—No te importa, viejo preguntón. Tú nomás vete de frente y cuando yo te diga «Voltea», volteas.

Tiburcio chasqueó los labios dos veces, y las mulas partieron al trote por la calle empedrada. Se desató una explosión de gritos y tiros al aire, que duró hasta que el guayín tomó el camino a Miñaca y subió la mesa. Siete hombres, al trote de sus caballos, lo rodeaban.

Y cuando Ciudad Guerrero emergía de la bruma de la madrugada a recibir el primer rayo del sol, Villa habló al cochero:

—Ora sí, viejo; para que te lo sepas; te vas sin tocar pueblo, todo el día y toda la noche, hasta amanecer en Los Álamos.

El guayín rodó por la llanura lisa y pelona, al galope de las mulas rosillas de los Chávez.

La trampa se cierra

Desconfiado, Tiburcio avanzó en la sombra; a tientas supo cuándo trasponía la boca de la cueva y volvió los ojos hacia el cielo; la vía láctea se alargaba sobre su cabeza, como un río de mundos que corriera precisamente en medio de los cantiles de la barranca. Entre los dos encinos que ocultan con sus troncos y ramajes la entrada del refugio se detuvo un instante, queriendo taladrar con su mirada el hálito negro que envuelve las cosas de la tierra, y al sentirse ciego, retrocedió un paso, como si lo impeliera hacia atrás la fuerza expansiva de las tinieblas. Teme que la noche lo vigile, que el silencio, anidado en las copas de los pinos, le prepare una traición y vaya a caer sobre él como un pájaro nocturno. Si no fuera por el impulso del viento, se hubiera creído aún dentro de la cueva; tal era la sombra.

Decidido a avanzar, se deslizó por entre las rocas salientes y los hoyos del reliz vertical, en la ruta que él, Juan Álvarez y Marcos Torres recorrían, desde el día de la llegada a la sierra. Parecen quejarse tras él, al recobrar su posición, las plantas que ha hollado, y al sentirse nuevamente libres, las ramas de arbustos o las jarillas, de las que se ha asido para asegurarse en su descenso, azotan la pared de piedra. Pisa en falso y lanza un pedrusco rodando hacia el misterio de la sima, desafiando al eco de la barranca, que oscila en movimiento de péndulo entre los relices.

Comprendió que el ruido inconfundible había entrado a la cueva, y adivinó el pensamiento del cabecilla herido: «Ese viejo imbécil de Tiburcio... Ojalá y de una vez se haya hecho tortilla contra las piedras». Sonrió y siguió bajando. El silencio, que regresó al apagarse el eco, le pareció entonces protector, imaginándose que le daba

aviso de que no había sino vacío dentro de las tinieblas. Y descendió más rápidamente. Llegó hasta la cueva del primer tramo, y de ahí el camino fue más fácil, pues había una vereda transitada a veces por las cabras salvajes. Abajo comenzaba ya el rumor de las aguas del arroyo, monótonas, como si respiraran acompasadamente en su sueño. «Me he de estar volviendo gato, porque ya diviso algunas cosas en lo oscurito; ya veo donde termina el cantil de enfrente, la silueta de los pinos, y hasta algún reflejo de estrella en las aguas del fondo.» Siguió andando sin muchas precauciones, y hasta tarareó en voz baja una cuarteta de los primeros tiempos del maderismo, cuando Rivero y Saracho derrotaron a los revolucionarios en Aldama, y recogieron al jefe, sangriento y moribundo:

Gritaba Pancho Portillo:
El miedo no lo conozco;
mi sangre que ven correr
la venga Pascual Orozco...

«Mi sangre que ven correr..., mi sangre que ven correr... ¿Quién la vengará? Si no vuelvo esta noche o mañana, o cualquier otro día, el jefe creerá que lo he traicionado y que lo abandoné otra vez. Lo creerá, porque ya me le pelé antes. Y aunque me hayan matado por él, no ha de saberlo, y cuando eche a perder algún cristiano, seguro estoy que no habrá de decir: “Éste paga la muerte de Tiburcio Maya”».

Nuevamente su espíritu se encogió como un animal en acecho y tuvo ganas de regresar a la cueva. «¿Pero qué le voy a decir al viejo? ¿Que me amiedé? ¿Que es mejor que nos esperemos a ver si llegan mañana Torres y Juan Álvarez?» Prefiero continuar. Después de

todo, si lo agarraban, no llevaba armas encima, ni papeles, ni sus ropas tenían manchas de sangre; le preguntarían quién era y lo dejarían ir, como a cualquier ranchero.

Llegó hasta el fondo de la barranca, se tendió barriga abajo a beber agua, y después fue siguiendo la orilla del arroyo hasta donde los cerros se dividían y varias corrientes se juntaban. Las montañas se iban haciendo más bajas y planas, y los ojos de Tiburcio presintieron, más que vieron, la planicie. «Tengo ojos de gato, y si soy gato, tengo siete vidas.»

A la derecha había un macizo de álamos donde Martín Torres y Juan Álvarez debían estar con los caballos, a la orilla del arroyo. Creyó percibir olor de majada, y caminar por tierra recién removida por pisadas de hombres o animales; venía haciendo ruido, y si alguien se encontraba en la arboleda, sin duda le estaba espiando.

—Soy yo, Tiburcio.

Se detuvo a esperar respuesta, seguro de que le habrían oído, a pesar de que apenas habló en voz natural para que su palabra no llegara demasiado lejos. No obteniendo respuesta, siguió caminando hacia los árboles. Bajo las copas era aún más tenebrosa la acechanza del misterio. Ponía los pies sobre una costra blanda de hojas y ramas, de hierbas frescas. Se detuvo, recargándose en los troncos de los álamos. «Ya se pelaron estos desgraciados.» En efecto, ni un rumor de gentes o de animales, y eran dos hombres y seis caballos los que debían estar ahí. «¿Habrán visto enemigos rondar por estos rumbos? ¿Los habrán agarrado y se los llevaron a Parral o a Balleza?

¿Los habrán matado si no pudieron sacarles dónde estaba el jefe? Lo mejor es que aguarde yo aquí hasta

que amanezca y piense lo que es mejor hacer.» Se decidió a buscar un sitio donde la capa de hojas y hierbas estuviera más espesa, para acostarse, y anduvo a tientas un momento, dando pisadas de tanteo en la hierba.

—¡Rrrac!

—¡Me lleva...!

Inmediatamente se dio cuenta de lo que había pasado, como si lo hubiera visto: su pie tocó el centro de una trampa pesada, de las que usan los americanos para los osos, y las dos mandíbulas de dientes triangulares se cerraron de un golpe atrapándole la pantorrilla. Sentía las puntas encajarse en la piel, a través de las gruesas mitazas de cuero.

—¡Cómo seré idiota!

Se sentó en el suelo e intentó abrir aquellas fauces de acero que le tenían sujeta la pierna. Con la sola fuerza de sus brazos le fue imposible; quiso moverse a otro sitio para buscar algún palo grueso, pero se dio cuenta de que la trampa estaba encadenada a un árbol. A tientas advirtió un grueso candado que cerraba la lazada. «He caído como el más animal de los animales, y me tienen cogido.» Sabía que era necesario una palanca de hierro para abrir aquellas quijadas semicirculares, y comprendió que estaba a merced de quien hubiera puesto la trampa. «¿Será un cazador, o... los gringos?» Un cazador no hubiera sido motivo de que Juan Álvarez y Martín Torres se largaran con todo y caballos. A dos o tres pudieran haber *amansado* a tiros. «No tiene vuelta de hoja, fueron los punitivos.» Le comenzó a doler la pierna, oprimida por la presión tremenda de la trampa; debía de estar sangrando, cuando menos, por un punto de cada lado.

«Tengo tanto remedio como un muerto sepultado. ¿Y

ahora, hasta cuándo vendrán esos valientes? Sin duda con la mañana, porque deben de haberse ido a acostar en algún punto fortificado, donde estén protegidos en su sueño por un cordón de centinelas y algunos atrincheramientos.»

«Y para remate, ni pistola me eché al cinto. Menos mal que la hubiera traído, porque encontrarían un oso muerto en su trampa. Pero soy un bruto que ni en eso se fija. Por aquí todos usan pistola, y a nadie le hubiera extrañado que yo la portara. Bien piensa el jefe que hubiera sido mejor que me hubiera hecho tortilla al bajar la barranca.»

Así, monologando, oyó pasar las rodadas de la noche por encima del bosque. Tendido de espaldas en la hierba sintió la humedad del rocío. Exhaló un largo bostezo; los ojos le dolían y le pesaban los párpados. Estiró los brazos en un perezoso ademán y se quedó dormido.

Lo despertaron unos ladridos disparados sobre su cabeza; dos animales de hocico aguzado, amarillos como coyotes, retozaban junto a él, produciendo una algazara medio hostil, medio juguetona; se alejaban momentáneamente, lanzando un largo alarido hacia la llanura, y volvían a dar vueltas alrededor del prisionero, gruñéndole y tirándole cortos zarpazos. «Ni más ni menos que si hubiera sido una fiera; ya sólo me falta que me destacen y pongan mi pellejo, estacado, a secar.» Acostado en el suelo, como él estaba, su oído percibió el temblor de la tierra al acercarse un tropel. Los perros policías se alejaban corriendo y regresaban a dar una vuelta en torno del cepo captor. Al percibir un silbido humano, Tiburcio se incorporó a medias en la sabana del follaje. «Ahí están ya. Me conformo con que no me hagan hablar en perro.»

El bosquecillo se agitó al trote de caballos. Voces hu-

manas llamaron a los perros en un lenguaje casi desconocidos para Tiburcio, que le recordaba las tres únicas horas de su vida que había estado en tierra extraña, aquella madrugada de marzo.

—Oh little dogs! Come on...

—*Los punitivos.*

Los perros desaparecieron un momento y regresaron con la turba de hombres: soldados americanos vestidos de amarillo, con sus sombreros de guano color olivo echados sobre la frente y el barboquejo amarrado a la nuca rasurada. Entre ellos, dos o tres indios pieles rojas, con sus sombreros de palma, gachos hasta los hombros, y largas mechales. Eran los guías e intérpretes de la Expedición Punitiva. Y luego, un sargento gigantón que se abrió paso entre sus soldados, curiosos.

—Say, old man, who are you?

—A mí hábleme en cristiano...

—Dice que quién eres tú, viejo...

—Vaya, pues, hasta que hubo uno al que entender. Algo salimos ganando con que vengan los indios a robarse el ganado...

—Who are you?

—¿Quién eres?

—Si me suelta la pata, les digo...

—Oh, hell! Tú decir si ser villisto.

—Otro que mejor ladra. Tú primero soltarme pata, yo decirte cómo llamarme, gringo pecoso...

—All right! You, fellows, free him!

Dos soldados abrieron las quijadas de la trampa de

osos, y Tiburcio pudo erguirse. Brincando sobre un pie fuese hasta un árbol próximo y se recargó en el tronco. En un instante formuló su plan. Sus ojos grises se animaron, y jovialmente fue contestando con rapidez las preguntas del intérprete indio.

—¿Cómo te llamas?

—Juan Pérez.

—¿De dónde?

—De mi rancho.

—¿Y por dónde queda tu rancho?

—Río abajo de Guerrero.

—¿Adónde ibas?

—A Parral.

—¿A pie?

—A caballo.

—¿Dónde está?

—Me bajé ayer en la tarde cerca de un arroyo, a tomar agua y hacer otra cosa que no te importa saber, y cuando estaba más ocupado, el caballo echó carrera y no lo pude agarrar.

—¿Tienes armas?

—En la montura se fue mi carabina.

—¿A qué ibas a Parral?

—A buscar trabajo.

—¿Por qué saliste de tu rancho?

—Porque no tengo semilla para sembrar este año.

El piel roja comenzó a impacientarse. Si el viejo estaba mintiendo, trabajo iba a costar sacarle algo cierto en

limpio. El sargento, que medio entendía preguntas y respuestas, metió su cuchara:

—¿Tú conocer Pancho Villa?

—¿Yo? Que me libre Dios de tratar a ese bandido...

—¿No saber dónde estar?

—Debería estar en el infierno, cociéndose en aceite.

Tampoco por ese camino. Estos mexicanos mañosos qué difíciles son cuando se proponen aparentar ignorancia. Todos los días eran los mismos trabajos con ellos. Los viejos y los niños, las mujeres y los hombres, todos contestaban lo mismo; nadie parecía querer a Villa, pero ninguno daba la menor señal de su paradero; ni siquiera rumores que nunca debían faltarse. ¡Qué difícil era dar con Villa! Bien se sabía que estaba herido, que había pasado en un guayín por el rancho del Mortero, rumbo hacia el Sur. Tras él fueron destacadas muchas columnas volantes, con instrucciones de capturarlo vivo o muerto. Hasta Parral llegó el 12 de abril, con sus soldados, el mayor Tompkins, siendo recibido a balazos, y marcado él con un agujero arriba del corazón, por el que estuvo a punto de salirse la vida. El mayor Roberto L. Howze iba paralelo a Tompkins y el 13 de abril se balaceó en Balleza con los villistas, que se largaron sin dejar ni un prisionero ni un herido que pudiera darles datos. De nada sirvió tampoco «echar rialadas» con todos los vecinos de Santa Cruz de Villegas, hombres y mujeres, y tenerlos toda la noche encerrados en un corralón. Ni el menor informe. ¿Dónde se habrá metido ese Pancho? Al sur de Parral no se vio el guayín, luego debe andar por este rumbo.

—You sonofagun! Tú decirme dónde está Villa, o yo romperte tu cara...

Tiburcio respondió con un movimiento de hombros y

una mueca de desprecio; ya comenzaba a fastidiarse. «Me lleve el diablo con estos bolillos. Ya me están jorobando la paciencia.» Intentó dar un paso, pero la pierna herida se le dobló. Estaba perdido. Cualquier intento de escapatoria era absurdo. Sin embargo, si lograba despistar a los americanos sobre su identidad de villista, lo pondrían en libertad tarde o temprano. Sacó del bolsillo un cigarro de macuche, y lo iba a torcer cuando el indio se lo tiró de un manotazo:

—Viniendo de tu rancho, ¿pasaste por San Antonio de los Arenales?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—¿Ya estaban ahí las tropas americanas?

Tiburcio se comprendió en difícil trance. Era casi seguro que estaban, porque ése era su camino. Titubeó.

—¿Americanos?... ¿Quiere decir soldados americanos?

—Yes. Soldados como nosotros.

—Sí, había.

—¿Muchos o pocos?

—La mera verdad que no me puse a contarlos.

—Oh damned greaser! ¡Si tú estar en San Antonio, tú no poder salir sin pasaporte! You, red, tell him general Pershing is there.

—Dice el sargento que te diga que ahí, en San Antonio está el general Pershing con el Cuartel General de la Expedición Punitiva, desde el 4 de abril. Si pasaste por ahí debes tener tu pasaporte.

—No me dieron nada.

—¿Cómo saliste entonces?

—De noche...

Se fastidieron. Aquel viejo era peor que una mula. Por la buena no se le sacaba nada. El apache arrojó su sombrero al suelo, dejando al descubierto la cabeza pilonuda y el greñero indomable. Se rascó la cabeza, como para producir alguna idea. No se le ocurrió otra cosa que emplear el suplicio, y consultó con el sargento, que respondió:

—Nosotros tener órdenes no molestar mexicanos pacíficos.

—Pero éste debe ser villista, estoy seguro.

—Entonces, llevármelo preso.

—Yo lo hago que diga todo lo que sabe.

—Oh, don't bother me any more! No molestarme más a mí. Yo entregártelo. Tú no ser del ejército americano, tú poder hacer lo que quieras con mexicano.

Dio media vuelta y se alejó, abriéndose paso nuevamente en el círculo de soldados. Él dejaba a los indios hacer lo que les diera la gana. Si alguna noticia le sacaban al mexicano, mejor, y si no, él no tenía ninguna responsabilidad. Si le acusaban de crueldad con los nativos, entregaría a los guías apaches, y asunto arreglado. Satisfecho de su habilidad, pegó un mordisco canino a la pastilla de tabaco prensado.

Tras él, los indios habían maniatado a Tiburcio, sujetándolo al tronco del árbol. Rápidamente le quitaron las mitazas y las teguas, dejándole al descubierto los pies morenos. El viejo adivinó.

—Perros malditos, bien merecen que los traten como

esclavos. No sirven para otra cosa... Mátenme mejor, cobardes... El tormento estará bueno para ustedes, pero aquí nos viene flojo. Yo sé dónde está el general Villa, pero no lo sabrán nunca...

—¡Sargento!... ¡Sargento!... ¡Ya dijo que él sabe dónde está Pancho Villa!...

El suboficial iba ya contoneándose indiferente sobre su caballo alazán, a medio kilómetro de distancia. A gritos y señales lo hicieron volver al galope. Cuando regresó, uno de los indios, con su ancho cuchillo de monte, había desollado al viejo las plantas de los pies. El rebelde rugía:

—¡Hijos de perra, cobardes! ¡Traidores han de ser hasta que se acabe su raza!

¡Lambiones, cochinos, mátenme de una vez!

—¿Dónde está Pancho Villa?

—¡Durmiendo con tu abuela! El indio le azotó una bofetada.

—¿Dónde está Pancho Villa?

—¡Con tu vieja!

Furioso, el apache golpeó al prisionero con los puños cerrados; el sargento intervino, apartándolo.

—Así no lograr nada, tú, bruto. Mira, viejo. Tú saber dónde está Villa; nosotros curarte, nosotros darte cincuenta mil dólares por decirnos...

—Vaya al diablo...

—Tú saber dónde estar Villa, tú decirnos. Mañana, pasado, cualquier día...

Dio órdenes a sus soldados, y dos de ellos, llevando a mojar sus pañuelos al arroyo, le limpiaron los pies y se

los envolvieron en la tela húmeda. Luego lo montaron a caballo, con las piernas sueltas. Al viejo le dolían las plantas horriblemente. Para él era un favor que lo mataran. «Pero quisiera llevarme por delante a ese par de hijos de la pradera...» El sargento igualó su caballo con el de Tiburcio.

—Viejo, yo lamentar. Apaches serán siempre así; nosotros americanos curarte, nosotros darte dinero, tú no necesitar trabajo. Tú decirnos dónde está Pancho Villa...

No contestó. ¡Aquel dolor!... ¡Aquel dolor!... Sentía cada pie tan grande como un mundo. Le pesaban y le adormecían todos los músculos hasta el pescuezo. Los pañuelos se habían pegado a la carne viva, y apretados, los sentía como si estuviera parado sobre cuchillos. Le subía un malestar continuo, una punzada interminable, como si le cortaran las piernas en rebanadas. Luego sentía como si todo se le fuera vaciando hacia abajo: el estómago y lo demás del vientre, parecía irse cayendo por dentro de las piernas. «Santo Niño de Atocha.» Le vino a la mente la imagen venerada en el curato de su pueblo, después de tantos años de pasar frente a la iglesia sin mirar hacia dentro y encasquetándose el sombrero en señal de desprecio. Sintió el dolor en el vientre, como si un enorme cuchillo de caza le estuviera cercenando los intestinos. ¿Por qué tan arriba, si nada más los pies tenía heridos? Se alcanzó a golpear los muslos con el puño cerrado, pero no sintió el golpe sino en la mano. Las piernas, adormecidas con el dolor, habían quedado insensibles y rígidas a los lados de la montura. «Dicen que a los cojos les duelen los pies, pero yo no siento las piernas y las tengo todavía.» Luego le pareció que también la cabeza se le iba vaciando. «¿Por dónde?» Cerró los ojos, y perdió la idea de dirección. Se imaginó que el caballo nada más se balancea-

ba de atrás para delante, sin avanzar ni retroceder. «El caballo..., ¿cuál caballo?» Se sintió flotar: iba en mitad de un río, impulsado por la corriente, y necesitaba nadar para no hundirse; braceó un rato, pero luego ya no pudo hacerlo, porque sus brazos quedaron aprisionados. También sintió el pecho oprimido como por un largo abrazo. «Me estoy hundiendo.» Abrió la boca para dar un gran grito, y los ojos. Lanzó sólo un estertor, y no vio sobre su cabeza sino una sucia neblina que se iba apagando. «Adiós.»

Se inclinó hacia delante en la montura, no cayendo, porque el soldado que, al ver al martirizado villista bracear en su delirio, había montado en ancas del caballo, lo sostuvo.

—¿Desmayado?

—Yes, sargent.

Fiel a Francisco Villa

En tres días de marcha lo llevaron hasta San Antonio de los Arenales, donde estaba el Cuartel General de las tropas americanas de la Expedición Punitiva. Por todo el camino fueron encontrando pequeños destacamentos de soldados vestidos de amarillo, que en su lenguaje se entendían con el sargento de la patrulla.

Eran puntos de una red arrojada por Pershing sobre montañas y praderas, para capturar vivo o muerto a Francisco Villa, cumpliendo su promesa. Pero fue una red desafortunada que capturó sólo peces chicos, mientras el grande quedaba fuera.

—Nosotros saber mucho pronto dónde estar Villa... — fue repitiendo el sargento durante todo el camino. Él tenía su plan para obtener una confesión de aquel calenturiento que venía balanceándose sobre un caballo, sostenido en la montura por un soldado americano que, sentado detrás de él, lo abrazaba.

A todos los oficiales que encontraba en la ruta el sargento saludaba con cierta afectuosa familiaridad, satisfecho de su próximo gran éxito. Y pasaba de largo sin dejar a nadie más que hablara con su prisionero adormecido por la fiebre. Él había dejado atrás su regimiento y no obedecía órdenes más que las del general en jefe, con quien se había comunicado por teléfono desde San Gerónimo diciéndole su plan y obteniendo respuesta de que debía trasladarse a San Antonio de los Arenales.

—Por aquí pasará con prisionero Villa, poco tiempo... —decía a los campesinos

—.Boys... We will be back home pretty soon... — ofrecía a los paisanos de que el retorno a la patria estaba próximo, con la captura del audaz rebelde que les había lanzado el reto.

Cuando encontraba alguna tropa numerosa en la que viniera un médico militar, le pedía que reconociera al prisionero y le hiciera alguna curación.

—¿Está muy malo?

—¡Oh, no!

—¿Llegará vivo a San Antonio?

—Con toda seguridad que sí. Tiene fiebre, pero no le durará mucho en cuanto descansa.

—All right!

Cuando vio el extenso campamento de carpas de lona formado en derredor de San Antonio, se adelantó al galope, después de recomendar a sus hombres que extremaran las atenciones para Tiburcio. Y cuando la caravana llegó ante los centinelas, ya él regresaba con órdenes amplísimas del Cuartel General. Se encaminó hacia la escuela, donde el Cuerpo Médico había instalado su hospital y atendía en esos momentos seis soldados de la columna del mayor Tompkins, heridos en Parral, y otros tres de la columna del coronel Dodd, heridos el día 22 de abril en Tomóchic, en un encuentro contra Ríos, Baca y Domínguez.

Una docena de camas limpiísimas estaban alineadas en una de las aulas; enfermeras vestidas de blanco atendían a los heridos y de un cuarto contiguo improvisado en sala de operaciones, salía un olor caliente y espeso a anestésicos.

Desde la puerta de la sala hasta el cuarto de operaciones, Tiburcio fue trasladado sobre un carrito de ruedas, largo como un ataúd, que una enfermera fue empellando cuidadosamente; a la puerta, dos médicos, con sus largos delantales almidonados, esperaban y listos para operar.

—Remember: he deserves every attention.

Seguramente que merecía toda la atención médica posible: no tanto por ser un prisionero víctima del salvajismo, sino por constituir en esos momentos la única esperanza de la Expedición Punitiva: ¡un hombre que sabía a punto cierto dónde estaba Pancho Villa! El dolor del martirio a que le sometieron los pieles rojas, lejos de vencerlo, lo había encorajinado contra sus aprehensores, afirmándolo en el propósito de no confesar el sitio

en que se encontraba oculto su jefe. Otro método iba a ser puesto en práctica con él: la bondad, los cuidados. Y los cirujanos desarrollaron aquellos pies hinchados, los lavaron, los cubrieron con sustancias sedativas y los ciñeron con perfectos vendajes esterilizados y albeantes. Al segundo día, con nuevas curaciones, desapareció la calentura, y llevaron a Tiburcio sus alimentos en una gruesa vajilla: cereales en crema, fruta fresca, té... Las enfermeras pasaban cerca de él continuamente, tocándole la frente en suave caricia para saber su temperatura: le sonreían y le hablaban unas cuantas palabras en mal español. Los doctores se esforzaban en mejorarlo, los compañeros de las otras camas lo saludaban y platicaban con él, desde lejos, aprovechando sus escasos conocimientos de la lengua: «Mocho gusto, mecsicano». «Buena mañana, señor...» Después de todo, él también estaba herido, y, además, era un prisionero, un vencido.

A la hora de los alimentos, venía el sargento captor, y se sentaba al lado de Tiburcio, para platicarle. Le ayudaba a tomar el cereal, mondaba las frutas, y le hablaba de la vida en Estados Unidos, donde hay muchos mexicanos trabajando: una buena casa, un automóvil...

—¿Tienes mujer? ¿Tienes hijos?

Al inesperado recuerdo, el espíritu de Tiburcio quedó envuelto en humo: ensombreció, y de las profundidades de la tiniebla emergieron el odio y la voz de la venganza. «¿Mujer, hijos? ¿Qué había hecho de ellos Francisco Villa?» Por primera vez, el crimen monstruoso le hizo bullir la sangre. Nunca antes pensó en castigar al autor, a pesar de que en muchas ocasiones lo tuvo al alcance de las balas de su carabina. Le fue fiel, le sirvió, lo curó, quizá le salvó la vida. ¿Por qué? ¿Qué le debía? Le debía el haber perdido a su mujer, a sus hijos, haber

sufrido martirio que le impediría volver a caminar sobre sus pies en los días de la vida. «¡Maldito viejo!» ¿Con qué iba a pagarle su silencio? Porque era indudable que si Tiburcio decía una palabra, Villa estaba perdido. A las seis horas la sierra entera de Santa Ana estaría cercada por millares de hombres, y esa misma noche sin descansar, los perros rastrearían, descubrirían la cueva y el hombre llegaba al fin.

- ¿Mujer? ¿Hijos? Me los asesinó Pancho Villa.

El sargento se quedó con la boca abierta, no acertando a comprender.

—¿Pancho Villa matarlos? ¿Tú seguir a Villa?

—Sí.

—¿Tú obedecer Villa? ¿Tú defenderlo?

—Sí.

—Tú estar loco...

—Loco... Sí...

—¡Oh! Yo no creerte, tú tener calentura otra vez. Yo, si un hombre matar mujer, yo matar ese hombre. Yo no defenderlo.

—Yo, sí.

La sorpresa del sargento, sus ojos espantados, su espíritu de venganza, desvanecieron en un instante el odio del martirizado. «Yo, sí.» En esas dos palabras estaba su triunfo moral. Incurable, condenado a no estar en pie nunca más, preso, viejo, oyendo cavar su tumba, tuvo la certeza de su superioridad sobre el sargento, médicos y enfermeras sobre los centenares de soldados que a través de los cristales de las ventanas veía vagar entre sus filas de carpas idénticas; sobre el ejército entero... «Yo, sí.»

Él y los americanos tenían iguales motivos de odio. Villa los había ultrajado, les había asesinado seres queridos, había provocado su cólera, los había desafiado; a uno lo humillaba haciéndolo servirle, curarle, ocultarle; de otros se burlaba viéndolos pasar frente a su refugio, desesperados por no encontrarle. Los americanos deseaban capturarlo vivo o muerto, para llevarlo a exhibir en su patria, cumplida la venganza.

Con su muerte y su ignominia estarían vengados, olvidarían la afrenta. «Yo, no.»

Él tenía una sola manera de vengar: de hombre a hombre. Le hubiera dicho: «Pancho Villa, es usted el peor bandido que conozco; me ha asesinado a mi mujer y a mi hija. Usted trae pistola al cinto y yo también: vamos a ver quién tira primero: a la una, a las dos...». Pero no lo hubiera asesinado nunca por la espalda, ni se hubiera aprovechado de que estaba herido para romperle una vena y hacerlo desangrarse. No lo delataría jamás, para que diez mil hombres, con cañones, con ametralladoras, con aeroplanos, sitiaran una cueva donde solamente hay tres ocultos, dispuestos a no ser capturados vivos.

—Tú decir dónde está Villa, nosotros vengarte, nosotros premiarte... Cincuenta mil dólares, cien mil dólares te daremos para que digas dónde está. Irte a vivir a Estados Unidos, protegido por policía, nadie hacer nada... ¿Dices?

—Yo, no.

—Si nosotros encontrar Villa vivo, obligarlo a pedirte perdón. Nosotros retratarlo pidiendo perdón Tiburcio, por haberle matado mujer. Tú ser único hombre del mundo ante quien Villa hincarse. Tú humillarlo...

—Yo, no.

—Nosotros darte cuanto pidas, rancho, caballos, vacas finas. Nosotros curarte, tú poder andar, tú vivir feliz, como antes, tú rico, tú castigar asesinato tu familia.

—Yo, no.

De un bolsillo de su guerrera, el sargento extrajo un plano enorme que tendió sobre la cama. Un cuadro de cien kilómetros estaba minuciosamente detallado: cerro por cerro, arroyo por arroyo, pueblo por pueblo, bosque por bosque. Una cruz con lápiz rojo marcaba el sitio donde había sido capturado Tiburcio Maya, al centro del plano. Dentro de un radio de cincuenta kilómetros debía estar oculto Francisco Villa.

—Mira, mecsicano: tú no decir una palabra: nada más tú poner el dedo. Si tú juraste no hablar, tú no hablar; pero tú no juraste no poner el dedo... ¿Dónde está Pancho? ¡Dime..., dime!

—¡No!

Colérico, agarró el plano y lo destrozó en un instante. El sargento perdió el dominio de sí mismo, y con las dos manos apretó el cuello a Tiburcio, sacándolo de la cama a tirones.

—You damn fool! ¡Maldito tonto! Tú dejar esa cama soldados americanos heridos. Tú largarte infierno, a esperar Pancho Villa...

Lo sacaron en un camión de carga, que rodó toda la noche por caminos construidos rápidamente por la Punitive, en menos de dos meses de invasión. Los fanales iluminaban una llanura abandonada; solamente los postes sosteniendo hilos telefónicos a lo largo del camino, ligaban al desierto con la vida. Tiburcio no sabía adónde lo llevaban: tendido bajo el toldo del camión no veía las estrellas, ni las montañas. ¿A matarlo? ¿Para qué tanto caminar? Llevaba el motor cinco o seis horas roncando,

subía y bajaba. Tres hombres en el asiento delantero, y otros tres sentados con las piernas hacia afuera en el otro extremo, botaban en cada bache. El prisionero iba tendido en mitad del camión, sobre las tablas.

Al amanecer, el automóvil se detuvo al borde de una meseta. Los soldados bajaron a Tiburcio y lo tendieron en tierra.

—Adiós, mecsicano; nosotros dejarte con tus paisanos...

Dio el vehículo media vuelta, montaron los soldados, y el motor fue lanzando explosiones cada vez más lejanas, cada vez más apagadas.

El villista, tendido en el suelo, se incorporó a medias. Abajo de la meseta, una línea oscura de árboles somnolientos, envueltos en sus sarapes de ramas inmóviles, y a tres o cuatro kilómetros, un caserío. Al fondo, la sierra que le enviaba como saludo un viento húmedo.

Tiburcio reconoció la planicie, adivinó el río que corría tras la arboleda, y comprendió qué población era aquella.

—Ciudad Guerrero... ¿Para qué diablos me habrán dejado aquí?

Notó movimiento: un grupo de jinetes que había salido del poblado avanzaba por la meseta. «Vieron las luces del auto, y vienen a ver de qué se trata. Han de ser carrancistas, y ni modo de irme arrastrando, porque no soy víbora.»

Después de un rato de explorar, lo encontraron.

—¿Qué vienes a hacer aquí?

—Yo no vine... me trajeron.

—Levántate.

—No puedo.

—¿Qué diablos te pasa?

—Me despellejaron los pies...

—¿Los villistas?

—No somos tan salvajes...

—Tú eres villista, entonces.

—Sí.

—¿Para qué te trajeron?

—Para que ustedes me maten...

Lo echaron sobre un caballo y lo llevaron a Ciudad Guerrero. Ahí lo identificaron algunas mujeres; él era el curandero que le había vendado la pierna a Villa; él había sacado de la casa de los Chávez el guayín en que se llevó al herido, y él mismo iba guiando las mulas.

—¿Dónde está Villa?

—Se murió a los cinco días que salimos de aquí.

—¿En dónde?

—Por San Gerónimo.

—¿Lo enterraron?

—Lo quemamos.

Era inútil seguir hablando con ese viejo terco. Le quitaron las vendas, y lo hicieron andar hacia el río. El villista se mordía las manos para no gritar; se le escapaban gruesas lágrimas de sus ojos color de ceniza. A veces caía, y lo levantaba un soldado que lo sostenía vertical para que se siguiera destrozando los pies al caminar. Fue dejando una huella de sangre por mitad de la calle, por la alameda, por la pedregosa orilla...

—¿Dónde enterraron a Villa?

—Lo quemamos.

—Bueno, pues lo saludas de nuestra parte...

Lo ahorcaron en un sauz que tendía sus ramas sobre el río insomne, y su cuerpo quedó balanceándose al extremo de una soga, a dos o tres metros de la orilla.

La cuerda se fue venciendo, se inclinó la rama, y todavía sangraban los pies de Tiburcio Maya, cuando los besaron las aguas sollozantes del Papigóchic.

FIN

«El general Villa no fue descubierto por los americanos: permaneció treinta y tres días en la cueva, y una vez, los punitivos pasaron por el fondo de la barranca. Joaquín Álvarez, que había ido a recoger agua, los vio acercarse, y escondió los jarros junto a un árbol, cubriéndolos con ramas, para poder subir hacia la cueva más rápidamente. Seis días estuvieron los americanos buscando en la cañada, y los tres hombres sin salir de la cueva y sin tomar agua. Por fin se fueron, y Joaquín salió por los jarros.

»Como ya el general Villa estaba sin calentura, lo montaron en silla de manos y lo bajaron de la cueva, llevándolo así hasta el rancho de El Guaje. Ahí encontraron una burra, y con uno de los sarapes hicieron un estribo para la pierna mala. No podía caminar, porque en cuanto se paraba se le abría la herida, y le dolía mucho.

»En la burra hicieron nueve días hasta un rancho que está frente a Santa Cruz de Herrera, donde vivía Gorgonio Beltrán, quien con dos hijos suyos y otros hombres, con total de diez, se le juntó y exactamente el día primero de julio, a los tres meses exactos de la salida de Guerrero, se nos vino a aparecer en San Juan Bautista, Durango, donde lo estábamos esperando.

»Ya de vuelta en el Estado de Chihuahua, después de seis meses, cuando se habían ido los americanos, el general se quejaba mucho de la pierna, porque se le abría a cada rato, y entonces le dije que por qué no se sacaba la bala mejor. Me dijo que sí, pero no quiso que yo se la sacara, sino que llama-

mos a un italiano que se llamaba Enriqueti, y era de por el rumbo de Namiquipa; dijo que no tenía con qué sacar la bala, y como no había otra cosa, yo le di unas tenazas de herrar, que son muy anchas, de modo que tuvo el italiano que abrirle la pierna al general con una navaja.

»Luego, Enriqueti no quiso operar mientras el general tuviera pistola; yo se la pedí, y me la dio a la buena, sabiendo por qué se la pedía. El italiano tenía mucho miedo, y veía al general más que a la bala, y no atinaba a sacarla. Entonces el general se puso a morder un trapo, porque le dolía mucho la pierna, y volteó la cara; el italiano sacó la bala, que estaba chueca, porque antes de metérsele al jefe había tocado una piedra...».

Palabras del general Nicolás Fernández, compañero de Francisco Villa por más de trece años, al autor de este libro.

